

— Sí, ellos son... ¡ Ay que vergüenza, Matilde! Cerremos los balcones.

— ¿ Pues qué?...

— ¡ Que no son ellos!... »

« Bravo, señoritas, lindamente, » gritaban en esto dos caballeros de gentil aspecto que llegaban precisamente en aquel momento por la parte opuesta de ambos balcones.

— « ¿ Qué te parece, Cárlos? ¡ hemos quedado lucidos!

— ¡ Qué haremos?

— Yo sería de opinion de desafiar á aquellos dos.

— Yo de matarlas á ellas.

— Hombre, no, en tal caso matarnos nosotros es mas noble.

— Mira, lo mejor será que todos vivamos, y nos vengemos marchándonos al Prado.

— No dices mal. »

Bien diferente colorido presenta por cierto á los ojos del observador el otro trozo de pueblo comprendido desde el Palacio á la puerta de Atocha: las calles de Toledo y Embajadores, del Meson de Paredes y de Lavapiés no ceden á tales horas en movimiento á las mas animadas de Lóndres. Las enormes galerías de los ordinarios valencianos y andaluces que salen para hacer noche en la venta de Villaverde; los calesines que esperan flete para los Carabancheles; el barbero que rasguea su vihuela á la puerta de su tienda; el corro de andaluces que sentados en el banco de aquel herrador entonan la caña; los alegres muchachos, que subidos en los mostradores y sobre las sillas de las tiendas, rien de las habilidades de Juan de las Viñas ó del perro que salta al monótono son de la dulzaina de aquel ciego; la terrible cohorte de cigarreras de la fábrica que al anochecer dejan el trabajo y se mezclan y confunden con los no pequeños grupos de mozallones que esperan su salida. ¡ Qué confusión, qué bullicio por todas partes!

También el amor embellece este animado cuadro.

Sigamos, por ejemplo, á alguna de esas parejas, verémosla dar fondo en cualquiera de las innumerables tabernas que ostentan al paso sus variadas provisiones de bacalao y sardinas, ensaladas y huevos duros. Mirad á aquel galán, que dejó su tienda, armado de punta en blanco, y demostrando que va de servicio de teatro ó de patrulla. ¿ Mas por qué no siguió la calle de Embajadores á la de Toledo, y ha dado esa vuelta para venir á la plaza? ¡ Cosa clara! ¿ No habeis reparado en aquella tienda de cordonero de la calle de las Maldonadas? ¿ No le habeis visto pararse delante de ella, dudar un rato mirando por las vidrieras, dejar el fusil apoyado en ellas mientras encendía un cigarro en la tienda de enfrente? ¿ No habeis reparado una blanca mano que disimuladamente ha echado algo por el cañon del arma? — ¿ Qué fue ello? — Nada; reparad al mancebo que la vuelve á echar al hombro con lijereza; apostaría á que la niña ha burlado las precauciones de un padre tirano: el fusil encierra el misterio del amor. Jamas parte de una victoria fue conducido con mas alegría.

Pero ya la campana de San Millán ó San Cayetano llama á los fieles al rosario; la trompeta y el tambor desde el vecino cuartel dan el toque de oracion; las tiendas y cajones de comestibles van encendiendo sus farolillos; los profundos coches del siglo XVII y los desvencijados calesines abandonan el puesto; y las tinieblas de la noche van, en fin, oscureciendo aquel animado teatro. Este espectáculo nocturno merece otro cuadro aparte, y tal vez algun dia le emprenderé: el que intentaba dibujar por hoy, concluye aquí.

(Julio de 1835.)

## EL PATIO DE CORREOS.

MADRID es la patria comun, el lugar de cita para todos los españoles; las varias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria, el afán de figurar, el deseo de descanso; tantos motivos, en fin, diversificados segun las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde ó temprano á la capital del reino, y se tendria por muy infeliz el que una vez por lo menos en su vida no llegase á visitar este emporio de la hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista como en una linterna mágica todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del reino. Eso indudablemente, no tanto por su situación topográfica, como por su vitalidad y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al dirigirse á Madrid, y no sería ridículo el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los Andes, ó en las heladas márgenes del Newa, se despediesen citándose « para la Puerta del Sol. » Pero aun hay dentro de ella misma otro punto central, que por esta razon, y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el disco de sus rayos. Tal es el *patio de Correos*, y para hablar de él tomamos por hoy la venia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes ó pequeñas, sublimes ó ridículas, segun el punto de vista de donde se las mire; y tal espectáculo habrá que parezca mezquino á los ojos de un ser indiferente ó desdenoso, al paso que logre excitar la meditacion del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este artículo no encontrará el asunto sobradamente interesante. — ¡ El patio de Correos! ¿ y qué hay en el patio de Correos? Un cuerpo de guardia, una prision nocturna, que mas bien puede llamarse albergue de borrachos y escarriados; una escalera póstuma; tres ó cuatro ventanillos cerrados; y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos desde las colosales y labreadas letras de Sancha ó Jordan, hasta los mas imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas. De todo esto poco ó nada se puede decir, y por muy *Parlante* que sea el señor *Curioso* que hoy nos enseña su linterna, hartó será que no consiga excitar los bostezos del auditorio. —

— Poco á poco, señor indiferente; poco á poco; y antes de juzgar de las cosas por su superficie procure V. enterarse un tantico de su fondo. No, si no dé cuatro paseos, y aguarde un rato en esta galería, y si luego de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mi santiguada que es un necio ó yo soy un bolo. Aguarde, repito, media hora; y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreténgase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo menos tan interesante como las de nuestros periódicos matríticos.

No se tome por chanza: Victor Hugo es quien lo dice, que « los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos! » Vea V. si no los nuestros en literatura. « *Direccion de cartas:* » No haga V. caso; por ahora no rige, pues por muy bien que V. las dirija, es lo regular que no logre á darlas direccion segura; deje V., que en acabando la guerra civil, y luego que tengamos buenos caminos y mejores postas, y empleados celosos, y... otra cosa será. — No se acerque V. á leer ese cartelito « *Curacion de la vista,* » no se pierda la suya con la letrilla menuda y

temblejona en que está impreso; deje á un lado el «Manual de Madrid», que es el libro caro y puede pedirlo prestado al autor. No haga caso del «Segur», porque segun van menudeando tomos á 24 reales, es de temer que empleando uno para cada año de los que comprende su Historia Universal, venga á ser una verdadera *segur* para nuestros bolsillos; y en cuanto á aquella otra publicacion «Mariana y Sabau», por Dios no vaya á tomarla por una novela ó drama romántico, ó bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leía el poema de Florian, y preguntándola cómo concluía, respondió sinceramente: «¿En qué había de concluir? en que Numa se casó con Pompilio, y todo quedó arreglado.»

Pero veamos los anuncios manuscritos, no menos preciosos que los impresos.

—«El. *suguelo. que. forma. la. presente. tiene. buena. conduta. y horto grafia. Tiene. ademas. buena. letra. castellana. dela lengua. Suplica. no le rasquen. ni le boren.»*

—«Un *sugeto de buena forma, de letra solícita entrar en casa de un Señor comerciante, ó Abogado ó Curial, para tenedor de libros ó administrador. Sabe todo lo necesario como afeitar y cortar el pelo, cuidar los caballos y demas menesteres. Suplica no le engañen.»*

—«Un *jóven decente natural de Segovia desea encontrar una Señora para arreglarla sus asuntos. Pide lo de costumbre y la manutencion.»*

—«Con *permiso del casero se le traspasa á quien le convenga: una tienda sita en las cuatro calles esquina á una de ellas que puede servir de aceite jabon velas de sebo y demas comestibles y géneros ultramarinos.»*

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas!—La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mujeres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares: trajes y modales; acentos y aun idiomas tan variados como nuestras variadas provincias: vascuence y catalan, andaluz y valenciano, mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las listas, y buscan con ansia la inicial de su nombre, y algunos (los mas) no encontrándole en ella, le buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de caprichos! ¡qué ir y venir de la lista á la ventana y de la ventana á la lista! Quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho, pero encuentra que se ha equivocado en una centena: otro ha pedido ligeramente una al sobre N. Marques, sin reparar que él no es Marques sino Marquez; cuál no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete y tiene que dejarlo no sin gran remordimiento; cuál faltándole el tiempo para saber el contenido, abre la carta á la misma reja, y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería. No hagamos caso de aquel grupo de militares en traje de paisanos, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altisecho que recostado en una columna lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos no nos dejarán tiempo para observar lo demas; dejémosles, pues, *estereotipar* en sus cabezas la tal carta para ir á recitar como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el café Nuevo y en el del Príncipe.

—Dígole á V. que yo no he sido.

—Yo sostengo que ha sido V. ¡Infamia! sacarle á uno las cartas del correo.

—V. es capaz de ello, y por eso lo piensa.

—Sí, que no sé yo de lo que es capaz un escribano:

¿no hizo V. lo mismo con los fólíos 86 al 97 inclusive de los autos?

—V. me insulta.

—Yo no digo mas que la verdad.

—Si no mirara...

—¿Qué?... (Aquí todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir una intentona.)

El caso era muy sencillo: dos litigantes de un mismo pueblo esperaban de sus respectivos corresponsales la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vió el nombre de su contrario en la lista: antojósele saber lo que le decían y la sacó tambien (¡malicia humana!); llegó el segundo y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!); empieza á maliciar, duda, recela, cuando mira al salir del patio á su antagonista, y ¡aquí fue troya! empezó el diálogo arriba dicho que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano, daba en efecto señales nada equívocas de la verdad del hecho.

No de carácter tan serio, aunque del mismo género, era otro incidente que pasaba en el extremo opuesto. Un marido habia visto en las listas de militares el nombre de su mujer. ¡Una carta del ejército á mi mujer! ¡Si será este el conducto por donde se envían los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mujeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta, pero se le responde que un chicuelo acababa de sacarla. ¡Oh ligereza femenil!.. Lo demas de la escena pasaria en familia: no lo sabemos; solo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias: mas los circunstanciales (¡narices políticas, qué no oleis!) repararon que el sobre no tenia sello, y por consecuencia la carta estaba escrita en Madrid. En vano el hombre se esforzaba en asegurar que era de un amigo íntimo que habia puesto el sobre á su mujer por precaucion, etc. Nadie lo creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente que estaba en autos, conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para tejer este inocente enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué expresiones tan raras y variadas en la fisonomía! ¡cómo descubren el secreto del alma! Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia; ¡por qué va compungiendo su semblante y asoman á sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caído quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? ¿Si no tiene carta para qué cansarse?—¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que para hallar su nombre tiene que leer toda la lista hasta que ya se cansa: mira al rededor como demandando auxilio; ve al del lente; este se adelanta á ofrecer sus servicios; no hallan la carta, pero ya ellos han entablado otra correspondencia que lleva tanta ventaja á la del ausente, cuanto va de la palabra á la escritura, de la falta de memoria á la sobra de la voluntad. ¡Es tan natural á una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Seria nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se para sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio á la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mujeres un cartel de desafio; el que...

¿Pero adónde vamos á parar con estas observaciones? Sin embargo todas pueden hacerse en este sitio... ¿Con que no es tan indiferente? ¿con que merece alguna atención?... Mas... las dos han dado, y empieza á quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo; la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado, los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

(Julio de 1855)

## LAS CASAS DE BAÑOS.

LA costumbre del baño es tan natural, como que debe suponerse que nació con el hombre. La limpieza, que Aristóteles no duda en calificar casi de virtud, el placer y el deseo de buscar alivio en las dolencias, debieron indicarle aquel grato recurso como el único reparador de sus fuerzas fatigadas, ya por el rigor de la estación, ya por la irritación de las enfermedades. Mas tarde, el lujo, convirtiendo en objeto de moda lo que pudo tener en su principio el carácter medicinal, propagó insensiblemente esta costumbre, y los pueblos antiguos nos han dejado testimonios de la ostentación y grandeza con que en ellos se sostenía.

Los orientales fueron los primeros que construyeron edificios para servir de baños públicos, y los griegos no tardaron en imitarlos. Homero, en su divina Ulisea, nos habla ya de estos baños, dando á entender que se hallaban cerca de los gimnasios ó palestras para entrar en ellos al salir de los ejercicios. También Vitrubio nos ha dejado una descripción circunstanciada de ellos, diciendo que se componían de siete piezas diferentes intermedias de otras varias destinadas á los ejercicios.

Los romanos, habitantes de un clima meridional y grandes en todas sus cosas, adoptaron con magnificencia las costumbres de los griegos, y desde tiempo de Pompeyo, según Plinio, empezaron á construirse baños públicos por toda la ciudad, siguiendo este movimiento en una progresión asombrosa. Agripa solo, en el año de su edilidad, hizo construir ciento sesenta. A su ejemplo Nerón, Vespasiano, Tito, Domiciano, y casi todos los emperadores, mandaron edificar baños magníficos de preciosos mármoles y elegante arquitectura, complaciéndose en concurrir á ellos con el pueblo, viniendo á tal extremo su profusión, que se asegura haber llegado á existir ochocientas de estas casas repartidas por toda la ciudad.

Las dilatadas conquistas de aquel pueblo magnífico y guerrero, introdujeron, como era natural, sus costumbres en todos los países que dominaron, y en particular la del baño fue tan extendida por ellos, que se ha dicho que luego que conquistaban un país lo primero que hacían era edificar *thermas*, así como mas tarde los españoles construían una iglesia, los ingleses y holandeses una factoría, y los franceses un teatro. Los restos de nuestras ciudades antiguas prueban evidentemente que no fue España la menos favorecida en aquel punto.

Desalojados de nuestra Península por los godos, y estos por los árabes, debió crecer naturalmente aquella costumbre bajo la dominación de los últimos, por la influencia que además del clima la daba su religión. En efecto, así sucedió, y aun pueden reconocerse pruebas positivas de ello en las ciudades del mediodía, Granada, Córdoba y otras tantas. En *Magerit* mismo (Madrid) había baños públicos en la calle de Segovia por bajo de la parroquia de San Pedro, y hay también quien los supone en la plazuela de los Caños del Peral, fundándose en el nombre de la puerta de *Balnadí* que estaba allí cerca, y que se hace derivar de las dos palabras latinas *Balnea duo*, si bien otros con mayor

fundamento suponen á dicha palabra contracción de las árabes *Bal-al-nadur*, que significa *Puerta de las Atalayas*.

Pero los árabes y los turcos, que son entre los pueblos modernos los que han conservado un uso mas habitual del baño, le verifican de un modo diferente que nosotros. Al salir de él entran por lo regular en un *sudatorium* ó estufa caliente por medio de conductos abiertos en el suelo, y desde allí vuelven á trasladarse al baño caliente, haciéndose antes frotar violentamente las articulaciones y todo el cuerpo con cepillos suaves y guantes de franela, y perfumarse con aceites y esencias exquisitas.

Parécenos que en la moderna Europa no fue tan general la costumbre del baño, y desde luego puede asegurarse que perdió el carácter de magnificencia que tuvo en lo antiguo. Sin embargo, á mediados del siglo pasado un Mr. Alvert restableció en París cerca del muelle de Orsay una casa de baños, que aunque no mas que mediana, obtuvo por la novedad una boga singular, y fue considerada como un fenómeno de industria. Su ejemplo no tardó en tener otros imitadores; multitud de establecimientos en que el lujo y el buen gusto compiten á porfía, poblaron el río, las calles y plazas de aquella capital, de tal manera que no sin razón se ha dicho que en París hay en el día tantos medios de lavarse como de volverse á ensuciar. Hoy se cuentan en aquella capital ochenta casas de baños con dos mil doscientas setenta y cuatro pilas fijas, y mil cincuenta y nueve baños portátiles. Hay además cinco edificios vistosísimos en forma de barcos sobre el río, que tienen trescientos treinta y cinco baños fijos, y otros setenta y dos en el hospital de San Luis. Se calculan en cinco mil personas, tres mil hombres y dos mil mujeres, las que se emplean en el servicio de estos baños, y su producto al año en diez y seis millones de francos (cerca de sesenta y tres millones de reales).

La costumbre del baño, generalizada de nuevo en toda Europa, ha tomado en aquella ciudad por las combinaciones de la ciencia y del buen gusto un carácter tal de voluptuosidad y de encanto que constituye un placer verdadero, no limitado como entre nosotros, á la estación de verano, y á una corta temporada, sino frecuentado durante todo el año, con lo cual pueden sostenerse y perfeccionarse cada día mas tan numerosos é importantes establecimientos. En todo sucede lo mismo; la civilización y la cultura hacen nacer necesidades nuevas, que poniendo en circulación los capitales alimentan la industria, dan aplicación á las ciencias y á las artes, y modifican y embellecen las costumbres públicas.

Deliciosa es sobremanera una visita á los baños de aquella encantadora capital. Los llamados *turcos* en forma de *kiosks* cerrados con vidrios de colores y coronados de medias lunas; los *griegos* al rededor de un gran circo oblongo iluminado por lo alto; los *chinos* con sus torrecillas armónicas; los numerosos establecimientos de *Vigier* y las escuelas de natación sobre el río Sena; los de *Tivoli* elegantes y variados; las *Neothermas*, complemento de toda magnificencia en este género, dan una alta idea de la civilización de un pueblo que disfruta tan agradables recreaciones. Ni es solo bajo este aspecto con el que deben considerarse; las ciencias físicas y químicas, haciendo aplicación de sus admirables investigaciones, han logrado reunir en ellos las diferentes aguas minerales, sulfurosas, aromáticas, ardientes, heladas de todos los países y de todas las especies. Barege, Baigneres, Plombieres, Aix, Spá, Bath, Neris, Saint-Amand, Baden, todos los manantiales, en fin, mas famosos de Europa, han sido copiados por los mágicos procedimientos analíticos y sintéticos de la química en los estanques del Tivoli frances. En las *Neothermas* se hallan también los baños *egipcios*, en donde los

bañadores, perfumados y frotados de pies á cabeza por manos ágiles, como en el gran Cairo, adquieren una gran esbeltez y soltura en sus movimientos. «*Las venerables dueñas* (dice una descripción un poco alegre de este establecimiento) *salen de él con el rosado de la aurora, los especuladores y usureros mas comprimidos vuelven con una facilidad en sus movimientos, una movilidad en la espina dorsal capaz de dar envidia á los Hércules de teatro, y aun á los pretendientes del día.*»

Añádase á todas estas circunstancias, elegantes cafés y fondas donde se sirven variados y esquisitos manjares y bebidas; jardines pintorescos, gabinetes de lectura y una sociedad numerosa y amable; todos los agrados, en fin, que puede desear el ánimo mas exigente, y se formará una idea aproximada del encanto de estos establecimientos en la capital del vecino reino. La costumbre de él, difundida generalmente por la moda en todas las provincias, ha dado lugar á la creacion de baños igualmente magníficos, y entre muchos que pudieran citarse basta decir que los construidos últimamente en Burdeos han tenido de coste mas de cinco millones de reales.

A este punto llegaba yo de mi discurso, cuando harto ya de revolver mamotretos, tomar apuntes, refrescar memorias y asentar especies sueltas, tiré la pluma, tomé el sombrero y me planté en la calle, deseoso de vivificar con el frescor de la mañana mi acalorada imaginación. Pero como ella sea tal, que una vez ocupada de un objeto, tarde ó nunca llega á desahucarse de él, enderezóme la voluntad al mismo punto y caso en que de antemano se revolvía, y me hizo sospechar que si de pensar en los baños nacia mi agitación, nada como ellos podria conseguir calmarla. Y no hubo mas, sino que el alma así predispuesta, y el cuerpo en ayunas, una vez resuelto á buscar en el agua el perfecto equilibrio de mis humores, me dirigí á la primer casa de baños que á la mano tenia.

## II.

La calle de los Jardines estaba allí cerca; con que á la calle de los Jardines fue mi dirección. No era sola, á decir verdad, aquella razón de proximidad la que me inclinó á darla la preferencia; otro motivo aun mas poderoso tuvo no poca parte en mi determinación.

Recordando con cierto placer el establecimiento de baños, acaso primitivo de Madrid, que hace algunos años frecuentaba yo en semejante temporada, deseaba saber si aun conservaba aquella disposición sencilla y sin disfraz que tanto satisfacción á nuestros padres; pensaba con interés (¿se creerá?) en los estrechos y sucios aposentos, las mezquinas pilas hundidas en el suelo, la desnudez absoluta de adornos y atavíos; y procurando desahucarse de mi imaginación el recuerdo de los magníficos baños extranjeros, como que intentaba rejuvenecerme en aquellas aguas, esperando hallar en ellas; qué delirio! el placer y la alegría de mi niñez. Mas ¡oh inestabilidad de las cosas humanas!... Aquella casa matriz, aquel establecimiento inmemorial y primitivo que un día hubo de bastar á las necesidades de la corte de dos mundos, ya no existe, y de toda su forma material, solo me pudo ofrecer sobre la puerta de entrada el nombre que en lo antiguo le distinguía: «*Casa de baños del Cura.*» *Hic Troya fuit.*

Por fortuna hallábame en calle donde me era fácil aun escoger entre dos establecimientos semejantes, el de la Cruz y el de Mena, que podrian muy bien suplir al que buscaba. Dirigíme al primero, que me pareció semejarse mas á la sencillez patriarcal que la extravagancia de mi imaginación me hacia desear en aquel momento; y con efecto, no quedó engañada mi expectativa, pues en toda su disposición, orden y me-

canismo me pareció tan idéntico al anterior, que no fuí dueño á contener la persuasión de que el alma del cura, fundador de aquel, podria muy bien haber trasnigrado á la acera de enfrente.

Sin embargo, la influencia del sétimo mes del año, haciendo frisar el Reaumur con los treinta grados, la hora cómoda de la mañana, y la centralidad de la calle, habian llamado tanta concurrencia, que no cabíamos en los varios callejones de que consta aquel edificio, ni en el estrecho y menguado patinillo; de suerte que siendo insoportable el esperar un largo rato en aquel *sudatorium*, renuncié generosamente á bañarme en esta casa, y verifiqué mi traslación corporal á la inmediata del rincón, que me pareció algun tanto mas en el progreso del siglo; pero muy luego hube de reconocer los mismos inconvenientes que en la anterior.

Sencillez y naturalidad en el aparato, eso sí; como podrian ser los baños en tiempo de Adán: media docena de sillas y un arcon supletorio para sentarse; una tinaja de agua, emblema del edificio; una sala interior bien caldeada, por supuesto, con los efluvios de los baños que la rodean; y hasta una docena de aposentos estrechos, conteniendo cada uno la menguada pila en que con dificultad una anguila podria revolverse.

Pero tambien, grande concurrencia, mucha boga, mucho favor del público. Todo estaba lleno; con que habia que tomar billete y esperar turno, y contar dos horas, sin otra distracción que el Diario, ó el espectáculo del interior del edificio, como si dijéramos el esqueleto de aquella máquina, reducido á la maniobra de dos hombres sacando agua cubo á cubo de un pozo de noventa pies de hondo para bañar al numeroso público espectador y espectante...

Yo no pude resignarme á aguardar en esta monotonía, y por otro lado, como ya habia pasado mi hora, y estaba en ayunas, y *sine Cerere et Baco friget Venus*, y en aquel sitio no se sirve mas que el agua *en seco*, recordé que no lejos de allí estaba la calle del Caballero de Gracia, en donde tiene su establecimiento el famoso *Monier*, el *Vigier* de Madrid, á quien debe este pueblo los utilísimos baños portátiles, la fonda y gabinete de lectura á la parisien; y que, últimamente, en el presente año acaba de establecer en el Manzanares una escuela de natación y sitio de recreo bajo el nombre de *Pórtici*.

Dirigíme, pues, á los baños del Caballero de Gracia, que ya conocia; entré en el patio: la concurrencia era numerosa y elegante; pero resuelto á no salir de allí sin satisfacer mi deseo, tomé mi número 72 y me dispuse á aguardar el turno desde el 49, que era el último sumergido. Y considerando por una regla proporcional que esto no podia menos de dilatarse un par de horas, traté de invertir este tiempo lo mas útilmente posible. El estómago obtuvo por entonces la preferencia sobre la cabeza; mas por fortuna pude complacerle con una taza de caldo y una copa de Jerez (circunstancia, entre paréntesis, que en vano hubiera deseado en otro de los establecimientos de esta clase en nuestra capital), con lo cual restablecidas las fuerzas físicas, pudieron las mentales recobrar su equilibrio y ocuparme en hojear algunos periódicos nacionales y extranjeros. Pero era tan vario y animado el espectáculo que el patio me presentaba, que renuncié á la política (en lo cual no tengo que hacerme gran violencia) para entregarme al *impolítico* papel de observador.

Yo no sé si será ó no fundado mi capricho; pero nunca me parece mas interesante una mujer hermosa que al salir del baño. Aquel sonrosado de las mejillas; aquel aspecto de pudor, de pulcritud y de molición; aquel andar voluptuoso y descansado; aquella satisfacción del semblante que parece gloriarse en sus perfecciones; aquella ligereza y descuido del vestido;

aquella sencillez del peinado; y sobre todo, si un largo velo encubre á medias tantas gracias, y si brillan por entre los dibujos de su bordado dos hermosos ojos españoles, ¿quién no convalidará conmigo en la exactitud de la observación? Muchos, los mas de los concurrentes, debian ser de este modo de pensar, pues no bien sentian ruido en cualquiera de los picaportes de los baños, se agrupaban en medio, y si veian aparecer una de aquellas deidades, dejábanla paso con una mezcla de admiracion, de respeto y de amor; es verdad que por desgracia no siempre sucedia aquello, y tal solia ser la aparicion, que por miedo de verla otra vez cerraban los ojos y tornaban la espalda con mas rapidez que si fuesen deslumbrados por improviso relámpago.

Como en semejantes sitios se hallan conservadas las tres unidades dramáticas de accion, tiempo y lugar, los circunstanciales, identificados por la simpatía de situacion, se agrupan naturalmente, forman diálogos interesantes, y concurren á la accion principal sin perjudicarla por los numerosos episodios que de vez en cuando saltan á embellecerla. Esta escena, repetida todos los dias, hace nacer una intimidad, una franqueza, en que solo le aventaja un viaje en diligencia; y personas que segun el curso natural de los sucesos tardarian en la sociedad algunos años para hablarse con satisfaccion, suelen contraerla en cuatro dias frecuentando unos mismos baños. ¡Ya se ve! ¡Son tantas las ocasiones para entablar correspondencia!

La cesion de una silla, el caer de un abanico, el reir de una figura estraña, los diálogos de los mozos, el ruido del agua, el calor, el toldo, el... hasta el folletín del Diario, cualquiera de estos asuntos sirven de *pie* para entrar en relaciones con una linda mano: ademas, entre el círculo de concurrentes en Madrid á todas partes, es tan regular conocerse todos, ó de vista, ó de oido, ó de... de cualquier modo, que las mas de las veces una simple ojeada de inteligencia dice discursos enteros; luego se recuerda una *galop* bailada juntos en Santa Catalina ó en Abrantes; se habla de la ópera y del tenor nuevo; se rie del *Maniquí* (\*); se cuenta con la correspondiente guarnicion alguna anecdotilla del dia; se pone en berlina á la persona que acaba de salir; ó se dicen dos palabras al oido acerca de la que acaba de entrar; todos estos *nadas* oportunamente colocados sirven de liga á voluntades inflamables, de iman á corazones sensibles; y luego al salir, una mano ofrecida para subir al coche, una sombrilla abierta, una cortesía hecha con gracia... ¿Qué mas para acabarse de abrasar?

Muy ocupado estaba yo en estas consideraciones, mientras me figuraba leer la Gaceta como si fuese cosa de interes, cuando un fuerte bastonazo sobre el papel vino á llamarme la atencion. Siguiendo rápidamente con la vista la direccion del baston, encontré que pendia de una mano pegada á un brazo de cierto amigo mio, de estos amigos que uno tiene, que no sabe cómo se llaman, pero que acostumbra á pasear y reunirse con ellos en fondas, cafés, teatros, funciones públicas, toros y casas de baños; marques sin título, militar de paisano, elegante talla, figura espresiva, traje noble, maneras distinguidas.

Este tal me saludó con la dicha franqueza, y sin hablarme mas palabra fue á conferenciar con el mozo; es cierto que no pude entender lo que decian; pero sí reparé en el recien llegado un aire de distraccion é impaciencia, intermediados por algunas miradas dirigidas á cierto baño cerrado que tenia yo á mi izquierda. Revolvíame en conjeturas para adivinar la causa de aquella distincion, cuando abriéndose de repente el baño, acertó á salir de él una elegante figura de dama semejante al bosquejo que arriba queda

trazado; hizonos una profunda inclinacion, y aun estaba yo correspondiendo á ella, cuando el mozo llamó en alta voz al número 72.—«Aquí está,»—contesté precipitado echando mano al bolsillo; pero aun no habia acabado de articularlo, y ya el amigo del bigote me tenia agarradas entrambas manos, y me conjuraba por *nuestra amistad* que le cediese el número, pues que le iba *la existencia* en entrar en aquel baño. Yo no dejo de ser complaciente, pero esto de irse sin bañar despues de dos horas de espera, era algo fuerte; sin embargo, tales fueron las instancias, tales las protestas del camarada, que me vi obligado á hacer con él un convenio, cual fue el dejarle el billete, cediéndome él su coche para trasladarme á otros baños; y sin volver atras la cabeza salí renegando de la casa y de la fatalidad de ser amigo de todo el mundo.

¡Qué necesidad! (iba diciendo entre mí) ¡estraño modo de alimentar una pasion! ¡bañarse en el mismo baño que la persona amada! ¡este es el *non plus ultra*, el necio ideal del amor! Pero entre tanto ¿será posible que esté yo condeado por todo el dia al suplicio de Tántalo, viendo el agua sin poder disfrutarla? ¿será posible?...

—¿Adónde, señor?

—A la mejor casa de baños de Madrid;»—y cerró la ventanilla y me dejó en paz.

Estaba yo ya cansado de establecimientos mezquinos y de baños de sol, de sudor, y de vapores, y necesitaba respirar libremente y predisponer mi piel á la impresion del agua; ignoraba adónde el cochero me llevaria; pero siéndome conocida la elegancia de su amo, supuse que estaria versado en este como en otros puntos, y con efecto no me engañé, viéndole dar cabo á nuestro viaje delante de una casa de moderno y elegante aspecto por detras de la parroquia de Santiago.—Estos (me dijo al apearme) son los baños de la Estrella.

Un poco tarde, es verdad, amanecía para mí; pero me di por satisfecho de los pasados disgustos, cuando abriendo la persiana descendí por uno de los ramales de la doble escalera al salon de descanso. Al observar la bella disposicion del edificio, su bien entendido compartimento, el sencillo y elegante adorno del salon, la fresca del patio, los modales de los encargados del servicio, me felicité de encontrar este progreso en nuestra capital; y deseoso de comunicar con alguien mis sensaciones me dirigí á un sugeto muy formal que acababa de dejar un periódico; entablamos, pues, un diálogo apologetico de la casa, del cual vino á subseguirse el contarle yo mis cuitas de aquella mañana.

No lo estraño (me decia el descansado caballero): yo soy un bañador veterano que heredé esta costumbre de mi padre, que era de Valencia, y así que, conozco por menor todos los establecimientos de Madrid, y podria escribir la historia de su fundacion. Figurarian en ella en primera línea los que V. visitó esta mañana que se abrieron durante mi juventud con grande asombro de nuestra poblacion, acostumbrada hasta allí á bajar por sendos nueve dias á sumergirse en el frio y seco Manzanares, bajo las casillas de estera que hoy han quedado únicamente como patrimonio de las modistas y artesanos; diríale tambien algo del famoso *Berete*, de su célebre casa en la plazuela de Lavapiés; y de la concurrencia que supo atraer á su puerta, nunca desocupada en aquel tiempo, de calesines y simones peseteros, y hoy reducida al privilegio de refrescar por la módica suma de cinco reales las esterioridades de las abonadas de la calle de la Comadre, ó del rollizo tabernero del contorno. Todos los baños públicos de Madrid pasarian mi *revista de inspeccion*; los de la calle de la Flora, limpios, aunque mezquinos; los cesantes de la Vitoria en la Puerta del Sol: los antiguos de Santa Bárbara, que

(\*) Famoso drama silbado recientemente.

pretenden curar todas las enfermedades y otras muchas mas; los vecinos de Oriente, mas abajo de estos, que fueron los primeros que dieron á conocer en Madrid el verdadero gusto y comodidad de estas casas; las suntuosas pilas romanas de la puerta del Conde-duque, para el servicio sin duda de los vecinos de Hortaleza ó Fuencarral; estos, en fin, en que estamos, que segun mi corto saber y entender son los mejores, y que han tenido la prerogativa de fijar mi *thermophila* persona.

—Todo está muy bien, replicaba yo, sin duda que revela un adelanto en la civilizacion de nuestro pueblo; pero ¿qué es ello todavía? Una docena de establecimientos entre buenos y malos, y en todos ellos como unas ciento cincuenta pilas para servicio de un pueblo de doscientas mil almas. ¿Qué comparacion tiene con lo que se ve en otros países? Y sin hablar mas le dí á leer la parte primera de este artículo.

A este tiempo llaman á mi número, y al entregar mi billete, ábrese la persiana y baja precipitado la escalera mi amigo, el marques, el de los baños de allá abajo, el del trueque, el...

—¿Cómo, qué es esto, viene V. á disputarme la vez aquí tambien?...

—No, amigo mio, vengo á abrazar á V., vengo á darle las gracias porque me ha proporcionado la mayor felicidad.... lea V.... lea V.... y me dió á leer un pedacito de papel en que habia mal escritas con lápiz estas palabras misteriosas:

—«Esta noche... á las nueve... dos golpecitos á la puerta... fidelidad, amor y secreto.»

—¿Y qué tiene que ver con?...

—Detras del espejo del baño: ¿qué quiere V.? ¡el amor!... este es un medio como otro cualquiera.

—Ya no me extraño de que V. tuviera tal interes...

—Sí, amigo mio, todo lo debo á su bondad. Pero vaya V., vaya V. al baño; yo le aguardaré para conducirlo en mi coche, y de paso podré contar á V. toda la historia. Advierta V. que se le recomienda el secreto.

—¡Ah! pero entre amigos íntimos...

—Tiene V. razon, señor de... ¿Cómo es su gracia de V.?

Entré en la pieza del baño, encontré en ella sillas para sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡yo estaba absorto!... creía no encontrarme en Madrid... por fin me metí en el agua y... callé.

(Agosto de 1835.)

## EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA.

Los autores extranjeros que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias, han repetido que la capa oscura en los hombres, y el vestido negro y la mantilla en las mujeres, presta en España á las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable á su vista, acostumbrada á mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto preciso será darles la razon, y acaso esta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el mas preocupado con esta idea no dejaria de sorprenderse al ver la notable revolucion que de pocos años á esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya ni por asomo el Prado de 1808, ni aun el de 1832; ¡tales y tan variados son los matices que han venido á modificar su fisonomía! Con efecto, no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel

paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos limites, dejan ya mas vuelo, mas movimiento á la fantasia; en esto como en otras cosas se observa el espíritu innovador del siglo; y ante su influencia terrible, que hace ceder las leyes y los usos mas graves apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podria oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razon por la que convencida de su impotencia, ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad menos rigida: es á saber, *el capricho*.

Desde que este último ensanchó los limites del imperio de la moda; nada hay estable, nada positivo en ella; huyeron los preceptos dictados á la fantasia: cada cual pudo crearlos á su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aquí nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trajes y adornos: el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligacion social; en el día es mas bien una idea animada, una espresion del buen gusto y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sábia aplicacion de los colores á las pasiones; hartos estamos ya de celos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combinacion de todos ellos, en el dibujo, en el corte del vestido ¿quién no reconoce aquella espresion del alma, aquella parte animada que podremos llamar *la poesía del traje*? Y siendo este libre, como lo es en el día ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analogía con las inclinaciones de la persona? Así los anchos pliegues, las mangas perdidas, los ajustados ceñidores, serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y heróicas; la sencillez de la inocencia escogerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquetería las plumas; el orgullo los diamantes, y la frivolidad y tontería... ¿pero qué escogerá la tontería que luego no se dá á conocer?

Semejante observacion no podia tener en lo antiguo exactitud, pues como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacia callar todas las voluntades. Arrastrados á su terrible carro, veíanse correr hombres y mujeres; jóvenes y viejos, grandes y pequeños: la figura raquílica y la colosal se doblegaban bajo las mismas formas: la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca: la esbeltez del cuerpo sufría los pliegues que plugo darle á la obesidad: el hermoso cuello gemía bajo el yugo que disimulaba el feo: y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decian á la del color de ébano...

¿Qué significaba entonces el vestido relativamente á la persona que le llevaba? ¿Qué queria decir una joven fria y sin gracia vestida de andaluza? ¿qué una desenfadada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnicion de su vestido? Nada, absolutamente nada, solo que *era moda*: que la modista ó el sastre lo querian, el traje no era mas que la espresion: el sastre la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrio es libre en la eleccion; el refinamiento de la industria ofrece tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que seria ridículo hasta el pretender reducirlas á precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya respecto al gusto preferencia alguna sobre los demas; la seda sobre el hilo; el bordado sobre el dibujo. Recórranse, si no, esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y díctense despues reglas fijas é invariables: telas de todos los colores y dibujos, trajes de todos los tiempos y naciones, han sustituido á la inveterada capa masculina, á la antigua basquina femenil, y en variedad hemos ganado, cuanto perdido en nacionalidad ó españolismo.

Una de las innovaciones mas graves de estos últimos tiempos es sin duda la sustitucion del *sombrerillo* extranjero en vez de la *mantilla*, que en todos tiem-

pos ha dado celebridad á nuestras damas. En varias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre: pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera. El sombrero era un adorno puramente de córte: como los uniformes y las grandes cruces *imprimia carácter*: no hace muchos meses que una señora *de gorro*, era equivalente á una señora *de coche*, y si tal vez se atrevía á pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corría peligro de verse acompañada por la turba muchachil y chilladora. Unicamente saliendo al campo por temporada, la esposa del rico comerciante ó la

hija del propietario, osaban aspirar al adorno de la aristocracia, al sombrero; y eso para lucirlo en las eras de Carabanchel ó en los baños de Sacedon. Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrerillo, progresando de dia en dia, ha llevado las cosas al estremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado ó hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas están mas bonitas, y quien asegura que las feas están mas feas; quien cree que es moda de



El Sombrerito y la Mantilla.

niñas y otros que la acomodan á las viejas; los maridos la encuentran cara; las mujeres sostienen que es económica; unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano: cuáles están por las flores, cuáles por la paja; estas por el terciopelo aquellas por el raso. ¡Terrible alternativa! profunda y difícilísima cuestion.

Todas estas reflexiones y otras muchas mas se habian agolpado á mi imaginacion á consecuencia de un suceso que acababa de presenciarse; y como el corto espacio no me permite esplayarme, limitaréme á indicar lo mas sustancial de él.

Dias pasados tuve que ir á visitar la familia de mi amigo D... (pero el nombre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir á la escena). La antigüedad

de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al matrimonio respetable y á una hija única que frisa en los diez y nueve abriles, y á quien por legítimo derecho vienen á parar los 4,000 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta á sus lindas facciones nueva perfeccion y rosicler.

La ocasion era solemne, y como consejero áulico fui llamado para conferenciar *en familia*. Un cierto jóven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tio, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos despues que dejó el colegio de Blois y la *Escuela politécnica* de Paris. Este primo, pues, regresaba á su patria á los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los

quince últimos: era elegante é instruido, bella figura, considerable caudal; con que no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podia ofrecerle cuando menos iguales cualidades. Así lo debió sin duda pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerle á Madrid y á su misma casa. ¡ Amor de padre !

Pocas horas hacia que el estrañerísimo viajero habia llegado, cuando yo entré en la casa; y aquel se habia retirado á descansar, y las damas madre é hija se hallaban regañando á la sazón con una modista sobre el corte de ciertos vestidos y sombreros que traía á prueba: apenas hicieron alto en mí; de manera que mientras duraba aquella *polémica* tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede calcularse lo que duraría la tal sesion; pero de toda ella solo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendian deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demas diálogos y escenas que mediaron conesteluego que nos sentamos á la mesa, ni sobre su cortesia y atencion con las damas, atencion que respecto á *Serafina* (que así se llama la criatura) tenia todo el carácter de la mas fina galantería.

— ¡ Es encantadora ! me decia por lo bajo; pero lo que mas me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses: la misma espresion, los mismos modales, el mismo metal de voz... ¡ Y temia yo tanto no encontrar una española que me gustase !

— Sin embargo, le contestaba yo, no hay que desanimarse, amiguito; acaso no será la última. —

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas á salir. Dejéronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío, y es preciso confesar que no habian tenido razon para reñir á la modista: el mayor gusto y elegancia habian dirigido su hábil tijera: rasos, lisos y floreados; blondas esquisitas, bordados y pedrerías, nada se habia economizado en aquel momento; pero sobre todo me llamó la atencion el gracioso sombrerillo de la niña, que oponia la elegante sencillez de sus flores y espiquillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras tambien; yo igualmente: con que todos lo estábamos. En esta conformidad nos íbamos á dirigir al Prado, cuando acertaron á llamar á la puerta. Abrese esta, y aparece *Paquita*, la prima de *Serafina*, que con su papá y hermanos venia á saludar al recién venido (tambien su pariente), y á convidarle á la funcion de toros de aquella tarde... ¡ Ah !... se me habia olvidado que era lunes y que habia funcion de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pie; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido, guardado por todo su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura; un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnicion en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza; y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brio sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Bétis, un semblante de diez y siete á diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraíso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término, dígalo el emudecimiento general que ocasionó, y mas que todo el asombro y distraccion que se leian en el semblante del recién venido.

Cambió la escena: la cortés galantería de aquel se trocó en indecision y aturdimiento: la satisfaccion de *Serafina* y su madre en temor y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversacion toda la tarde á la mamá, sospeché desde luego que tendria que hacer los mismos oficios con la hija. Y por cierto no me equivoqué; ni durante el camino, ni mientras la funcion, ni al tiempo del regreso, fue posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar, respecto de las damas de casa, el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso ser muy poco conocedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó á la mañanita siguiente á explorar la disposicion de los ánimos, y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algun tanto restablecida la armonía, y al caballero en disposicion de acompañar á las damas á su paseo matutino por las calles de la capital. No lo estrañé á la verdad, porque el aspecto de *Serafina* en tal momento, era capaz de fijar á mas de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin mas adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros, un gracioso nudo á la garganta y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la hacian parecer tal á mi vista, que si fuera Chateaubriand no dudaria en compararla á la *virgen de los primeros amores*.

Mas... ¡ oh fuerza del sino, ó mas bien sea dicho de las femeniles combinaciones ! La segunda prima, que sin duda se creia mas adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve á aparecer de repente.

Su traje era un sencillo hábito negro, mas fino por cierto que el que podrian usar las virgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas: un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pie; una mantilla de rico tafetan, cuya elegante guarnicion servia de dosel á la cintura; el pelo recogido tras de la oreja; y una cara... la propia cara, en fin, espresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió á aturdirse; las damas á anublarse; yo á cuidar de la amable *Serafina*; y cuando á la vuelta del paseo pude tener mi esplicacion con el galán, llegué á conocer que el mal no tenia remedio; que la mas profunda é irresistible impresion era á favor de *Paquita*; y argumentándole como buen amigo en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocia; que hubiera podido resistir á los encantos naturales de su rival; pero que le era imposible, absolutamente imposible, triunfar de su *mantilla*.

(Setiembre de 1855.)

## A PRIMA NOCHE.

FAMA es general, y aun pudiera decirse fundada, la que atribuye á los españoles la generosidad como una de las bases distintivas de su carácter. Generosos somos en efecto, en el sentido mas lato de esta palabra, generosos y aun pródigos en los gastos necesarios y supérfluos: dígalo nuestra deuda nacional, nuestras oficinas, nuestros palacios, iglesias y monumentos. Pródigos tambien somos en las hipóboles y demas figuras retóricas, y de ello podrian dar testimonio los entusiastas historiadores, los encomiásticos poetas, y tantas alocuciones, esposiciones y manifestaciones como vemos diariamente, y que pudieran, recogidas con cuidado, servir de formulario general y completo de proclamas para todos los paises del globo.

Pero en medio de nuestra prodigalidad, de nada



somos tan pródigos como del tiempo, y nada en efecto sabemos desperdiciar con mas garbo y bizarría.

Las naciones industriosas han considerado el tiempo como el mas precioso de los capitales. Nosotros, generalmente hablando, le consumimos como réditos de nuestra existencia. La frase española de *hacer tiempo* equivale á perderle en cualquiera lengua; y un ligero paseo por nuestra capital (adonde la corteidad de nuestra vista nos limita) probaria mucho mas que todos los discursos aquí estampados.

¿Qué hace, v. gr., esa turba parásita de plantones fijos en la Puerta del Sol interrumpiendo el paso de los transeuntes, aprendiendo de memoria los carteles, mirando al reloj, ú oyendo cantar á un ciego?—Está *haciendo tiempo* para pasar á otro lado á ocuparse en trabajos semejantes.

¿Qué espera aquel almibarado petimetre, dije habitual de una elegante tienda de la calle de la Montera, parte integrante de su aparador, emblema de su muestra, y fiel contralor de sus operaciones mercantiles? ¿Muévele algun interes en estas, ó el deseo de hacer observaciones económicas ó morales?—Nada menos que eso: está *haciendo tiempo* para que un marido vaya á la oficina, y correr á consolar á la esposa, que le espera *haciendo tiempo* al balcon ó ensayando al espejo la nueva combinacion del prendido.

El esposo entre tanto sentado en su silla burocrática, ejercitando su pulso en bravos rasgos y geroglíficos, recortando en picos el pelo de las plumas, paseando la badila al rededor del brasero para darle la forma piramidal, formando cigarrillos que ofrece á sus compañeros, y disertando á la ventana mientras los fuma, sobre la orden de la plaza ó sobre la corrida de toros, *hace tiempo* de que venga el gefe á echar reprimendas al portero, atar y desatar legajos, tirar de la campanilla, y *hacer tiempo* de que den las dos para tomar el sombrero.

¿Qué espera aquel magistrado hundido en su sillón carmesí, la cabeza sobre el respaldo y los ojos elevados al cielo? ¿Medita sobre la defensa en que el abogado con fases antibológicas ha hecho una hora de tiempo para martirizar un pensamiento?—Pues no señor, está *haciendo tiempo* de que el portero que jugaba á los naipes con los lacayos de S. S., abra con estrépito la mampara, diciendo: «señor, la hora.»

¿Qué busca el obrero paseando sus miradas desde el caballete de un tejado con la piqueta alzada y la otra mano estendida en ademán de comunicar sus órdenes á la cuadrilla? ¿Inventa acaso un corte mas ventajoso, una operacion mas fácil que le economice tiempo y trabajo?—Nada menos que eso: su vista penetrante, salvando los tejados y chimeneas, se fija en la torre de la Trinidad, tarareando alegremente el antiguo romance;

«Medio día era por filo,  
 las doce daba el reloj,  
 comiendo está con sus grandes  
 el rey Alfonso en Leon.»

Siente la primera campanada, arroja simultáneamente la piqueta, y desciende por el andamio como aliviado del peso del trabajo, corriendo á reunirse con su cara consorte, que sentada al sol á la puerta de su casa calle de la Paloma, *hace tiempo* de que se salga el puchero, ó que caiga en la lumbre el chicleo revoltoso ó el gato dormilon.

En ningunos momentos es mas perceptible este vacío universal, este *dolce far niente* (que dijo el Toscano) como en los que constituyen las primeras horas de la noche: no basta á nuestra apática indiferencia el interrumpir indiscretamente el trabajo del día con la solemne operacion de la comida á las tres; no es suficiente á nuestro reposo la segunda noche, improvisada en la siesta, ni el paseo de ordenanza, hasta que la luz del día llega á extinguirse: es preciso

aun perder otro par de horas en un café, ó sentados en derredor de una mesa de billar, ó corriendo las calles sin direccion, ó á la puerta de una tienda de confianza.

Si al cabo estas horas importantísimas, ya que no las ocupáramos en asistir á las academias y liceos, ya que prescindieramos de todo trabajo mercantil ó artístico, fueran empleadas en intimar nuestra sociedad, no aquella sociedad pública y ficticia, disputadora y pedantesca que se encuentra al rededor de un bol de ponche ó con el taco en la mano, sino aquella grata franqueza que solo se halla en el interior de las familias que nos son conocidas; aquella sociedad en que podemos aparecer tal cual somos sin riesgo de comprometerlos ni de ofender á los demas; aquella compañía, en fin, amable y sin pretensiones que forma la verdadera amistad, el amor y los lazos mas dulces y duraderos, aun pudiera darse por bien empleado tal solaz.

Burlámonos de nuestros antepasados porque tocando ligeramente en las botillerías ó cafés para solo el acto de refrescar, se retiraban á sus casas despues de anochecer para recibir en ellas á sus amigos verdaderos, y pasar algunas horas en sabrosas pláticas ó en juegos permitidos. Es la verdad que en la antigua botillería de *Canosa* ó en la de San Antonio de los Portugueses, no encontraban mesas de mármol, ni columnas, ni relieves, ni arañas de cristal, ni espejos, ni aparadores como en nuestros cafés del día; es la verdad que una estrecha mesa, y un banco mas estrecho aun, un candil de cuatro pabilos, un vaso de campana y un cestillo de bizcochos, eran todo el aliciente que ofrecian aquellas lóbregas salas; pero á la vuelta de esto las bebidas eran escelentes, la concurrencia general, y los escasos momentos de permanencia en ellas hacian llevaderas aquellas faltas. No hallaban allí, es cierto, periódicos que leer, políticos con quien disputar, literatos á quien engreir, militares que temer, ni crónica escandalosa que comentar; pero en cambio no ensordecian con el ruido infernal de las disputas; no adquirian los modales de mal tono; no se acostumbraban á repetir frases indecorosas; no se impregnaban en el pestifero olor del tabaco, y sobre todo no peraián lastimosamente el tiempo.

—Buenas noches, señor *Curioso Parlante*.

—Buenas noches, don Pascual.

—¿Qué hace V.?

—Escribir.

—¿Y á quién?

—Al público.

—Escelente corresponsal, aunque algo sordo; ¿y se puede saber sobre qué?

—Véalo V.—Y le alargué el papel mientras *hacia tiempo* de que lo leyese, saboreando un purísimo habano. ¡Ah!... tambien me sirvió este tiempo para informar á mis lectores de que este interlocutor es aquel mismísimo don *Pascual Bailon Corredera*, de que ya tienen conocimiento, si han leído mis anteriores artículos de los *Cómicos en cuaresma* y *La capa vieja*.

—Todo esto está muy bueno, me replicó don Pascual, alargándome el papel despues de haberlo leído; pero ¿quién le mete á V. á censor moralista? ¿pues hay cosa mejor que estas costumbres de prima noche? Míreme V. aquí: son las nueve ¿no es verdad? pues si yo le contara á V. lo que me ha pasado mientras estaba *haciendo tiempo* para venir á quitarle á V. el suyo, habia de reformar su opinion.

Por de pronto luego que empezó á anochecer, y que los árboles del Prado atraian á su atmósfera una humedad pernicioso, reflexioné que en ninguna cosa podria emplear los momentos como en refrescar mis fauces resecadas con el polvo y la agitacion del paseo. El inmediato salon de *Solis* me ofrecia su socorro; pero era tal la concurrencia de los que calculo

laron como yo, que no me fue posible proporcionar una silla, y á la verdad no lo senti, pues esto me ofreció la ocasion de ir á saborear cerca del famoso repostero *Amato* un esquisito *sentillé* á la rosa. ¡ Figúrese V. lo dulce que es un *sentillé* á la rosa, tomado en una linda sala; viendo sucederse alternativamente la elegante concurrencia de damas y caballeros que descendiendo de brillantes carretelas, llegan á rendir el tributo de su admiracion á aquel amable Anfitrión. Por desgracia esta operacion no puede prolongarse mas que un cuarto de hora. ¡ *Sic transit gloria mundi!* y al cabo de él ¿qué remedio? abandonar aquel elegante recinto y buscar en otro sitio nuevas sensaciones.

¡ La política! ¡ qué campo tan inmenso para el observador! por fortuna el café *Nuevo* sale al paso. ¡ Estrépito! ¡ confusion! ¡ qué noticias supe allí! ¡ qué discursotes escuché! ¡ qué planes para concluir la guerra! ¡ cómo diserté, y argüí, y... parecia un Bernadotte; pero me dolía la cabeza, y no tuve otro remedio que ganar las escalas de Levante; quiero decir que subí la escalera del café de aquel nombre.

— Transicion, contraste romántico; — 1835 y 1805. Para descargar la cabeza no hay como sentarse á jugar una partida de ajedrez con un escribano; pero la bóveda de mirones que se formaba sobre nuestras figuras encerrándonos herméticamente, no nos dejaba respirar. El humo del cigarro, el del café (que por cierto es escelente), el monotonó ruido de los peones y damas, de las bolas y tacos, de los dados y fichas... quédese para otro día la partida: pasemos á la sala del billar: ¡ aquella sí que es tranquilidad! Círculo inamovible al rededor de la mesa, senado mudo, espresivas fisonomías, escena original iluminada por lo alto, digna del pincel de Teniers. ¿ Y todo, para qué? para observar los movimientos de dos bolas redondas impelidas por discursos mas redondos aun. ¡ *Oh raras hominum mentes!*

Los próximos salones de Lorencini y la Fontana me ofrecian un espectáculo demasiado clásico, compuesto de antiguos abonados que disertaban sobre el cólera del año pasado ó la contribucion de paja y utensilios del actual; pero ¡ una formalidad!... déme la broma y el ruido y... vamos, no hay otro café del *Príncipe* en el mundo: allí sí que hay que ver, que escuchar... ¿ Quiere V. política? todos los correos se apean en este *Lloyd* madrileño. ¿ Estima V. el derecho político? escuche V. á un centenar de abogados. ¿ Diplomacia? antigua y moderna, á escoger. ¿ Moral? allí sí que se saben aventuras. ¿ Poesía? el *Parnassillo* moderno está allí. ¿ Periodistas? las Gradadas de San Felipe hablando. ¿ Romanticismo? ¡ es una Venecia! ¿ Goces materiales, bebidas? medio sorbete, sorbete poético por dos reales. ¿ Tono riguroso? al café de enfrente ó al billar del Morenillo.

Todo cansa, sin embargo, y yo lo estaba ya á mas no poder de aquella batahola; pero el reloj *no marchaba*, y todavia no eran mas que las ocho, segun me anunciaba estrepitosamente el ruido de la retreta, partida en distintas direcciones de la Puerta del Sol, con gran séquito de desgredadas Andrómacas que marchaban al compas de las cajas de guerra.

Huyendo como es natural de toda aquella bulla que por la calle de Alcalá se dirigia al cuartel, me detuve involuntariamente en la calle de Peligros, y allí donde en historiado retablo se ostenta á la pública veneracion el abogado de las cosas perdidas, hice alto un momento para reflexionar mi direccion. ¡ Ay, señor Curioso, y cómo quisiera tener aquí su pincel para bosquejarle las sombrías escenas que presencié! Créame V.; pocas figuras de contradanza ó de mazurca salen tan bien ensayadas como las que formaban á mi vista las compaseadas manolas con su figura ondulante y campanil, y los listos aficionados al ojeo, apareciendo y desapareciendo alternativamente por las boca-calles de Hita y de Gitanos, de

Peligros y San Gerónimo, del Príncipe y de la Cruz; mas como « la oscuridad de la noche y la escabrosidad del terreno permitan ocultarme sus movimientos, » y como por otro lado recuerdo que ya V. nos ha descrito estas evoluciones en su romance *El paseo de Juana*, nada mas añadiré, ni me empeñaré en seguir paso á paso las sensibles parejas que tomaban puerto franco en una tienda de vinos, harto escasa en verdad de picaportes y cerrojos, gracias á la previsora susceptibilidad del dueño; ni tampoco á las filarmónicas ambulante, que paradas delante de un ciego cantante, tendian su tela como las arañas en una esquina, no sin gran concurso de moscones embozados; ni en fin, á las que al entrar con la terciada mantilla en la bulliciosa tertulia tabernaria, reanimaban aquella báquica reunion. Esta escena por sí sola, que contemplé parado delante de una de la calle de Toledo, merece un artículo aparte, y prometo contárselo á V.

— Recojo la palabra.

¿ Y despues de lo dicho llamará V. perderle, esta manera de *hacer tiempo*? No; si no vénganos ahora á encarecer los círculos y sociedades, las academias y liceos estrangeros. ¿ queria V., por ejemplo, que los literatos y alicionados tuviesen aquí tertulias privadas donde reunirse á tales horas para charlar sobre sus obras? ¿ Propondria que el pueblo encontrase espectáculos baratos á que acudir para ver las habilidades de un físico, ó las patochadas de un arlequin? ¿ Desearia que las bibliotecas estuviesen abiertas á semejante hora, y que fuera lícito á entrambos sexos el concurrir á ellas? ¿ Encomiaría, en fin, las tertulias de confianza con sus juegos de prendas y sus amores platónicos? ¡ Fuego en las tales! ¿ Mas dónde existen ya?

Acérquese V., si no, á casa de su amigo *don Melquiades Revesino*. — La puerta cerrada... si serán dos golpes, si serán tres... vayan dos. — ¿ Quién es? (pregunta una destemplada vieja desde el piso tercero.) — Un hombre. — ¿ A qué cuarto va V.? — Al segundo. — Y cierra el balcon y se queda V. en la calle.

— Demos que le abre de *caridad*; demos que luego se sube á su cuarto; demos que tira V. la campanilla del segundo; y que no están las señoras, y que solo le responden el falderillo que ladra, y que en fin, no hay nadie en casa... ¡ Por cierto que es rato divertido el encontrarse en una escalera á oscuras y con el portal cerrado!

Pero añímese V. á descolgarse *por via de recurso de apelacion ó como mas haya lugar* á casa del abogado don Pánfilo. Mire V. á toda la familia asustada con su visita estemporánea, y preguntarle — « ¿ qué es esto, don Fulano? ¿ V. por aquí? ¿ qué novedad es esta? ¿ hay algo de nuevo? ¿ ha sucedido alguna cosa? » — Nada, señores, el deseo de ver á Vds. — Vaya, no es posible; muchacha, Margarita, tira esa labor, acércate; y tú, Toribio, avisa al amo, que está en el despacho. — No le incomode V. — Quita tú ese velon y trae unas velas. — Señores, de cualquier modo. — En fin, que observa V. (y es fácil de conocerlo) que ha venido á incomodar, y por cubrir el espediente, como si dijéramos; por *hacer tiempo*, tiene que improvisar una semi-declaracion á la niña.

— Pero qué, ¿ está V. ahí escribiendo geroglíficos mientras yo hablo? ¿ Está V. *haciendo tiempo tambien*?

— Nada de eso; estoy haciendo mi artículo, ó por mejor decir, V. le es táhaciendo por mí, pues que solo escribo en taquigrafía lo que V. va hablando.

— ¿ De veras? ¿ Y qué ha salido de ello?

— Ha salido lo que yo deseaba; un rasguño de Madrid á *prima noche*, que habrá de suplir á otro mejor.

— ¿ Cómo?

— Sí, amigo; yo habia bosquejado el paisaje, V. le ha dado la animacion. (*Nota 20.*)

## SEGUNDA ÉPOCA.

(1836 á 1842.) (Nota 19.)

### EL OBSERVATORIO

#### DE LA PUERTA DEL SOL.

Lo mejor del mundo es la Europa (¡ cosa clara !); la mejor de las naciones de Europa es la España (¡ quién lo duda !); el pueblo mejor de España es Madrid (¡ de veras ?); el sitio mas principal de Madrid es la Puerta del Sol... ergo, la Puerta del Sol es el punto privilegiado del globo.

Este terrifico argumento tan convincente y sin réplica, no es mio; es de un doctor de Alcalá, hombre fuerte en esto del razonar, que con las armas de su lógica y el auxilio de sus buenos pulmones, metia mucho ruido años atras en las áulas celebradas de la universidad Complutense, y á cuyas ingeniosas decisiones y engalanados absurdos inclinábanse hasta el suelo las borlas y mucetas, y se encogia de hombros la estátua de la verdad.

Tenia, pues, mi doctor, una gran secuela de apasionados admiradores, que así que él ponía en circulación una de estas sentencias garrafales, dábanse luego maña á engalanarla y pulirla, y así dispuesta, ostentábanla con énfasis á los ojos del vulgo, hasta que quedaba sancionada por el uso y por el abuso como axioma práctico y verdad especulativa.

Yo, que por entonces á los pocos años juntaba una dosis regular de presuncion. no era de los mas flojos en esto del *sed sic est*, y para mí tanto mayor era el argumentante cuanto mastemerario era el argumento; y el de mi dómíne, que arriba queda estampado, lo quedó tan hondamente por entonces en mi blando calletre, que vino á ser como la clave de mi conducta futura. Y procediendo por el orden lógico de mi maestro, hice abstraccion de los demas hombres para dedicarme á estudiar los hombres que me rodeaban; prescindi de las demas partes del mundo y me contenté con asomarme á Europa; regresé á nuestra España como el suelo mas privilegiado de aquella, y torné á Madrid como córte y lugar principal de España; con lo cual y con asentar mis reales en la famosa Puerta del Sol y establecer mi atalaya dominando la cubierta del Buen-Suceso, hallé que *lógicamente*, y al decir de mi maestro, me hallaba instalado en el punto mas culminante de este mundo sub-lunar.

Dispuse, pues, mi observatorio moral en la region de las nubes, aislado, independiente y libre de toda atmósfera viciada; preparé el telescopio de la esperiencia; pedí una pluma á la verdad; abrí los ojos; cerré los libros; dejé los estudios y me metí á predicador.

« ¡ Oh que fortuna (decia poco mas ó menos un amable moralista contemporáneo) el ser libre y libre de veras, y poseedor de la mas noble libertad, que es la libertad del pensamiento! No arrastrar la cadena de partido alguno; vivir independiente del poder, y no haber hecho tampoco alianza con sus enemigos; no haber de defender las faltas del uno ni las demasias de los otros; no ser responsable de las acciones ajenas; obrar en nombre propio, dando solo cuenta á Dios de nuestras operaciones; no recibir consejos sino de la conciencia, fiándonos sin temor en este noble instinto de la verdad que el cielo ha impreso en nuestras almas, admirar sin creerse adulador, ser justo sin pasar por enemigo; buscar con preferencia el aspecto bueno de todas las cosas, como la

abeja que iba á la miel de todas las plantas; mirar con ojos serenos; escuchar con oido imparcial; viajar sin mandato y detenerse segun place, allí donde el sitio es apacible, allí donde el sol alumbra sereno; no haber de preguntar á qué reino pertenece un pais para saber si hemos de alabarle; no querer saber el nombre de un autor antes de decidirmos á aplaudirle; repetir indistintamente todos los sonidos, si en ellos hallamos armonía; aspirar todos los ambientes puros; disfrutar de todas las obras del ingenio, sea cualquiera su escuela y el pais que las produjo; y aplaudir, en fin, todas las grandes acciones bajo cualquiera bandera que fuesen hechas. ¡ Oh qué fortuna! no ser político, ni revolucionario, ni retrógrado; no ser poeta ni clásico, ni romántico; no tener nombre entre los ambiciosos ni entre los pedantes; no contar padrinos poderosos ni haber de serlo de nadie; no reconocer deberes de convencion; no hallarse obligado á ninguna defensa, á ninguna acusacion; ¡ ser libre, en fin! pero no libre con esta libertad intolerante, que corre las calles desenfadada y ébria, como una bacante en las fiestas de su patrono, sino como aquella otra, hija del cielo, que nos deja usar de nuestro albedrío, permitiéndonos seguir voluntariamente las inspiraciones del alma.»

Vosotros, los que sabeis apreciar el valor de esta libertad, única positiva; los que buscáis la voz de la verdad desnuda de pasiones y partidos, de encarecimientos y de encono; los que no sois optimistas ni pesimistas, sino que alcanzais á ver en el hombre y su sociedad una mezcla armoniosa de errores y de ridiculez, de grandeza y de bondad; vosotros que gustais de aplicarla la risa de Demócrito mas bien que el gemido plañidero de Heráclito ó la pena de Juvenal; subid conmigo á mi observatorio, desde donde con el auxilio de sus lentes podreis descubrir todo el ámbito de nuestra noble capital, y escuchar con confianza la voz de un hombre que por sistema y por carácter rinde solo tributo á la verdad; mas cuenta, que esta confianza que os demando ha de ser voluntaria y espontánea, y no ha de ceder en mengua de la libertad de vuestro propio pensamiento. Si este simpatiza con el mio, si acertare yo á explicar las sensaciones de vuestras almas, entonces quiero que le sigais, quiero que penseis como yo; si no fuere así, y para ello hubiérais de sacrificar alguna parte de vuestro albedrío, entonces me quedaré yo á solas con el que Dios me dió, que para esto teneis tambien derecho á juzgar de su bondad.

Ahora bien, ya estamos en las nubes yo y mi auditorio; ya asestamos los catalejos á esta tierra noble, feraz y en otro tiempo afortunada del globo, que se denomina España; ya miramos agitarse á nuestros pies á este pueblo generoso que se llama la capital del pueblo español; las pasiones momentáneas que le agitan apenas llegan á la altura en que nos hemos colocado, apenas consiguen empañar uno de los infinitos lados del prisma por donde le contemplamos... ¿ Qué es á la historia filosófica de un pueblo, uno, dos, tres, diez años de existencia borrascosa? ¿ Qué es al carácter general de sus habitantes, el de una centena, el de un millar de sus individuos ambiciosos y agitados? El cuadro que tenemos á la vista es mas inmenso y magnífico que todo esto; él nos pone de manifiesto el carácter, las inclinaciones, las costumbres generales de toda una sociedad; él nos hace considerar

tambien aisladamente las escepciones, y ¡cielos! ¡qué pequeñas se presentan á nuestra vista estas escepciones que allá abajo meten tanto ruido, y pretenden servir de pautas á la regla general! Ellas aparecen y desaparecen en un solo dia, y brillan á nuestros ojos como los fuegos fosfóricos en un dilatado horizonte, ó como una sombra vacilante en la inmensidad de los mares.

No esperen, pues, mis lectores, que en la segunda serie de cuadros critico-morales que les preparo, abandone mi primitivo propósito ni roce con las circunstancias históricas de esta época agitada, sino aquello puramente indispensable para averiguar la influencia que puedan tener en las costumbres patrias. El bosquejo fiel aunque incorrecto de estas, y no su historia, es lo que me propongo delinear: los caracteres que necesariamente habré de describir no son retratos, sino tipos ó figuras, así como yo no pretendo ser retratista sino pintor.

Las pasiones, los errores y ridiculeces, así como las brillantes cualidades del hombre, desnudas de la forma material, y puestas al descubierto por una atmósfera mas pura, suben á mi laboratorio ajenas de toda liga terrena, material y tangible, y aparecen tal cual son, grandes en su pequeñez, pequeñas en su afectada grandeza.

Por último, mi pluma renunciando al estilo metafórico y campanudo que á su pesar ha tomado en este obligado introito, seguirá como siempre el impulso de mi carácter, la libertad de mi pensamiento, que consiste en escribir para todos, en estilo comun, sin afectacion ni desaliño; pintar las mas veces; razonar pocas; hacer llorar nunca; reir casi siempre; criticar sin encono; aplaudir sin envidia; y aspirar, en fin, no á la gloria de grande ingenio, sino á la reputacion de verídico observador.

De esta manera, y hasta donde alcanzaren mis cortas fuerzas, recibirán mis benévolos lectores los sucesivos cuadros ó *Escenas Matritenses* trazados por mi mano y dictados por mi corazon. Si ellos contienen la verdad, no importa que sea sencillo el traje en que salga engalanada; si, por el contrario, el dibujo fuere falso, seria mayor mal el ataviarle con magnifico colorido.

(Noviembre de 1836.)

## MI CALLE.

«Yo, Talía en despedirte,  
y tú en que me has de querer,  
lijeretas han de ser»  
Iglesias

Cierto que es preciso haber nacido con una inclinacion bien pronunciada hácia la observacion de las costumbres para pretender seguir describiendo las nuestras en los tiempos de rápida transicion y de movilidad prodigiosa que alcanzamos. Si la primer circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmovilidad impassible del original, ¿cómo pretender alcanzar aquella, cuando el modelo se cambia y agita en todas direcciones y á cada momento; y ora rie, y charla y se envanece haciendo pomposo alarde de su arrogancia, ora se lamenta y esconde como para ocultar su abyeccion y miseria? ¿Cómo y en qué momento sorprender á un ave que vuela, á un niño que crece, á una rueda que gira, á un pueblo antiguo, en fin, que desaparece y se confunde en otro nuevo, que renuncia lo pasado y sacrifica lo presente por entregarse á las ilusiones y esperanzas del porvenir?

Y cuenta, señores lectores, que aquí no voy á tratar de los grandes acontecimientos políticos que diariamente vemos sucederse entre nosotros; mi particular condicion me mantiene á una distancia respetuosa

para querer ocuparme en ellos, y nunca mi modesta pluma lo ha pretendido ni aun intentado. En este punto digo con *Mercier*:—«Pasajero en el navio, no pretendo gobernar al piloto.»—Empero aquellos acontecimientos, aquella vitalidad asombrosa de este siglo del vapor que atravesamos, imprimen á las costumbres su reflejo, prestan al nuestro su carácter rápido é indeciso, y bajo este aspecto entra en la jurisdiccion del *Curioso* el considerarle, no ya en los profundos y enmarañados bosques de la ciencia política, no en el animado cuadro de la historia contemporánea, sino en el no menos armónico y consecuente de los usos y costumbres populares. Quédese para espíritus mas elevados, para plumas mejor cortadas, el indagar y desenvolver las causas; mi natural cortadía me limita á los efectos mas pequeños y palpables.

Reducido á este estrecho recinto, apenas llegan á mi noticia los acontecimientos públicos; ni frecuento los salones políticos; ni los señores periodistas de todos los colores del iris ven mi nombre en las listas de sus abonados; ni el cartero sabe las señas de mi habitacion; ni en los cafés hago otra cosa que beber; ni pueden quejarse de mí las tiendas de la calle de la Montera ni las losas de la Puerta del Sol. Pero en medio de este aislamiento, y cuando las ideas vienen, por decirlo así, á materializarse, no puedo menos de observar en ellas la marcha de este siglo correton, y que parece va huyendo de su sombra. Como de paso y desde el ventanillo de una diligencia, veo sucederse los hombres y las cosas, cual se suceden en un camino los troncos y los brutos, y multiplicada la rapidez con que ellos marchan por la rapidez con que yo vuelo, viene á producirse en mi imaginacion un resultado tal de movimiento, que apenas acierto á bosquejar en ella ni aun los objetos mas notables.

Así que, procediendo por impresiones del momento y sin niugun conocimiento de causa, no es extraño que lleguen á sorprenderme las cosas que me ocurren al paso, y que á falta de conocer su objeto, venga á deducir consecuencias que por lo naturalmente simples y materiales pudieran figurar airosamente en el diccionario de Pero Grullo. Por ejemplo:

Cuando recorriendo de esta manera las calles de nuestra capital, veo darse tanta prisa á derribar edificios, supongo de buena fé que habria sobra de ellos; cuando veo construirse anchas aceras y cuidarse de la mayor comodidad de los pedestres, entiendo que acaso vayan á suprimirse los coches; cuando advierto la riqueza escitante de las tiendas, calculo la ingrata esquividad de los compradores; cuando reparo en la elegancia y profusion de nuestras boticas, saco la consecuencia del profundo saber de nuestros médicos; la variedad y confusion en los trajes, me hace sospechar la que reina sin duda en las opiniones; la enciclopédica ostentacion de los esquinazos de la Puerta del Sol, me pone al corriente del estado brillante de nuestra literatura; y la grata diafanidad de los nuevos faroles, me convence plenamente de que estamos en el siglo de las luces.

Mas ¡oh contraste! ¡contraste verdaderamente romántico y teatral! cuando miro el empedrado de algunas calles, las casas á la malicia, los calefines desvencijados, las escaleras de la plaza, los tocadores al sol de la calle de Lavapies, la fuente de la Puerta del Sol, las droguerías de la calle de Postas, el teatro de la Cruz y la fachada del Hospicio; entonces como que prescindo de todo lo demas que ví, y recuerdo entre sueños el Madrid pasado; aquel Madrid de la clásica antigüedad que cada dia me veo precisado á arrancar hoja á hoja del *Manual*.

Vuelvo á repetirlo: el espectáculo de nuestras costumbres actuales, de estas costumbres indecisas, ni originales del todo ni del todo traducidas, ni viejas ni nuevas, ni buenas ni malas, ni serias ni burlescas; esta mezcla de nuestros propios gustos con los gustos

aprendidos en el extranjero; este refinamiento de lujo al lado de la mas espantosa miseria; esta inconstancia de ideas que nos hace abandonar hoy el proyecto de ayer, y deshacerlo solo porque existe, y ensayarlo todo y todo exagerarlo, y llevar el género clásico-retrogrado hasta dormir, y el romántico-progresivo hasta accidentarse; y silbar á los unos y á los otros; y matarse porque se escriba, y luego no comprar un libro; y correr desde los toros á la ópera italiana, desde la tribuna al sermón, desde las sociedades políticas al Prado, desde lo alto á lo bajo, desde lo pasado al porvenir, y desde lo presente á lo pasado; desde el año 8 al 14 y del 14 al 8, del 23 al 14 y del 33 al 20, del 36 al 12 y del 37 al 12... ¡sábalo Dios! todos estos vaivenes, todas estas inconsecuencias toman forma material, por decirlo así, en nuestras casas, en nuestros trajes, en nuestras diversiones, en nuestros placeres, en los usos, en fin, mas indiferentes de nuestra vida privada.

Un filósofo práctico no puede dejar de ver todo esto con solo recorrer las calles de Madrid, y sin ser *Victor Hugo* ni estar acostumbrado á trasladar el lenguaje de las piedras al idioma vulgar, no podrá menos de reconocer estos vaivenes, esta incertidumbre en todos los objetos que hieran sus sentidos. Ellos le ofrecerán una poblacion rica y pobre, indiferente y agitada, atrasada y progresiva, con recuerdos y con esperanzas, con fanatismo y con filosofía; mezcla, en fin, de lo delicado y lo grosero, de las épocas que pasaron y de las que van á suceder.

Puede que haya alguna exageracion poética en este aserto; pero yo veo todo esto y algo mas en las calles de Alcalá y de Lavapiés, de la Montera y del Barquillo, de San Anton y de Carretas. Pero ¿qué digo? sin salir de la mia pudiera presentar á mis lectores un compendio que bastara á probar *ex ungue leonem*; y por cierto: a que he nombrado *mi calle*, no quiero renunciar á trazar este ligero *vervigratia*, este prospecto sustancial, siquiera parezca impertinente y como traído á mi intento por la cabellera.

Figúrese, pues, el que guste acompañarme, una calle que sin ser elegante ni bulliciosa de suyo, participa de la influencia de dos de las principales de Madrid, á quienes sirve de paso y comunicacion. Con solo salir de una de estas y dar un paso en la mia ya se han retrogradado dos siglos; ya se ha constituido el viajero, no diremos en el Madrid de los Moros, pero al menos en el de Cervantes y Calderon. Las anchas y cómodas aceras, *camino real de Pontejos*, no han penetrado aun en este modesto recinto, ni lo permite su estrechez ni torcida direccion, semejante en lo indecisa á la que llevamos en lo que va de siglo; un empedrado menudo, vacilante y desigual, forma la base de su sistema; algunas de sus casas, aparentando marchar con el siglo, elevan su cándida frente sobre los edificios estacionarios que las rodean, y el lujo y la juventud de aquellas contrasta singularmente con la decrepitud y desaseo de estas; y unas y otras, empero, por sus formas respectivas, favorecen ya al esplendor, ya á la miseria de sus habitantes, y de aquí el que los efectos del ya citado contraste se estiendan no tan solo al aspecto físico de las casas, sino tambien á las inclinaciones, usos y condicion moral de sus pobladores.

Para proceder con el orden debido, ó lógicamente, como dicen los escolásticos, podemos tomarnos la molestia de penetrar por una de las entradas de dicha calle, deteniéndonos segun conviniere en aquellos objetos mas marcados. Por de pronto se nos presenta interrumpida la línea general de las casas por dos ó tres de ellas que intestan algunos pies mas retiradas que las demas, lo cual sin duda debió originarse de algun plan de desahogo y de mejora de esta calle que existiria en los tiempos antiguos, y que como todos los planes de mejora que se forman en España, fue

abandonado despues. Este ligero desnivel forma lo que en Madrid se llama una plazuela, bien que (sea dicho en verdad) tan incógnita, que aunque con rótulo y todo se escapó á la solícita averiguacion del último corregidor de la villa. Ustedes, señores lectores, querrian que yo compulsase el dicho rótulo, aunque no fuese mas que para sacar el ovillo por el hilo, y averiguar de esta manera la calle que hoy me toca sacar á la escena; ¿pero no conocen Vds. que esto seria demasiada candidez, candidez semejante á la del pintor de Orbaneja, ó á la de aquel otro que habiendo trasladado en su lienzo á San Anton, y á su indispensable compañero, puso debajo para evitar dudas indiscretas: «Este es San Anton, y este otro es el cochino?»—Yo, en fin, no he de revelar el nombre de mi calle, sino dar tales señales de sus facciones, que aquel que la conozca no pueda menos de exclamar:—«Esta es.»

Volviendo á la plazuela de su entrada, no hay que alegar de su inutilidad, pues que sirve de comun patrimonio á un herrador, á un carbonero, y á una cabrería, los cuales alternan armónicamente en su tranquila posesion, segun las horas del dia, á saber: el carbonero durante las primeras de la mañana procediendo al descargo y encierro de las seras del carbon, operacion atléctica en que los robustos asturianos ofrecen gratis un espectáculo no menos prodigioso que el de los señores *Darrás* y *Manche*; el herrador en lo restante del dia usa de la plazuela acondicionando bestias de toda especie; y el cabrero al anochecer, como es uso y costumbre en toda égloga, echando á pacer las mansas cabrillas, no ya *la yerba aljofarada*, sino los pedazos de tachuela y los desperdicios del cisco.

Una taberna (con perdon) sale al paso, y detendria al menos aficionado, si no fuera por otras tres ó cuatro que se disputan con ella el surtido de la calle; pero cuenta que la que hablamos es taberna filosófica, con dos puertas como el templo de Jano, la una de paz, la otra de guerra; una pública y ostensible, otra disfrazada en un portal... ¡y qué portal!.. *portal-pasageo* que comunica con una calle principal y con una oficina, y luego por la parte de arriba huéspedes, y qué sé yo cuántas cosas. ¡Feliz situacion de establecimiento!

«¡ Si es ó no invencion moderna  
vive Dios que no lo sé!  
pero delicada fué  
la invencion de esta taberna.

Las casas nuevas y renovadas se ostentan por lo general en la acera izquierda; la derecha la ocupan los accesorios de dos establecimientos públicos, el uno *financiero* el otro *artístico*; aquel concurrido, este solitario; este demostrando en su lúgubre manto el miserable estado de las artes en España, aquel dando á conocer en su animacion la tendencia y objeto de este siglo *del oro*. Uno y otro á decir verdad podrian haberse ido á situar en otra parte, y no venir á oponerse á la propagacion de nuestras luces: afortunadamente para el último tercio de la calle, ciertas tapias de un convento de monjas favorecen á la claridad del frente, máxime despues que la revolucion ha venido á batir las cataratas ó pantallas de los balcones. Esto en cuanto á la vista; en cuanto al olfato, no nos falta regalo á los vecinos de la tal calle, teniendo á mano la seccion central del diabólico invento de Sabatini; mas allá brinda mil placeres al gusto un establecimiento gastronómico de seis reales abajo; tres ó cuatro barberos oportunamente colocados se encargan por su parte de asegurar al oido sus mas punzantes sensaciones; y por último, algunas cortinillas vergonzantes dejan adivinar otros estímulos al mas perseguido y envidioso de los sentidos.

De todo hay, pues, en esta enciclopédica calle;

lujo é indigencia, clásico y romántico, virtudes y hierro, oro y estiércol; y todo en cuatro pasos como quien dice, y en estos cuatro pasos, que dan Vds. todos los días, señores lectores, distraídos é indiferentes, no habrán echo alto en el bullicio de las tabernas, ni en el silencio del convento, ni en la desentonada vihuela y la seguidilla del entresuelo, ni en el armónico piano á la *preghiera* del principal, ni en la carretela parada y una puerta, ni en la sabatina que sale por otra, ni en los cabritillos que triscan, ni en los muchachos que retozan, ni en las casas al estilo de Lóndres, ni en las otras al estilo de Leganes, ni en los empleados que entran, ni en los que salen, ni en los huéspedes forasteros, ni en los habitantes indígenas, ni en la elegante romántica de la edad media, ni en la compasada manola de la mantilla de terciopelo, ni en los dichosos del día, ni en los desdichados de la noche, ni en nada, en nada en fin, de todo lo que constituye este variado espectáculo, este cuadro de fantasía que llamamos... — ¿Su calle de V.? — Sí, señores lectores, la de Vds., la mía, cualquiera de las calles de Madrid: se entiende del Madrid de 1837. (Nota 16.)

(Enero de 1837.)

## EL SALON DE ORIENTE.

ABRIÓSE en fin el *Salon de Oriente*, este hermoso paréntesis entre la guerra civil y los empréstitos forzados, entre la falta de pagas y los debates parlamentarios, entre el Palacio y el Espíritu Santo, entre la aristocracia y la democracia, entre la edad pasada y las futuras edades, entre la miseria y la opulencia, entre los antiguos amores y los amores nuevos, entre las harturas de Navidad y las abstinencias de Cuaresma, entre los desengaños de 1836 y las esperanzas de 1837.

Abrióse, en fin; absorbiendo en su bullicioso seno la política, los triunfos militares, los reveses parlamentarios, los discursos periodísticos, las felicitaciones, las oposiciones, los planes de campaña, los presupuestos, las pretensiones, las relaciones, en fin, las enemistades y desvaríos de un pueblo grande, en cuya marcha tienen fija la vista los demas pueblos, y que en este momento se entrega apaciblemente á las gratas combinaciones de la *mazourka*...

Justo es que dando al tiempo lo que es suyo sigamos el impulso general y abandonemos tambien por un momento los modestos objetos á que ordinariamente nos dedicamos, para tratar del ídolo del día; que olvidemos las ciencias y la literatura por la máscara y el dominó, las narraciones históricas por el ruido de las músicas y la danza, y los monumentos de la antigüedad por el moderno *salon oriental*.

Las fuerzas, sin embargo, me abandonan, cuando quiero penetrar en aquel complicado laberinto, y pretendo traducir las páginas de un libro que á medida que la edad va clareando mis cabellos, se me hace menos inteligible y espresivo.

Colocado en medio del Salon veia indiferente y con aire de estupidez el rápido movimiento, los encontrados giros de moros y valencianas, de beatas y dominós, de arlequines y capuchones. — Para mí todos aquellos encuentros eran *casuales*, todas aquellas separaciones *imprevistas*. — Semejante al que mira jugar sin entender el juego, parecíame á veces que tal jugador debia *triunfar* cuando *renunciaba*, que tal otro debia *pasar* cuando tenia un *estuche*. Aplaudia sin oportunidad, reia fuera de tiempo, y daba la vuelta por el Salon para abrogarme el aspecto de antiguo y conocido, y el Salon me respondia con la mas profunda indiferencia. De aquí vine á sacar una gran verdad, y es que el año de 1837 no era el de 1830, que nuestra época habia pasado, que otra generacion

nos habia sucedido, y que tranquilamente y sin apercibirlo nos hallábamnos ya colocados entre los desperdicios de la clásica antigüedad.

Resignado con la suerte íbame á retirar sin osar penetrar en los arcanos de aquel interesante cuadro, cuando quiso la fortuna depararme el mas oportuno instrumento para dibujar hasta una forma microscópica todos los detalles y matices de aquella escena; un completo diccionario de aquellas simbólicas páginas; una brújula, en fin, segura, para navegar con acierto en aquel agitado mar.

Consistia, pues, mi feliz encuentro, en una de esas muchachas chiquitas, *estereotípicas* y de *faldriquera*, que se reproducen en todas partes y á todas horas como una edicion completa á *mil ejemplares*; que en invierno solemos hallar en el Prado tomando el sol, y en verano tomando la luna: que en febrero engañan con máscara de alegría, y en marzo con máscara de devoción; que en abril asistén á las tinieblas y en mayo á la pradera de San Isidro á ver salir el sol; que en junio pasean la carrera del Corpus y en julio la de la plaza de toros; que en agosto se bañan en todos los establecimientos posibles, y en setiembre ya están puestas en feria en la calle de Alcalá; que en octubre miran los cuadros de la Academia, y en noviembre los epitafios del campo santo; que en diciembre frecuentan los dulces de la plaza, y en enero los patines del Retiro; y que en todos los meses, en todos los días, en todas las noches, llenan todas las calles, todas las tiendas, todas las iglesias, todas las tertulias, todas las procesiones, todos los circos, todas las romerías, todos los teatros, todas las misas de tropa, todos los entierros, todas las revistas, todas las entradas triunfales y todas las asonadas, desde la puerta de Toledo hasta el jardin de Apolo; desde la plaza de toros á la Casa de campo; muchachas, en fin, pólipos, azogadas, imánicas, verdaderos *kaleidoscopios* multiformes, reproducciones fantásticas, y resolucion práctica del problema del movimiento continuo.

Esta muchacha, viva, corretona y sulfúrica, era, como si dijéramos, una segunda edicion, corregida y aumentada, de cierta mamá verde, en plena posesion de sus treinta y ocho carnavales y de sus veinte y cuatro reales de Monte Pio, y viuda con quien yo habia simpatizado bastante en mis años juveniles.

El lector me perdonará si me veo precisado á hacer aquí esta ligera revelacion, pues no puedo de otro modo explicar la franqueza con que la niña atravesando el Salon vino flechada á encontrarme á uno de sus ángulos, donde á guisa de estatua de rinconera me hallaba entretenido con mis pensamientos, falto de mejor ocupacion.

— ¿Qué hace V. ahí? (me dijo mi amable interlocutora con una voz que penetró en mis oídos, como un recuerdo de mis alegres años, cual un viento de primavera en una tarde canicular).

— ¿Qué tengo de hacer? respondí procurando poetizar un sí es ó no es mi discurso, estaba contando las luces del Salon; pero en este momento echo de ver que habia errado la cuenta, pues no habia visto las dos que ahora me iluminan.

— ¡Bah, bah! ¡lindo retruécano! ¡gusto clásico! por esas señas, si V. trata de darnos la estadística del Salon, escribirá que tiene *cuatro mil pies*, si es que son dos mil los concurrentes.

Un sí es no es me desconcertó la respuesta, por la parte que ridiculizaba mi concepto, pero no pude menos de confesar que tenia razon y se la dí, y el brazo para conducirla hasta el otro extremo del Salon, donde á la sazón se hallaba la viuda madre, verificando, por lo que pude sospechar, la conversion de un sarraceno á su creencia.

En peor ocasion no podríamos llegar á la presencia maternal. — Esta voz, *mamá*, dirigida por una mu-

chacha de quince años á una vestal, delante de un moro adorador de su *cándida inocencia*, era una verdadera interpelacion exótica, grosera, y como lo son las mas de las interpelaciones; por otro lado mi presencia al lado de la hija venia á ser un discurso entero de oposicion; era un drama completo, unas *memorias autógrafas* en cuatro tomos.

La sacerdotisa de Vesta se encontró, pues, tan desconcertada como un ministro tribunizado, ó como un jugador de manos á quien hayan acertado la trampa; pero acordándose luego de sus treinta y ocho, nos dijo con entera seguridad. — «Tu mamá ha cambiado de traje conmigo; yo la he dado mi pasiega y ella me ha dado su vestal.»

Y hétenos aquí, lector carísimo, buscando un zagalejo amarillo por aquellos salones, corredores y escaleras, y preguntando á todos por una pasiega que primero habia sido vestal.

Pero en vano; todas las vestales se ofendian de que las tomásemos por pasiegas, y ninguna pasiega estaba tampoco conforme en parecernos vestal.

Durante esta larga travesía, que para mi volátil pareja no fue sino un breve episodio, vino á revelarse en mí la accion principal de aquella noche. Y si no temiera abusar de la paciencia de mis lectores, daríales cuenta de las observaciones crítico-filosóficas que la inteligencia de aquella me proporcionaba; espondríales *d'après nature* todas las escenas, antes mudas á mis ojos, y ahora tan espresivas y significantes, auxiliado por el natural instinto de mi compañera. Ella reía, burlaba, preguntaba, respondia, observaba, y hacia, en fin, lo mismo que en ocasiones semejantes solia yo hacer algunos años antes; mi imaginacion iba colgada de mi brazo; mi cabeza descansaba en la mas profunda inaccion; el Príncipe, Solís, Trastamara, San Bernardino, Abrantes, Santa Catalina, todos los sitios fecundos en sucesos, que para mí venian á ser ya otros tantos acusadores de mis años, otras tantas guias atrasadas, otros tantos laureles marchitos, reproducianse á mi vista con todos sus encantos y frescura: placíame en recorrer con aquel misterioso talisman el magnífico Salon, y vivificado con su fuego, veia renovado en mí aquel sentimiento bullicioso, maligno y juvenil que algunas horas antes creia estinguído para siempre; ya no me parecia el baile monótono, confuso y desacordado; ya no hallaba á la concurrencia fatigada, displicente y distraida; todo en mi imaginacion habia recibido un nuevo sentimiento; la agitacion y el movimiento eran entonces condiciones de mi existencia; el ruido y el continuo roce, el resplandor de las luces, los vapores de la atmósfera, obraban fuertemente en mis sentidos; necesitaba ya, como antiguamente correr del Salon á la fonda, de los tocadores á las piezas de descanso, de la tribuna á la sala de juego, y aquel continuo vagar por tránsitos y escaleras, y preguntar á todos y no responder ninguno, y respetar los misteriosos coloquios de los ángulos de las salas, y evitar las banquetas donde tienen su asiento las *mamás inamovibles y sólidas*, y embrollar al paso alguna pareja dichosa, y servir de punto de conciliacion de las nuevas intrigas en agraz.

No sé cómo esplicarlo; pero aquella muchacha habia cambiado mi existencia, habia hecho retroceder mi edad. Ya no habia para mí Oriente, ni observaciones, ni 1837 — habia únicamente amor, máscaras y 1830.

A imitacion de mi cabeza mis piernas tambien se hallaban aligeradas, y luego ¿quién no vuela con el auxilio de un seralín? No hubo mas, sino que al ruido de la música, vinome á la memoria el olvidado compás, y creyéndome el genio de aquella sílfide, improvisé una *galope* instintiva, espontánea, aérea, que... Mas ¡oh dolor! mis pies entumecidos de algunos años se rehusan al movimiento... mi pareja sigue la figura en los móviles brazos de un barbudo galan, y... ¡ay

de mí! ¿qué es esto?... las luces... se apagan las luces... la gente desaparece... el ruido se convierte en silencio... y... se abre una puerta... alguien me toca. — ¿Eres tú, divina criatura?... ¿qué es esto?... ¿quién me mueve?...

— *Señur, las ochu en puntu...*

— ¡Ah, maldito gallego! —

¡Desapareció la ilusion! Todo se esplica. El salon era mi alcoba; el que entraba á llamarme mi gallego; el baile un sueño; y mi amable pareja, aérea, incorporea, impalpable... era, en fin, mi imaginacion, que no quiere aun renunciar á la juventud.

(Febrero de 1837.)

## COSTUMBRES LITERARIAS.

### I.

#### LA LITERATURA.

«Virtud y filosofía  
peregrinan como ciegos:  
el uno conduce al otro,  
llorando van y pidiendo.»  
*Lope de Vega.*

DESDE que en España hay literatura, se ha venido repitiendo constantemente que en ella no puede haber literatos; y siéndolo los mismos que dicen esto, preciso será creerlos bajo su palabra, y convenir con ellos en que el cultivo de las letras no es entre nosotros el mejor género de cultivo.

Y á la verdad ¿qué es un literato, meramente literato, en nuestra España? una planta exótica á quien ningun árbol presta su sombra; ave que pasa sin anidar; espíritu sin forma ni color; llama que se consume por alumbrar á los demas; astro, en fin, desprendido del cielo en una tierra ingrata que no conoce su valor.

Si confiado en la superioridad de su genio, no supo unir la adulacion á las dotes de su talento; si mirando desdeñosamente los intereses materiales, no acertó á mendigar un favor del poderoso, favor menguado que apartándole de sus nobles ocupaciones le convierte en lisonjeador de oficio ó en mecánico oficinista; todo su saber, por grande que sea, bastará tal vez á conquistarle un lugar distinguido en las crónicas literarias del país; acaso la posteridad encomiará su genio; acaso levantará estátuas á su memoria; pero en tanto su vida se consumirá angustiada en medio de las tristes privaciones; y aquel hondo despecho que produce en el alma un desden injusto, abreviará sus dias, y le conducirá muy luego al ignorado sepulcro que en vano buscarán sus futuros admiradores.

Hubo un tiempo, es verdad, en nuestro país, que parecia presagiar á las letras mas alta fortuna, mas estimada consideracion. Los siglos XVI y XVII, imprimiendo en este punto á las costumbres una tendencia bienhechora, vieron muy luego aparecer eminentes ingenios que, consignando eternamente la gloria de aquella edad recompensaron con usura los favores que de ella pudieron recibir.

Sin embargo, no bastó tampoco entonces el talento literario; preciso fue tambien unir á él la intriga cortesana, y saber prescindir en ocasiones del hombre de letras, para aparecer bajo el aspecto del hombre político ó del discreto palaciego. Los que, como Quevedo, Mendoza y Saavedra, supieron reunir estas cualidades á las de escritores, vieron recompensado su mérito con altos empleos, con régios favores, y figuraron airosamente entre los primeros hombres públicos de su tiempo; los que, como Cervantes, Lope y Moreto, limitaron su ambicion á la gloria literaria, fueron, es verdad, el objeto de entusiasmo de su siglo, y pudieron presagiar en vida el tributo

de admiración que había de rendirles la posteridad; mas sus trabajos, tan aplaudidos y admirados, no bastaron á asegurarles una cómoda subsistencia, ni á legar á sus hijos otra cosa que la gloria de sus nombres esclarecidos. Lope de Vega quedó empeñado al morir, despues de haber escrito dos mil comedias (que los cómicos solian pagarle á 500 rs.), y otras muchísimas obras sueltas. Calderon vendió todos sus Autos Sacramentales á la villa de Madrid por 16,000 rs.; y Miguel de Cervantes tuvo que mendigar el socorro de un magnate para dar á luz la obra inmortal que había de ser el primer título de la gloria literaria del pais.

Cuando en el último tercio del siglo anterior volvieron á aparecer las letras despues de un largo período de completa ausencia, una feliz casualidad hizo que hombres colocados en alta posicion social fueran los primeros á cultivarlas; y de este modo se ofrecieron á los ojos del público con mas brillo y consideracion. Montiano y Luyando, Luzan, Jovellanos, Campomanes, Saavedra, Llaguno y Amírola, los PP. Isla y Gonzalez, el duque de Híjar, los condes de Haro y de Noroña, Viegas, Forner, Cadahalso y Melendez, ocupaban los primeros puestos del Estado, las sillas ministeriales, las dignidades eclesiásticas, las embajadas, la alta magistratura y los grados superiores de la milicia; bajo este aspecto pudieron servir y sirvieron efectivamente á las letras, tanto para adquirir las en el concepto público aquel respeto que por desgracia solo se prodiga á los falsos oropeles, cuanto para estimular á la juventud á emprender una carrera que no aparecia ya como incompatible con los halagos de la fortuna.

Empero de un extremo vinimos á caer en el opuesto; los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos: unos cultivaron las musas para explicar las Pandectas; otros se hicieron criticos para pretender un empleo; cuáles consiguieron un beneficio eclesiástico en premio de una comedia; cuáles vieron recompensado un tomo de anacréonticas con una toga ó una embajada. Y siguiendo este órden lógico se ha continuado hasta el dia, en términos que un mero literato no sirve para nada, á menos que guste de cambiar su título de autor por un título de autoridad.

De aquí las singulares anomalías que vemos diariamente; de aquí la prostitucion de las letras bajo el falso ropel de los honores cortesanos. — ¿Fulano escribió una letrilla satírica? Escelente sugeto para intendente de Rentas. — ¿Zutano compuso un drama romántico, ó un clásico epitalmio? Preciso es recompensarle con una plaza en la Amortizacion. — Aquel que hace muy buenas novelas; á formar la estadística de una provincia. — Este que ha traducido á Byron; á poner notas oficiales en una secretaria. — El otro que escribió un folletin de teatros; á representar al gobierno español en un pais extranjero.

Entre tanto, aquellos escritores concienzudos que ven en el cultivo de las letras su sagrada y única mision, y que no sabiendo ó no queriendo abandonarlas, esperan recibir de ellas la única corona á que aspiran, yacen arrinconados, y como se dijo al principio, peregrinos en su propia patria; y el pueblo que los mira, y los magnates que no comprenden la causa noble de su desden, le arrojan al pasar una mirada compasiva, ó llegan á dudar hasta de sus intenciones ó su talento. — «¡Literato!... ¿Qué quiere decir literato?...» le preguntará la autoridad al empadronarle. — «¡Poeta!...» repetirá el pueblo. — «¡valiente poeta será él cuando no ha llegado á ser ni siquiera intendente ó covachuelo!»

De esta manera, la multitud, que solo juzga por resultados, se acostumbra á ver la literatura como un medio, no como un fin; como un título de elevacion, no como un patrimonio de gloria; y entre tanto que ensalza y eleva al talento, y engalana la persona del autor con relumbrantes uniformes, deja

olvidadas sus obras en la librería; y por una singular contradiccion, aquellos mismos escritos bajo los cuales se escondia una elevada posicion social, sirven al mismo tiempo para que el inhumano tendero envuelva en ellos las pasas de Málaga, ó los quesos de Rochefort. (Nota 17.)

## II.

## EL MANUSCRITO.

• Así se animarán nuevos autores  
• á imprimir obras que vender al peso.  
Iriarle.

Y para hacer mas sensible el argumento por medio de un ejemplo, figurémosnos un autor que despues de haber dedicado largos años á trabajar concienzudamente una obra literaria, ve por fin concluido el trabajo, en que vincula la gloria de su nombre y las esperanzas lisonjeras de su porvenir...

¡Pobre autor! ¡Tú creias cuando dabas fin á la última página de tu libro que nada te quedaba ya que trabajar, nada que padecer! Pues entonces es cuando empieza tu verdadero sufrimiento, tu mas ingrata molestia. Por fortuna en el dia no tienes que temer las trabas de una arbitraria censura, ni necesitas mendigar un permiso que las leyes actuales te conceden gratuitamente... Si hubiera sido hace algunos años, tu primera diligencia seria la de poner un *pedimento* en papel sellado, y cargado con él y con tu manuscrito acudir á la escribanía de cámara del Consejo de Castilla, dejándolos allí confiados en manos de curiales entre *despojos y moratorias*... ¡Qué agudo puñal para un escritor al dar el tierno adios (que podia muy bien ser el último) á su amada obra, y arrojársela entre profanos, que midiéndola por su escasa inteligencia, no hacian escrúpulo en despreciar un manuscrito que acaso la posteridad miraria como un tesoro!

El secretario formulaba su relacion, y cargando con el manuscrito entre los demas papeles del despacho, entraba al Consejo á dar cuenta de él, entre un permiso de feria y un alegato de bien probado; el tribunal mandaba censurar aquel, y el escribano era regularmente el que designaba el censor; y si la obra era de bella literatura, la remitia al guardian de San Francisco ó al cocinero de los Mínimos; y si hablaba de historia no faltaba algun capellan de monjas; ó un abogado del colegio si se trataba de una coleccion de poesias. En vano el pobre autor trataba de adivinar por todos los medios posibles en qué manos se hallaba; este secreto era secreto de Estado, y los hombres de ley sabian guardarlo, y dar así á los censores todo el desahogo posible para que pudieran meditarla á su sabor dos ó tres años. ¿Quién pintará las angustias de aquel misero autor en este tiempo? ¿Quién sus esquisitas diligencias para descubrir el paradero de su futura gloria? Por fin, al cabo de muchos meses y de varios pedimentos de recuerdo decretados por el tribunal, el tiránico censor devolvía la obra, ó con una negativa terminante, ó toda mutilada con inmundos borrones que hacian desaparecer su mérito principal; y gracias, cuando no se metia á enmendarla de su propia autoridad y hacer decir al autor cosas que ni en sueños imaginara. Satisfecho de este modo el tribunal de que el libro *no contenia nada contra nuestra santa religion ni las regalías de la corona*, solia conceder el permiso, y el autor se daba por muy satisfecho cuando á vuelta de algunos ducados, y aparapetado con su *Real cédula*, lograba recoger aquella oveja descarriada, su libro querido, todo desvencijado por manos impuras, y con sendas rúbricas en cada una de sus hojas. (Nota 18.)

Ahora, es verdad, los tiempos han cambiado; para ser autor no se necesita mas que un buen ánimo; y en gracia de esta libertad han llegado las letras á la



altura que las vemos. Asombroso, á decir verdad, debe ser el número de obras importantes que han debido ver la luz desde que se abolió toda censura; nuestros escritores, que antes se escudaban con ella para justificar su silencio, han podido dar á conocer sus prodigiosos adelantos y su genio superior. Ciencias, artes, literatura, todo han podido tratarlo con estension; nadie les ha ido á la mano... Desde entonces las imaginaciones han tomado un vuelo gigantesco, las luces se propagan, las prensas gimen, y... ¡desgraciada la madre que en estos tiempos no tiene un hijo escritor!... Por resultado de este movimiento admirable, benéfico, sublime, ¿dónde están las enciclopedias profundas, las filosóficas historias, los científicos viajes, las críticas novelas, los admirables poemas? Sin duda que han debido abundar en estos tiempos de franquia político-literaria. Sin duda que nuestros escritores se habrán dado prisa á vengar el honor nacional, y á responder victoriosamente á los terribles cargos que de dos siglos á esta parte les dirige la Europa entera... — Si señor, han respondido, han escrito multitud de volúmenes... de periódicos, llenos de partes militares ó de alocuciones civiles. El público no quiere mas historias que la historia contemporánea, ni busca otro progreso sino el progreso de la guerra. (Nota 19.)

## III.

## LA LIBRERÍA.

«En literatura, el producto del trabajo  
esté en razon inversa de su importancia.»  
Adisson.

Mas volviendo á nuestro anónimo escritor, á quien hemos dejado con su manuscrito bajo el brazo, salvándole cual otro Camoens de los embates de las olas, sigámosle paso á paso en sus diligencias ulteriores hasta ver realizado el objeto de sus esperanzas.

Por de pronto le encontraremos corriendo una á una todas las imprentas de Madrid, y cotejando formas, y demandando precios, y escogiendo papel, y reduciendo, en fin, á números todas las circunstancias del contrato, hasta arreglar convenientemente sus bases.

Pocas cosas hay tan entretenidas como ver á un literato ajustar una cuenta ó formar un cálculo, con aquella pluma con que suele volar por las vagas regiones de la fantasía. La falta de práctica y su escaso conocimiento de los guarismos, le hacen equivocarse á cada paso la cuenta; y suma y multiplica, y vuelve á sumar y multiplicar, y unas veces saca mil y otras un millon; y quien de 24 quita 6 deja 40, y llevo 7; dos mil ejemplares vendidos á duro, hacen 200,000 duros; rebajados 500 por el coste de su impresion, quedan 150,000 duros limpios de polvo y paja... ¿A dónde vamos á parar?

Que se ajustan, en fin, literato é impresor, y que empieza la tarea de la *composicion* y la *correccion de pruebas*, y el *ajuste*, y el *pliego de prensa*, y la *tiracion* y *retracion*, y las *capillas*, y el *alce*, y el *plegado*; y mi autor en algunos meses no sabe qué cosa es dormir, ni sosiega un solo instante; y unas veces riñe con el regente de la imprenta por la tardanza, y otras con los cajistas por la precipitacion, y se desespera por una errata, porque en vez de *tu mano esqui-va* le han puesto *tu mano de escriba*, ó en lugar de *memoria póstuma* han estampado *memoria postema*, ó otros *quid pro quos* tan inocentes como estos, en que suelen incurrir los inocentes cajistas.

Llega por fin el suspirado momento en que ya corrientes y encuadernados los ejemplares de impresion va á proceder á la venta, y una mañana muy temprano sale mi diligente autor á revisar uno por uno todos los esquinzos de Madrid, donde ha hecho fijar grandes cartelones con letras tan grandes como

todo el libro; y se aflige y desespera porque unos los encuentra demasiado altos, y otros demasiado torcidos; cuáles empezados á rasgar; cuales rasgados del todo; estos cubiertos por un anuncio de novillos; aquellos ofuscados por una funcion de cofradía. Pero se consuela con que en aquel mismo dia la *Gaceta* y el *Diario* han anunciado su obra en *términos precisos*, y que ya de antemano ha regalado un ejemplar á todos los periodistas de Madrid, los cuales en conciencia no podrán menos de decir que la obra es excelente y el autor un buen sugeto, con la demas música celestial de costumbre, no olvidando al final la librería donde se vende ó se quiere vender.

Y aquí llamo la atencion de mis lectores no madrileños, para hacerles un pasajero bosquejo de lo que es una librería en nuestra heroica capital.

Siempre que á su paso se encuentren una portada gótico-arabesca y hermoso cierre de cristalera; siempre que vean relucir en el interior brillantes dorados y transparentes, y coronada la pintada muestra por un cuerno de Amaltea ó por una fama trompetera, aquello, por supuesto, no es una librería, sino un almacén de objetos mas útiles, tales como guantes ó confitura.

Siempre que miren un prolongado mostrador, asediado por multitud de bellezas mercantes, por infinidad de galanes paganos, allí, por supuesto, no se venden libros, sino sedas y cachemiras, ni se conocen otras letras que las de «*Precios fijos*» estampados en góticos caracteres en el fondo del almacén.

Empero cuando vean un menguado recinto de cuarenta pies de superficie, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, cubiertas las paredes de unos andamios bajo la forma de estantería, y en ellos fabricada una segunda pared de volúmenes de todos gustos y dimensiones, pared tan sólida é inamovible como la que forma el cuadrilátero recinto; siempre que vean este, cortado á su término medio por un menguado mostrador de pino sin disfraz, tan angosto como banco de herrador, y tan plana su superficie como las montañas de la Suiza; siempre que encima de este laboratorio vean varias hojas impresas á medio plegar, varias orteras de engrudo, y el todo amenazado con las cortaduras del papel y los restos del pergamino; siempre que detras acierten á columbrar la fermentada estampa de un hombre chico y panzudo, como una olla de miel de la Alcarria, y vean sobre la abertura que forma la trastienda un pequeño nicho en forma de altar con una estampa de San Casiano, patron de los hombres de letras; siempre que encuentren, en fin, todas estas circunstancias, detengan el paso, alcen la cabeza, y verán en los dos esquinzos de entrada unos misteriosos emblemas de líneas blancas y coloradas, y sobre el cancel un mal formado rótulo que en anticuadas letras dirá forzosamente «LIBRERÍA.»

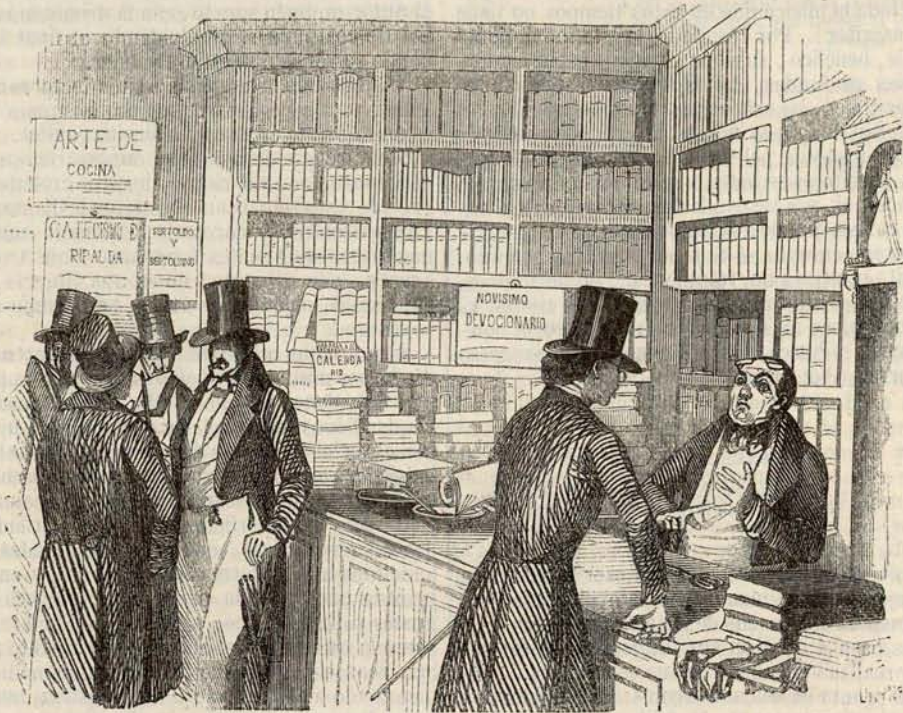
A decir verdad, que nada es mas á propósito para dar una idea del estado de la literatura en nuestro país, como el aspecto de las tiendas de libros, que sin celos ni estímulos de ninguna especie han visto progresar y modificarse según los preceptos de la moda á las quincallerías, floristas, confiteros, todos los almacenes de comercio, hasta las zapaterías y tabernas; y ellas, impasibles en aquel estado normal que las imprimió el siglo xviii, han permanecido estacionarias, sobreviviendo indiferentes á las revoluciones de la moda y á las convulsiones heroicas del país.

Si prescindiendo de la librería, consideramos aisladamente la persona del librero, hallaremos en él la misma inamovilidad, igual estoicismo que en aquella. Desdeñando con altivez todos los esfuerzos del resto del comercio, vive tranquilamente encuadernado en su mostrador de pino y sus anaqueles de becerro, repartiendo el producto del humano saber con sus compañeros los ratones (que hoy los hay con un

hambre del año 12). Si escucha hablar del celoso movimiento de los libreros de Londres y de París, del lujo de sus almacenes, de la pompa de sus catálogos y de sus grandes empresas mercantiles, el librero madrileño sonríe desdeñoso, y sigue sin responder plegando calendarios ó dando á los cartones una mano de engrudo. Si se le pregunta por el mérito de una obra, responde con indiferencia: — «No es

cosa; no se han vendido mas que cien ejemplares.» — Para él la pauta de todos los libros está en su libro de caja, y por este estilo aprecia mas que las obras de Homero, el Sarrabal de Milan; y mucho mas el Arte de cocina, que los Varones ilustres de Plutarco.

Ocupado sin cesar en sus mecánicas tareas, escucha con indiferencia las interesantes polémicas de los abonados concurrentes (todos por supuesto literatos),



que ocupan constantemente los mal seguros bancos estramuros del mostrador; los cuales literatos, cuando alguno entra á pedir algun libro, le glosan y le comentan; y dicen que no vale cosa; y despues de juzgarle á su sabor, le piden prestado al librero un ejemplar para leerle. Y mientras tanto hojean un periódico, y mascan y muerden á su sabor el artículo *de fondo*, y luego la pegan con la comedia nueva y hacen una diseccion anatómica de ella y de su autor. Todo hasta que dan las dos, hora en que el librero, recogiendo sus chismes, les invita á comer la puchera, que es lo mismo que decirles que se vayan á la calle. Y luego cierra la tienda, y come y duerme su siesta, y vuelve á abrir, y vuelve á reproducirse la escena anterior.

Pero si mal no me acuerdo, dejamos á mi autor caminando hácia la librería; pues bien, figurémonos que entra en ella á la sazón que acaba el librero de despachar un ejemplar, el tercer ejemplar de su obra, y que los literatos del banquillo han abierto la discusion sobre ella.

— ¿Ha leído V., señor don Hermógenes ese libro nuevo?

— ¡Cómo si lo he leído! Página por página me lo ha consultado su autor.

— ¡Calle! ¿conoce V. al autor?

— ¡Pues no le he de conocer, si ha sido discípulo mio! y dé gracias á mis advertencias y correcciones, que si no... pero callemos, que no es cosa de decirlo todo; dejémosle gozar tranquilamente de los honores del triunfo.

— Me han dicho (replica don Pedancio), que es un muchacho de mérito, y que...

— Sí señor, *tene chispa*, y si estuviera bien dirigido...

— ¿Cómo bien dirigido? ¿pues no he dicho que le dirijo yo?

— Tiene V. razon, y á decir la verdad, ya me parecía á mí que era imposible que ese mozo hiciera por sí nada de provecho; figúrense Vds. que le he conocido hace veinte años jugando á la rayuela todas las tardes con los chicos de mi vecino don Abundio... y luego, señor, lo que yo digo, ¿qué han de saber estos muchachos; ni qué universidades han cursado, ni qué oposiciones han sostenido, ni?...

(Mientras este ligero diálogo, el jóven autor ha entablado un *aparte* con el librero para informarse de la venta; y luego que este le asegura que en todo el dia ha realizado tres ejemplares, hace un gesto espresivo, da un suspiro, y lanzando una mirada fulminante á los interlocutores, se sale precipitadamente de la tienda.)

— Oiga V., señor amo de casa, ¿no querrá V. decirnos quién es ese caballerete que acaba de salir?

— Ese caballerete (responde el librero), es un amigo de todos Vds. y protegido de mi señor don Hermógenes.

— ¿De veras?

— Sí, señores, es el autor de quienes Vds. hablaban, y no sé cómo no le han conocido.

— A la verdad, replican todos, que está bastante desfigurado... y luego esta vista tan cansada... ¿no es verdad, V., señor don Pedancio? —

Los quince primeros dias repite diariamente el jóven la visita á la librería, y ajustando mentalmente la cuenta, saca la consecuencia de que en ellos ha des-

pachado veinte y cinco ejemplares; y sin embargo todo el mundo le habla de la obra, y todos sus amigos se la elogian y le colocan á par de Cervantes; es verdad que él ha tomado la precaucion de regalársela á todos; y al cabo del mes pide cuentas al librero, el cual se la da de treinta ejemplares; al segundo mes de diez, y al tercero de ninguno; y entre tanto el impresor le ha cobrado la suya, y el encuadernador igualmente, y advierte en fin, que su futura gloria le ha costado un purgatorio presente; y que en vez de los ciento cincuenta mil duros de ganancia, se halla con cien doblones de menos en el bolsillo.

IV.

EL AUTOR.

*« Oui, j'aime mieux, n'en deplaise á la gloire,  
vivre au monde deux jours que mil ans dans l'histoire. »*  
Molière.

Y con perdon de la gloria,  
mucho mas estimaria  
vivir en el mundo un dia  
que mil años en la historia.

Entonces reconoce la ingratitud del siglo, y medita filosóficamente sobre la ignorancia de la multitud; pero temple su dolor con la consideracion de los inconvenientes de las riquezas y la gloria que le brinda la fama en las futuras edades, con lo cual se determina á pasar el resto de sus dias dedicado á la filosofia y al estudio. Mas desgraciadamente llega el dia 30 del mes, y el casero le recuerda el alquiler del cuarto; la patrona le reclama el gasto de la casa; el sastre tiene la inhumanidad de presentarle la cuenta; y hasta el grosero asturiano que le sirve se atreve á interpelarle sobre el pago de su salario.

El desdichado autor cae entonces bruscamente desde su cielo ideal en este mundo mecánico y positivo; mira con dolor que el ingenio es un capital pasivo que no empieza á producir hasta despues de la muerte; que la sabiduria no tiene cosecha, ó que si siembra ideas es para recoger únicamente desengaños; que hacer libros donde nadie lee, es ponerse á fabricar rosarios en Pekin; que aquella individualidad, aquella sublime escepcion á que ha aspirado por resultado de sus tareas, le han constituido en una situacion exótica en medio de una sociedad material y positiva; y que, en fin, todo su talento, toda su nombradía, no pueden hacerle prescindir de aquellas necesidades que esta misma sociedad le impone.

Entonces es cuando dando un nuevo giro á sus ideas, las materializa y dirige á un resultado positivo; entonces cuando hace el sacrificio de su futura gloria en gracia de su vivir presente, y trata de hacer valer sus circunstancias para llegar á clasificarse en esta misma sociedad que antes miraba con enfático desden. Entonces es cuando cambia las bibliotecas por las antenas; los profundos volúmenes por los periódicos fugitivos; las relaciones literarias por las encumbradas y políticas; entonces cuando hace la oposicion ó la defensa de los ministros; entonces cuando brilla en su mayor esplendor, y todos alaban su talento y pasa de mano en mano altamente recomendado, hasta que da en las de un poderoso Mecenas, que en justo galardón de sus conocimientos literarios, ó de su nûmen poético, le encaja una contaduria de estancadas ó una administracion de correos, con lo cual el ex-autor hace almoneda de sus libros, vende al peso todas sus impresiones á un almacenista de chocolate, y marcha satisfecho á desempeñar su destino y á firmar *oficios y cargarémes*.

Y aquí concluyó el literato, y empezó su positiva carrera el funcionario público.

(Marzo de 1857.)

EL DIA DE TOROS.

I.

CASA DE VECINDAD.

En la parte mas intrincada y costanera del antiguo y famoso cuartel de Lavapiés, siguiendo por la calle de la Fé, como quien se dirige á la parroquia de San Lorenzo, y revolviendo despues por la diestra mano para ganar una altura que se eleva sobre la izquierda, hay una calle, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que tiene por apéndice oriental un angosto y desusado callejon, de cuyo nombre no me acordaria aunque quisiera.

Entre esta calle y este callejon, y formando escuadra los limites ordinarios de ambos, descuella sobre las inmediatas un caseron de forma ambigua, tan caprichoso y heterogéneo en el órden de sus fachadas, como en el de su distribucion y mecánica interior. El aspecto de la primera de ellas, que sirve á la calle principal, no ofrece, ni en la forma de su entrada, ni en la triple fila de balcones, ninguna discordancia con la de los demas edificios que pueblan el casco de esta noble capital; antes bien, sujeta en un todo á las formas autorizadas por el uso, encubre con el velo de cándida vestal (inocente disfraz harto comun en las casas de Madrid) deformidades y faltas de mas de un género. Por el opuesto lado es otra cosa; el color primitivo de la pared, en que la azarosa mano del tiempo ha impreso todos sus rigores, la combinacion casual de ventanas y agujeros, el alero prolongado, el estrecho portal, y mas que todo, la estravagante adiccion de un corredor descubierta y económicamente repartido en sendas habitaciones ó celdillas, prestan al todo del edificio un aspecto *romántico*, que revela su fecha y el gusto de la época de su construccion.



El interior de esta mansion no es menos fecundo en halagüenos y significativos contrastes. Cualquiera que entre por la escalera principal, no advertirá en la

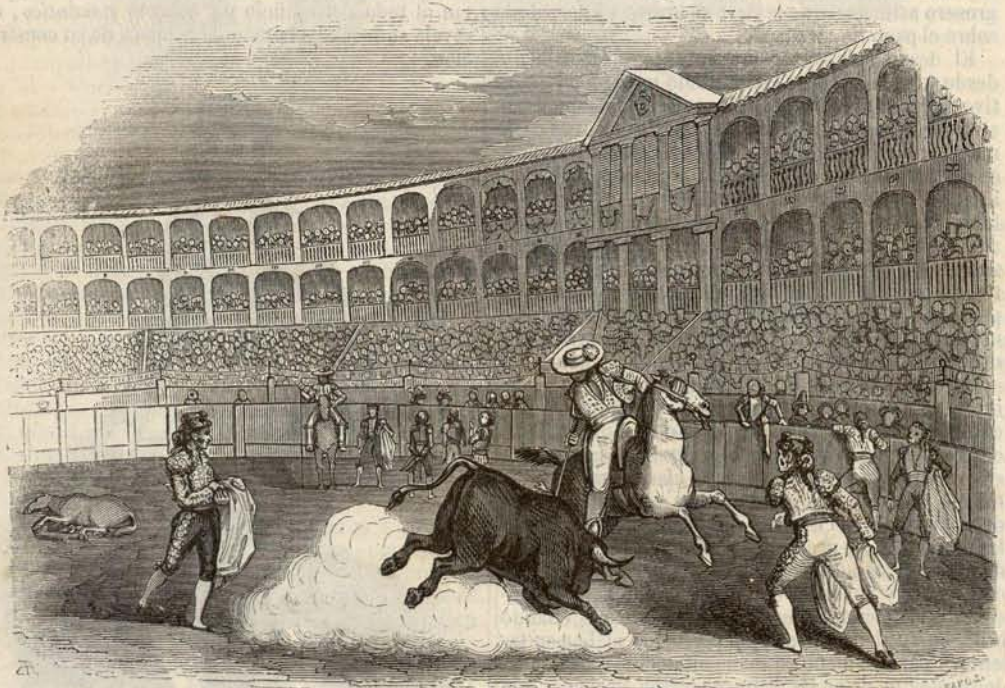
respectiva colocacion de las puertas de cada piso notable disparidad con lo que está acostumbrado á ver en las demas casas de Madrid, y costárale trabajo persuadirse de que en esta puedan encontrar habitacion independiente sesenta y dos familias, que puesto que habitantes de un mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones, gustos y necesidades tan distintos entre sí, como son discordantes los guarismos que forman el precio de su alquiler. Empero esta duda cesará de todo punto, si guiado por la natural curiosidad, acierta á traspasar el límite que separa la aristocracia de la tal casa, de la parte que constituye su tripulacion popular.

Preséntasele, pues, para este paso al nuevo Magallanes, un nuevo estrecho ú pasillo que le conduce desde el piso segundo al cuadrado patio, en torno del cual se ostenta el abierto corredor de que arriba dejamos hecha mencion. La multiplicidad de las puertas de las viviendas que interrumpen el lienzo, causarále por el pronto alguna confusion; pero muy luego adoptará por brújula para navegar en tan procelosos mares los sendos números que mirará estampados sobre cada una de aquellas. Por último, si limitado al objeto de mero descubridor, buscára la salida de aquel archipiélago, y su comunicacion con la calle, no será para él objeto menor de admiracion el encontrarla directamente á aquella altura (el piso segundo) por la parte del callejon escusado; notable desnivel de algunos sitios de Madrid, que permite á varias de sus casas tan estrambótica construccion. (Nota 20.)

En el intrincado laberinto que queda bosquejado, todo era animacion y movimiento uno de los pasados lunes, en que segun la piadosa y antigua costumbre, celebraba la Junta de hospitales una de las funciones de la temporada en el ancho circo de la puerta de Alcalá. Era *dia de toros*, y los que conocen la influencia de estas palabras mágicas para la poblacion madrileña, pueden calcular el efecto producido por semejante causa en las trescientas setenta y dos personas que por término medio pueden calcularse cobijadas bajo aquel techo.

El movimiento, pues, estaba á la órden del dia, y por emblema de él ostentábase á la puerta principal un almagrado coche de camino, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, y arrastrado por seis vigorosas mulas, cubiertas las colleras de campanillas y cascabeles; al paso que por la puerta del costado dejábanse contar hasta cuatro calesines de forma análoga, dirigidos por mitad entre los menguados caballeros de sus varas, y los despiertos mancebos de sombrero de cucurucho, cinto y marselles.

Del ya referido coche acababa de desembarcar un apuesto caballero, ni tan viejo que ostentase blanca cabellera sobre su frente, ni tan jóven que se hallara comprendido en el último alistamiento militar. Y mientras atusándose el pelo dictaba desde el portal las órdenes convenientes al cochero, era, sin advertirlo,



el objeto de curiosidad general de entrambas calles, en cuyos balcones y ventanas el ruido del coche habia hecho aparecer multitud de espectadores de todos sexos y condiciones.

—Oyes, Paca, la del número 12, ¿conoces á ese

señor de tantas campanillas que se ha apeado en el portal?

—Toma si le conozgo: ¡si es mi casero el percurador! ¡todos los domingos me hace una visita por el monís!

— ¡Fuego, hija, y qué casero tan aquel, que viene á visitar en coche á sus enquilinos!

— Yo le diré á V. señá Blasa, me explicaré; lo que es por la presente no viene á por cuartos, y en tal caso no son de cobre por cierto.

— ¿Trampilla tenemos? ay, cuenta, cuenta, hija, que no hay como escuchar para aprender; apostaré á que lo dices por cierto sombrero de raso que veo asomar por entre las cortinas del principal.

— Pues... ya me entiende V. ¡ay, Jesús, y qué encapitado está el tiempo!

— No temas, muchacha, que pronto cambiará.

— ¿Diga V., madre Blasa; V. que endiña desde ahí la muestra, ¿á cuántos apunta el reloj?

— Dos en punto, si no veo mal.

— Pues punto y coma, que hay moros en la costa y salvajes en portillo.

— ¡Qué lengua, qué lengua, señá Paca!

— Calle, tío Mondongo, ¿V. está ahí? ¿y quién le mete á V. en la conversacion de las presonas? Mas le valiera cuidar de su tia Mondonga y de su hija, que no entrarse en donde no le llaman.

— Me llaman y me importa, señá Paca, que al cabo soy hombre de ley y no puedo ver esos tiruleques.

— ¡Ay Jesus! llamar al abogado de probes para que se lo cuente á su señoría.

— Pues tengo mil razones, y mi conciencia es conciencia; y ¡digo! ahí que no es nada; estar sacando al aire, como quien no dice nada, los trapos de nuestro casero don Simon Papirolario, honrado percurador, administrador judicial por la justicia de esta casa de mostrencos.

— El mostrenco será él y V. que le abona; vaya V. á decirselo de mi parte, y que le baje el cuarto, que harto subido está sobre el tejao.

— Dice bien el tío Mondongo, Pacorra; ¿qué tienes tú que meterle en cuidaos ajenos, y si don Simon visita á la señá Catalina, y si viene por ella para llevarla á los toros, y si la viste y la calza y la da de comer, y el cuarto de balde; y si es casao y con tres hijos que deja en casa, y si doña Catalina tiene otro cortejo por otro lao, y si... en fin cada uno se gobierna como puede, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.

— Que se la bendiga en buen hora, mario, y á tí te dé magin para echar sermones y á mí paciencia para oírlos; pero ahora que me acuerdo, ¿no ha venido todavía tu compadre?

— Mi compadre estará legítimamente ocupao, que es el que pone el hierro á las banderillas.

— No digo ese, sino el Chato, que tiene que venir por mí para llevarme á los toros.

— Ese no es mi compadre, canalla, que es el tuyo; y si no fuera por armar un escándalo, no te dejaría ir con él.

— Calla, mal genio, que no te quedarás en casa, y puedes irnos á esperar á la vuelta á la taberna de la Alfonsa.

— Bien sabe Dios que solo la necesitáa...

— Tiene cara de herege, Juancho, y tú no la tienes mejor por cierto.

— ¡Eh! hombre, ¡cuidao! ¿Dónde diablos vas á pasar?

— Adonde quiero y puedo; y háganse toos á un lao de la calle, y dejen á mi carroza la puerta franca.

— Pues nosotros hemos llegado antes.

— Pues yo llego siempre á tiempo, y.... hola.... muchacho, aguja la bestia, y que salte sobre esas otras.

— Huii... soo... ráa... iak... eh... atrás...

— Vaya, señores, ahora que estamos acomodaos, la paz, y caa uno se espere mientras me apeo, que ya saben que soy hombre de malas pulgas.

Y aquí un sordo murmullo de reniegos y juramentos, reconcentrados por aquella prudencia que dicta

el miedo, acompañó respetuosamente al descenso del Chato, que era el que en tal momento se apeaba de su carroza de dos ruedas.

### III.

#### MIENTRAS LA CORRIDA.

Ya nos han dejado solos, tío Mondongo, á mí con los puntos de mi calceta, y á V. con su banquillo y su piedra; á mí echando al aire mis arrugas, y á V. asomando los cuernos al sol.

— ¡Qué quiere V., señá Blasa! la juventú es juventú, y nosotros....

— V. será el viejo, que yo á Dios gracias todavía tengo mi alma en mi almarío, y mi cuerpo donde Dios me le puso, y si no fuera por el hambre del año 12 que me hizo caer los dientes y el pelo, todavía era negocio de salir á la plaza á echar una suerte; pero dejando esta plática y viniendo á lo del dia, ¿sabe V. que se me hacian los dientes, digo las encías, un agua pura al ver la alegría de nuestra gente?

— Ello dirá, tia Blasa, ello dirá; y tras del dia viene la noche, y al fin se canta la gloria.

— Vaya, hombre, que no parece sino que viene de casta de disciplinantes; ¿pues qué mal hay en que la gente se divierta y se ponga maja? Pero á propósito, ¿sabe V. que la Paca iba que ni una reina de Gito con aquel guardapiés encarnado, y delante de flores y medias negras caladas hasta la liga, y pañuelo amarillo, y roete de cesto, y mantilla al hombro? Cierito que el Chato es hombre que lo entiende, y que no hace mal el tío Juancho en tener paciencia.

— Chito, tia Blasa, que las paredes oyen.

— ¡Qué! tío Mondongo, si aquí no nos oyen mas que las golondrinas.

— Pues una vez que es así, sepa V. (y dejemos un rato el mandil, que de menos nos hizo Dios; y la noche diz que se ha hecho para dormir y el dia para descansar), sepa V., pues, como iba diciendo, que luego que se marcharon todas las calesas, y en ellas los ya dichos, y el Bereque y la Curra, con Malgesto y el banderillero, Lamparilla con la mujer del herrador, y este con la hija del alguacil, y despues que nos quedamos solos yo y mi chica (que es una muchacha que ni pintada, y que no quiere ir á los toros por mas que la pedrico), vino el dengue, el filé, el lechuguino de los bigotillos y la pera, y miró al balcon del principal; se acercó calladito á la rejilla de la escalera, dió dos golpecitos, y le abrió la vieja y allá se coló; con que si vuelve el percurador ¿sabe V. que es lance?

— ¡Ah, ah, ah!

— Ello dirá, señora Blasa, ello dirá.

— Pero dígame V., ¿qué ruido infernal es ese que salió hace un rato por ese bujero del diablo?

— Qué quiere V. que sea, los siete chicos de la tuerta que se han quedado solos y están jugando al toro con un gato en la guardilla del rincon.

— ¡Pobres criaturas! pero en fin, ellos podrán dejar las divisas cuando quieran; mientras que su pobre padre...

— Pues no para ahí lo mejor sino que la puerta del ebanista está abierta, y hay quien sospecha en el barbero de en frente, que ha sido aprendiz de herrador, y así parece hecho para afeitar barbas, como para rapar la bolsa al prójimo.

— Yo no queria decirlo á V., pero me parece que cuando estaba comiendo ví salir una caña por cierto agujero, que encaminándose á la guardilla de la Paca, enganchó por su propia virtud en los pañales que estaban colgados; pero no lo quisiera afirmar, porque como mi vista es débil, y luego los antojos se me quebraron la otra noche leyendo el Bertoldo...

— Ahora que dice V. Bertoldo, ¿no sabe V. que el Casenillo del alguacil del número 13 ha dado en requebrar á la Paca, y en querérsela disputar á su

marido y al banderillero, y lo que aun es mas, al matachin del Chato, que es capaz de enristrar alguaciles como el toro á los dominguillos?

—¡Ah, ah, ah!... me ha hecho V. reir con la comparacion, y á fé que es menester haber vivido años para entenderla.

—El año 89, si mal no me acuerdo.

—Y es la verdad; yo estaba en la plaza, y acababa de casarme con mi marido Rodriguez (que Dios allá tenga) cuando echaron al toro dominguillos; pero á propósito de dominguillo, ¿dice V. que el lechuguino quedaba en el principal con la criada?

—Pues; para mientras venga el ama con don Simon.

—¿Y está V. seguro de ello?

—Toma si lo estoy.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Un muchacho como de veinte y dos, alto, bien plantado, bigote rubio, barbas capuchinas, pantalón colorado, levita corta y sombrero ladeado, bastoncillo y espolines?

—Ese mismo, ese mismo es.

—Pues es el caso, que, si no veo mal, paréceme que le miraba ahora mismo salir por el portal de la otra calle con una muchacha de vestido corto, color de pasa, delantal y mangas huecas, mantilla de tira, y...

—¡Qué! no, no lo crea V., tia Blasa, si no ha quedado en casa mas moza de esas señas que mi hija.

—Es que pudiera ser que acaso fuera su hija de V.

—¿Mi hija? si, bonita es ella; ahora quedaba allá dentro espulgando al dogo; Juanilla... Juanilla... ¡Diantres! no responde; voy á ver.

—No se moleste V., tío Mondongo, que hace ya rato que doblaron la esquina.

#### IV.

##### DESPUES DE LA CORRIDA.

PERDONE V., señor alcalde, que no fue así como lo ha contado mi marío, porque él se quedó en cá e la Alifonsa durmiendo la mona y no supo náa del sucedido.

—Pues diga V. cómo fue.

—Yo, señor, ya ve V., soy una probe mujer y no sé espicarme de corrido; pero el señor es mi marío, y su conduta es la que V. ve, siempre borracho y sin trabajar, con que de algun modo ha de comer una y tener cuatro trapos.

—Vamos al caso.

—Pues al caso voy: ello es que el que tiene la culpa de todo es un amigo de la casa y muy compadre, como tóo el mundo sabe, que llaman Malgesto, y capaz de plantar una banderilla al lucero del alba cuanto ni mas al toro; pues como iba diciendo, este tal me tenia dicho: «Paca, no quiero que mires al Chato, porque si tal haces le voy á cortar las pocas narices que le quedan.»

—¡Que sí! decia yo, y como ya ve su señoría ó su merced, el gusto es gusto, y en dengun catecismo he visto el pecado *no mirarás*; yo, ya se ve, no le hacia caso, y...

—Adelante, fué V. con el otro á los toros.

—Pues ahí está, porque tomó su calesa y me llevó, que yo no me fui sola; y esto cualquiera lo hubiera hecho, y señoras conozgo yo...

—Al grano, al grano.

—El grano es un grano de anís, como quien dice, porque el otro desde la plaza mira que te mira, no nos quitaba ojo en toa la corrida, y ponía las banderillas en cruz, y nos las juraba con unos gestos que Dios nos libre.

—Pero al cabo...

—Al cabo se acabó con el último toro como es costumbre, y todos nos íbamos en paz y en gracia de Dios, cuando al salir de la plaza, el Chato se desahució no sé cómo, y yo que me esperaba encontrarle al pie de la calesa, ¿á quién dirán Vds. que encontré? pues fue naa menos que al banderillero, que diciéndome—«¡Ingrata! no, endina (me dijo), ¿es este el modo de obedecer mis preceitos?»

—Yo le dije... pero no, entonces no le dije nada, como que estaba encogida; pero solo le hice un gesto, y aun no sé si algo mas. El no me respondió mas que dos ó tres juramentos y algunos reniegos, y luego agarrando á la Curra que venia conmigo la subió por fuerza á la calesa; en seguida puso una rodilla en tierra y me la presentó como estribo, diciéndome por lo bajo.—«Paca, si no subes mato al Chato;»—y yo, ya ve su señoría, soy mujer de bien y no quiero la muerte de naide.

—¿Con que en fin, qué hizo V.?

—¿Qué habia de hacer? *subí*.

—¿Y despues?

—Despues fue la jarana, porque la Curra, que para servir á su señoría es, segun dicen malas lenguas, mujer de Malgesto, empezó á gruñir, y yo tambien, y él nos quiso tranquilizar y nos dió dos ó tres bofetones á cada una; pero nosotras empezamos á menudearle y á menudearnos; y ya ve usía, la defensa es natural; por último que se espantó el caballo y por poco nos vuelca; pero en fin, nos apeamos en la calle del Barquillo, y él ya habia echado á correr, y luego la Curra, y no he vuelto á saber mas de ellos.

—¿Con que nada mas tiene V. que alegar?

—Nada mas.

—¿Y se ratifica V. en ello?

—Me ratifico en que soy mujer de bien, incapaz de dar escándalos, sino que á veces no puede una... pero ahora voy á quejarme yo á su señoría, que tambien tengo mi por qué.

—Veamos.

—En primer lugar me quejo de toda la vecindad, porque me han robado todo lo que tenia en casa y dejado por puertas.

—¿Y cómo puede V. probar?...

—Puedo probar que me han robado, que es lo principal; en segundo lugar me quejo de mi marido porque no me defiende en mis peligros; en tercer lugar me quejo de la Curra por catorce arañones y diez pellizcos, amen de algunos zapatazos donde no se puede nombrar; ademas me quejo del alguacil porque se empeña en llevarme á la cárcel, y todo porque le hice una mueca el día de San Anton, que quiso requebrarme; por último me quejo de usía, porque desde que es alcalde de este barrio...

—Calle V., demonio, que ya no la puedo sufrir mas, ó por el alma de mi padre que la pongo una mordaza que no se le caiga tan pronto.

—Veamos otro. ¿V., buen hombre, qué quejas tiene V. que proponer á la autoridad? Sea breve y yo le prometo justicia.

—Yo, señor, me llamo Cenon Lanteja, alias Mondongo; tengo una hija que se llama Juanita, alias la Perla.

—Adelante sin mas ribetes, seor Mondongo, que si volviera á echar otro alias, por este baston que empuño que no le baje la multa de cuarenta ducados.

—Pues señor, claro, esta muchacha tan recatada se me ha ido con un lechuguino á los toros, y...

—Aquí entro yo, señor alcalde; yo me quejo de ese pícaro, que despues de hacerme salir de casa de mi padre no me llevó á los toros, y sabe Dios...

—Señor alcalde, palabra.

—Señor don Simon y muy señor mio, ¡qué gente-cita tiene V. en casa!

—Calle V. por Dios, señor, que todas son cuitas;

pues ya V. sabe que en el principal tengo una parienta jóven, á quien su tío, oidor de Filipinas, me dejó recomendada al morir.

—Sí, sí, ya lo sé todo, y sé tambien que la convida V. á los toros y...

—Pues ahí voy: despues de hacer con ella los oficios de padre, ¿sabe V. con lo que me encuentro?

—¿Qué?

—¡ Ahí es nada! que al volver con ella á su casa me he hallado en la escalera á un galancete jóven, que cuando le he descubierto, me insulta, me desafia, y...

—Pues no es eso lo mejor, señor don Simon, sino que su esposa de V., segun me ha dicho el escribano, ha estado esta mañana en mi casa á quejarse de su infidelidad, y á ponerle, como quien no quiere la cosa, demanda de divorcio.

—¿De divorcio?

—Yo la he procurado calmar y desengañar, aconsejándola que para esto se dirija al tribunal de mostrencos, porque como V. tiene ese carácter...

—Señor alcalde, señor alcalde.

—¿Alguacil?

—Que vienen á avisar que á la puerta de la taberna de la tía Alfonsa se han dado dos hombres de navajadas, y han quedado los dos muy mal heridos.

—¡ Ay, Dios mio! ¡ Ellos son!

—¡ El Chato!

—¡ Malgesto!

—¡ Ay, ay, ay!

—Orden (dijo el alcalde pegando un bastonazo en el suelo). ¿Hay aquí algun hombre bueno?... Nadie responde; pues bien; sirva V., escribano, por esta vez, y apúnteme un prospecto de providencia... á ver, lea V.

« En la villa de Madrid, á tantos de tal mes, etc., »vistos, juzgamos, que debíamos mandar y mandá- »bamos que al muerto, si le hubiere, se le dé cómo- »da sepultura, y el herido sea conducido al santo »hospital: que á la llamada Paca la Zandunga, mu- »jer del Juancho, se la encierre en galeras por dos »baños, y lo mismo á la otra moza, alias la Curra, de »estado indirecto: condenamos al zapatero Mondon- »go á un encierro de tres meses por no haber sabido »encerrar á su hija, y á esta á las Arrepentidas para »que tenga tiempo de llorar sus extravíos: que á la »señora del principal y al amante incógnito se les re- »premita al cura de la parroquia para que los case, »bajo partida de registro; y que cada uno de los »vecinos de la casa pague diez ducados de multa; »últimamente, al representante de los mostrencos, »don Simon Papirolario, se condena en las costas »del proceso y cien ducados mas; sin que esta nues- »tra sentencia pueda perjudicar en lo mas mínimo á »la buena opinion y fama de los causantes, y hágase »saber á las partes para su ejecucion y debido cum- »plimiento.— El señor don Crisanto de Tirafloja, »maestro guarnicionero y alcalde de este barrio, lo »mandó entre dos luces por ante mí el infrascripto »escribano de S. M., hoy lunes 17 del corriente del »año del Señor de 1836.—*Gestas de Uñate.*»

Ninguno de los presentes se conformó con la sen- tencia, porque el juez era *lega* y no la podia dar, á pesar de que la dió; pero luego fueron ante otros jueces *profesos*, y la cosa en sustancia vino á ser la misma, con el apéndice de otros seis meses de encer- rona mientras se *sustanciaba* el proceso con todos los requisitos legales.

Tal fue el resultado de aquel dia *dia de toros*; la ri- queza pública perdió en él, es verdad, aquel tiempo y aquellos brazos; la agricultura algunos animales destinados á su fomento; los establecimientos públi- cos el fruto de la caridad y de las contribuciones; las costumbres sintieron la falta del pudor y la decencia; y la religion el olvido de los sentimientos mas nobles

y generosos; pero en cambio dos personas tuvieron ocasion de felicitarse y salir gananciosas, á saber: la tabernera Alfonsa y el escribano don Gestas. ¡Feliz compensacion!

(Mayo de 1836.)

## UNA VISITA A SAN BERNARDINO.

El puro sentimiento de la beneficencia es tan natu- ral á la especie humana, y se halla ademas tan for- talecido por los preceptos de todas ó casi todas las religiones, que el ejercicio de aquella virtud sublime ha venido á ser una ley social para todos los pueblos civilizados.

Sábias disposiciones han sido adoptadas en mu- chos Estados con el objeto de reducir á práctica aquel sentimiento religioso, procurando conciliar en ellas, á par que el interes del indigente beneficiado, el que reclama la sociedad bienhechora; se ha que- rido, pues, que este devuelva á aquella los réditos del beneficio, libertándola de su importuna solicitud, moderando sus costumbres, y trabajando en adqui- rirse medios honrados de subsistir. El antiguo siste- ma de *hacer bien sin mirar á quién*, es mas generoso que político; las sociedades modernas han considera- do justamente que los dones indiscretos hacen flore- cer á la mendicidad, que la holganza ningun derecho tiene á ser mantenida por el trabajo ajeno; y que todo el que reclame el auxilio de sus semejantes es preciso que sea á cambio proporcional del que les preste con el suyo. Tales principios presiden hoy los establecimientos públicos de beneficencia en los pai- ses civilizados, y la experiencia demuestra la solidez del raciocinio que les dirigió.

Menguada por cierto era la idea que de la civiliza- cion de nuestra capital podríamos dar á un extranjero, cuando sus calles cubiertas de andrajosos y clamor- eantes mendigos daban un testimonio positivo de la inmensa distancia que nos separaba de los pueblos adelantados en la ciencia administrativa y en la edu- cacion popular. En vano los hombres instruidos y amantes de este pueblo habian clamado de tiempo inmemorial por el remedio de tan escandaloso mal; en vano viajeros celosos, de vuelta á su pais, pre- sentaron por resultado de sus observaciones el cuadro animado de los establecimientos benéficos de las ciu- dades extranjeras; en vano la religion y la filantropía de algunos magnates y personas acaudaladas habian dispuesto en favor de la pública indigencia sumas considerables y creado establecimientos parciales para este objeto; en vano, en fin, el sarcasmo y la enve- nenaada hiel de plumas extranjeras, realizando atrevi- damente el negro colorido de aquel repugnante cua- dro, picaban en la parte mas sensible el honor nacional, designándonos como avezados á la estupi- dez y la miseria.

Todos aquellos esfuerzos, todos esos lamentables resultados, eran inútiles ante la incuria y el abando- no que partiendo de las leyes se reflejaba tan visible- mente en nuestras costumbres; y la capital del reino, el pueblo, que por sus medios y circunstancias debia dar la señal de los adelantamientos sociales, era, por decirlo así, el ejemplo mas práctico de aquella incur- ria, de aquel abandono.

Una gran calamidad suele á veces ser causa de un gran progreso, porque los hombres en los momentos críticos de la desgracia vuelven los ojos del lado de la virtud y de los sólidos principios, con mas entu- siasmo y fervor que cuando se hallan lisonjados por la fortuna. La destructora guerra con la Gran Breta- ña en 1799, y la indigencia á que dió lugar con la paralización del comercio y de la industria, fue ocu- sion en la populosa Barcelona de un establecimiento

filantrópico que por su importancia y régimen puede competir con los mas celebrados en el extranjero: tal es la *Casa de Caridad*, que tiene por objeto recoger no solo á los mendigos de aquella ciudad, sino á los de todo el Principado, proporcionando educacion á los jóvenes, ocupacion á los adultos, y la posible comodidad á los ancianos é impedidos. Un desastre semejante produjo en Madrid un resultado análogo, pudiendo asegurarse que á pesar de todos los planes y proyectos concebidos, nunca hubiera llegado á plantearse el *Asilo de Mendicidad de San Bernardino* sin el desarrollo del funesto *cólera morbo* en nuestra capital.

La real órden de su creacion lleva la fecha de 3 de agosto de 1834, en aquellos críticos momentos en que atribulada la capital por el terrible azote con que el cielo quisiera probarla, se hallaba mas que nunca dispuesta á ejercer la beneficencia con sus infelices, y en que las consecuencias palpables de la miseria y de la relajacion de las costumbres hicieron parar la atencion del gobierno sobre la imperiosa necesidad de mejorarlas.

Reunieronse por fortuna para dar cumplimiento á sus intenciones cuantas circunstancias ventajosas pudieran apetecerse. Un vecindario sensato y filantrópico; una junta de caridad celosa y distinguida; una autoridad local, en fin, ilustrada, enérgica, y ante cuya firme decision y voluntad desaparecieron como por encanto los obstáculos que hasta entonces se creyeron insuperables; y lo que acaso no tiene ejemplo en nuestra España, á poco mas de un mes de dada la órden, empezó á recibir su cumplimiento. El 18 de setiembre de aquel año fue el dia en que entraron los mendigos en el nuevo establecimiento.

Yo no le habia visitado desde aquella primera época, y no sabia de su estado actual mas que las ligeras indicaciones que de tiempo en tiempo han publicado los periódicos. Por desgracia, la situacion de aquel edificio (si bien ventajosa bajo otro aspecto) es tan fuera del cotidiano itinerario matritense, que solo una intencion decidida puede aproximar á él. Esta intencion es la que yo formé el viernes último, y aun hice mas, pues la llevé á cabo.

Ya habia salvado el espacio que media entre el portillo de San Bernardino y la cuesta de Areneros, y seguia lentamente la tapia de la estéril montaña del Príncipe Pío, sin que persona alguna viniese á interrumpir la soledad del sitio y el monótono espectáculo que me presentaba. Sin embargo; no tardé en sentir pasos á mi espalda, y volviendo á contemplar quién era el impulsado por la misma intencion que á mí me dirigia, observé que su traje y atavío me revelaban uno de los acogidos al establecimiento que yo iba á visitar. Paréceme que le estoy viendo todavía con su blusa azul, su sombrero encerado en que campeaba el número 710, su soga encendida en la mano (recurso de fumadores callejeros), y su cepillo al cinto para recoger las limosnas ó gratificaciones por aquel servicio.

Su aspecto era mesurado y tranquilo: su semblante expresivo y alegre; su voz ya cansada por el trascurso de diez lustros, dejaba escapar por lo bajo una de las canciones favoritas de la guerra de la independencia.

*«Dupont, terror del Norte,  
fue vencido en Bailen.»*

Al ir á pasar delante de mí, se quitó su sombrero con cortesía y dignidad, y yo, deseoso de entablar conversacion durante el camino, pedile candela, que me ofreció con voluntad y prontitud.

A muy pocas palabras que habíamos hablado, eché de ver que las habia con uno de los decanos del establecimiento, que por su honradez é inteligencia se hallaba en el goce de la confianza de los gefes, que

sabia todas las interioridades de la casa, y era en ella una rueda indispensable y laboriosa. Dejo pensar al pio lector la conveniencia de semejante hallazgo, para quien, como yo, no llevaba al *Asilo* mas objeto que el enterarse de todos sus pormenores.

El diálogo que en su consecuencia entablamos figuraria oportunamente en este lugar si su demasiada prolijidad lo permitiese. Quisiera, sin embargo, poner en conocimiento de mis lectores lo mas sustancial de él, para que formasen la idea que yo concibi del establecimiento, razon por la que me veo obligado á estampar aquí las mas notables de sus indicaciones que la memoria ha logrado conservar.

Despues de contarme por menor la historia de la creacion del *Asilo* y las inmensas dificultades que hubo que vencer, vino á hablarme de su régimen interior, produciéndose poco mas ó menos en estos términos:

—El establecimiento admite todas las personas que se presentan voluntariamente, y recoge todos los mendigos á quienes se encuentra pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho á permanecer en él aquellas que llevan siete años de residencia en Madrid, y los niños de seis años de edad. Si no tuviesen estas circunstancias se les considera como forasteros, y despues de socorridos se les entrega el pasaporte para los pueblos de su naturaleza.

Una vez entrado el mendigo y anotado en los registros de la casa, es destinado á una de las *brigadas* segun su sexo y condicion, y recibe el vestido y número correspondiente.

Las brigadas se subdividen en *escuadras* de diez á quince personas, procurando que sean las de un mismo oficio ó de ocupaciones análogas. Los gefes cabos de brigada son escogidos entre los individuos de mejor conducta.

Cada individuo recibe á su entrada una libreta ó asiento en que se anota los vestidos y prendas que lleva el establecimiento, y los ahorros que produzca con su jornal, así como los descuentos que se le hagan por sus faltas.

Las horas de levantarse son las cuatro y media en verano, y las seis y media en invierno, y una hora despues se entra al trabajo hasta las doce; y luego por la tarde hasta el anochecer, recogiendo despues. Los dias festivos se emplean en la enseñanza de la religion, en revista de las ropas, en paseos y lecturas.

Los niños y niñas asisten á la escuela del establecimiento. Ademas se les dedica de aprendices á los talleres.

Los mendigos hábiles asisten á los talleres establecidos en la casa segun su inclinacion ú oficio anterior, ganando en ellos, ademas de la manutencion, un pequeño jornal, que una parte se les entrega cada semana, y la otra parte se les abona en *libreta* para cuando salgan del *Asilo*. Lo mismo sucede cuando salen á trabajar ó servir fuera del establecimiento. En el dia hay operarios que tienen en depósito de 300 á 700 reales.

Los pobres, ademas de este trabajo, prestan todo el servicio interior de la casa, como el de cuartereros, porteros, cocineros, barberos, levanderas, barrenadores y hortelanos.

El servicio exterior consiste en conducir los enfermos al hospital, dar lumbre para fumar en calles y paseos, cuidar las sillas de las iglesias y asistir á los funerales á que sean invitados, y cualquiera otro servicio que les reclame fuera del establecimiento.

Las penas por faltas son: privacion de todo ó parte del jornal ó de una parte de alimento, recargo del trabajo, é imposicion de multas y encierros.

Las recompensas son: mencion honorifica en la lista general, permiso de salida, destino al servicio menos penoso; ascenso á gefe de brigada y alguna recompensa pecuniaria.



El traje de la casa consiste en chaqueta y pantalón de paño pardo con botones blancos con el nombre del establecimiento, dos pantalones de lienzo, tres camisas id., un sombrero encerado, una gorra para dentro de casa, un par de zapatos, dos pañuelos, una blusa azul y un cinturón. Las mujeres un jubón y saya de estameña con escudo del establecimiento al brazo, dos sayas bajas, tres camisas, un apretador, dos pares de medias, dos pañuelos del cuello, dos de cabeza y dos de bolsillo, dos delantales, un par de zapatos, dos paños. Las camas de la casa constan de un tablado, un jergón, una almohada, una funda, un par de sábanas y una manta.

El alimento consiste en lo siguiente: *Almuerzo*: un cuarterón de pan en sopa condimentado con aceite, sal, ajos y pimienta. *Comida*: Un potaje de menestras y patatas, condimentado con cabezas de carnero ó grasas de animales, y aceite en días de vigilia, y media libra de pan. *Cena*: un potaje de menestras y patatas y un cuarterón de pan. Todo esto suele alterarse en ocasiones extraordinarias.

El número de pobres hoy acogidos en la casa es de 744 personas, á saber; 493 hombres, 179 mujeres, 279 niños y 96 niñas, y fuera 103 personas en el hospital, 250 sirviendo en Madrid, y 12 aprendices con varios maestros de oficio. Los talleres corrientes son carpintería, ebanistería, pintura, zapatería, sastrería, carretería, fragua, costura, espartería y albañilería: además de los trabajos de la casa ya indicados.—

Tales fueron en resúmen las oportunas esplicaciones del viejo *Tomás* (que así se llamaba mi interlocutor), y con ellas entreluvimos curiosamente el tiempo hasta llegar á la puerta del establecimiento, donde conocida mi idea por los caballeros encargados de su direccion, tuvieron la bondad de acompañarme en mi visita satisfaciendo en todas partes mi exigente curiosidad.

Desde luego hubieron de llamar mi atención los notables aumentos y mejoras del edificio, que han logrado disimular en gran parte su pequeñez y deformidad. El nuevo patio de entrada y las habitaciones de ambos lados están dispuestos con inteligencia y sencillez. Los dos hermosos comedores que se encuentran á la derecha son notables por su espaciosidad, excelentes luces y la idea de la cocina circular que las divide, dispuesta con un mecanismo ingenioso. Las oficinas de la izquierda, portería, almacenes, talleres, botica, barbería, son todas cómodas, aseadas y sencillas. Entrando en lo principal de la casa-convento, se observa en ella la oportunidad de la distribución, á pesar de la poca analogía del edificio con su actual objeto, siendo de notar la espaciosidad y aseo de los dormitorios, la limpieza de los tránsito, la abundancia de aguas repartidas por toda la casa, y sobre todo un principio general de economía é inteligencia poco común en nuestros establecimientos públicos, donde suele pasarse desde la miseria mas completa á un fausto y primor exagerados.

El establecimiento de San Bernardino, á pesar de su inmensa utilidad é importancia, no contó para su creacion con aquellos cuantiosos recursos que otras casas de beneficencia. Sin embargo, no solo se creó y sostuvo hasta el día el gasto corriente, sino que ha emprendido obras indispensables, cuyo coste pasa ya en el día de 400,000 rs. Compárese este resultado con el que ofrecen en esta capital otros institutos benéficos que, á pesar de disfrutar cuantiosas rentas, permanecen estacionarios sin progresar en lo mas mínimo, y en los mas de ellos sin cumplir siquiera con el objeto de sus fundadores y donatarios.

Feliz fue por extremo la idea de apelar á la caridad individual del vecindario de Madrid, y mas aun la de reducir esta caridad á la moderada cuota personal de una *peseta* al mes. Semejante regla, limitando los

efimeros impulsos del orgullo, alienta y asegura los mas sólidos de la verdadera caridad.

Sin embargo, y á pesar de haber correspondido el resultado, el producto solo de la suscripción no basta para las necesidades de aquel vasto establecimiento, como puede demostrarse numéricamente. El maximum que la suscripción llegó á alcanzar fue 37,000 rs. al mes; pero en el día en razon de las escaseces generales, atrasos de pagas, etc., solo se pueden calcular en 29,000. Cuenta además el establecimiento por ingresos eventuales con unos 4,000 rs. mensuales por productos de limosnas, candela, sillas y venta de efectos fabricados en el mismo, lo cual ofrece un total de 33,000 reales poco mas ó menos. La manutención solo de los acogidos ascendió en el mes de junio último á 34,766 reales; además hay que atender á los demas gastos, pagos de sueldos, obras y compra de materiales, siendo por tanto considerable el déficit que tiene que cubrirse por medio de préstamos.

La economía sin embargo no puede llevarse mas adelante, segun se ve por el dicho gasto del mes de junio, pues habiendo habido en él por término medio 750 personas diarias, arroja un resultado de *un real y 18 maravedís por persona*; gasto sobradamente económico, atendido á que el establecimiento no disfruta ninguna franquicia, y hasta los derechos de puertas abona mensualmente á la intendencia de la provincia.

Véase por tanto la situación precaria de un establecimiento tan importante, al paso que su utilidad le hace ya tan indispensable, que si desapareciera seria una calamidad para la capital. Además, en tanto que sus productos han rebajado, han aumentado notablemente sus necesidades por las escaseces del día, el crédito de la casa, y la supresion de los socorros que dispensaban las comunidades estinguídas; de esta manera ha crecido considerablemente el número de los acogidos, tanto que en el año pasado por igual época no se contaba mas que con 530 personas, y en el actual ya queda dicho que llegan á 744.

El pueblo de Madrid ha hecho por su parte cuanto tenia derecho á exigirle un establecimiento semejante. Este, sin embargo, necesita mayor protección, y debe recibirla del gobierno, que considerando su importancia en las costumbres y la riqueza pública, debe tratar de aplicarle los fondos suficientes refundiendo en él las rentas de otros institutos análogos en esta capital.

Muchas observaciones morales me ocurrieron durante mi larga visita é inspección de aquella casa. El silencio y compostura de los acogidos, su buen humor y aspecto saludable, convencen al espectador de que el trabajo es solo capaz de infundir en el hombre aquella tranquilidad y bienestar tan análoga á la especie civilizada. El aseo y limpieza de las habitaciones, la cortesía de los encargados, desde el administrador en jefe hasta el último dependiente, la belleza de los artefactos elaborados en el establecimiento, la inteligencia y armonía en todas sus partes, me llenaron de placer y de entusiasmo.

A varios de los pobres dirigí la palabra, y todos me convencieron de la importancia y moralidad de la institucion. Por boca del buen *Tomás*, que no se apartó un punto de mi lado, supe la historia de varios de ellos, historia de desgracias y debilidades. El me hizo observar el obstáculo progresivo que la edad y el hábito arraigado oponian á la reforma de las costumbres. En general los niños presentaban, como es consiguiente, mayor facilidad que los adultos, los hombres mayor que las mujeres, y los que en la sociedad ejercieron algun oficio, mas que los que siempre se ocuparon en la vagancia y pordioseo. Entre los mismos oficios habia una notable diferencia; por ejemplo, observé que los sastres y carpinteros eran pocos en número y ya viejos, y mucho mas y mas jóvenes los

albañiles y zapateros. Esto me inclinó en favor de los primeros, como que solo recurren al estado de mendicidad cuando las fuerzas físicas llegan á abandonarlas.

Mi conductor Tomás, entre tanto, me había hecho saber su vida llena de desgracias no merecidas. Había sido soldado diez años, y tenía su cuerpo lleno de honrosas cicatrices. La injusticia de los gobiernos le había abandonado despues, cuando ya no era apto para aprender un oficio. Tuvo varios amos, que todos se portaron con él harto mal; y de una en otra desdicha vino á tener que pedir su auxilio á este establecimiento, donde su honrada conducta le hacia ofrecer un modelo á sus compañeros, atrayéndole cargos honoríficos y premios que le aseguraban en la caja de ahorros un resultado de 600 rs.

Varias veces su narracion me hizo asomar las lágrimas, y otras tantas las suyas me dieron bien á conocer la lealtad de su corazon.

La desgracia vino sin embargo en aquel momento á turbar la felicidad de Tomás. Al bajar las escaleras vimos conducir al calabozo un mendigo de siniestro aspecto, cogido en una taberna de esta poblacion. Largo tiempo habia burlado la vigilancia de los encargados de recogerle, y otro tanto á favor de sus estafas era el azote de los vecinos honrados y el apoyo de los malhechores del pueblo. Su vida era un tejido de crímenes; desertor de casa de sus padres, desertor de su regimiento, insubordinado y vagamundo, unas veces abiertamente bandolero, otras ratero, petardista, holgazán y borracho, este hombre dejaba ver en su aspecto toda la deformidad del vicio, todo el temor del trabajo y del castigo. Tomás sin embargo corrió á abrazarle á pesar de que él lo repulsaba.

—«Ya estás aquí, Dios sea bendito; exclamó.»

Este hombre tan opuesto en ideas y en antecedentes era su hermano. La desgracia y el vicio suelen encontrarse en el mismo sitio, aunque partidas de diverso punto. La desgracia, sin embargo, halla descanso en el trabajo y la tranquilidad de la conciencia: el vicio encuentra en ambos un suplicio prolongado.

Despres de abandonar aquel triste espectáculo, Tomás y yo nos dirigimos á la huerta, y encaminándome aquel por entre sus estrechas sendas, dimos vista á un templete formado de ramajes, y con una sencilla portada compuesta de utensilios rústicos de las artes y oficios. Delante de esta portada se paró mi conductor, y quitándose respetuosamente el sombrero me señaló á un busto que se alzaba en el interior del templete, diciéndome entusiasmado:

—«Mirad ahí el protector de los infelices.»

Este dictado que le dió el honrado Tomás me recordó la idea del ilustre promovedor del establecimiento, don Joaquín Vizcaino, marqués viudo de Pontejos, si antes no lo hubiera adivinado por la sencilla inscripcion que se leia al pie de su busto: «*Gratitud y aprecio.*»

Antes de despedirme de aquella mansion me presentaron un *Album* donde todos los visitantes solian escribir sus observaciones: recorriendo estas, encontré algunas dignas de atencion y firmadas por las personas mas respetables de Madrid. Por último tropecé con una, consignada por mi amigo don Mariano Roca de Togores, que por su elegante frase y sublime sentido escitó de tal modo mi simpatía que la tomé de memoria para repetirla al final de este artículo. Dice así:

«No envidio á los que ven con indiferencia las desgracias ajenas, contentos con su propia felicidad; y agradezco al cielo el haberme dado un corazon que se identifica con las dolencias de mis semejantes; y si no puede remediarlas, al menos las llora. ¡Feliz el que puede y sabe no hacer estériles sus lágrimas como el digno protector de este establecimiento! Su nombre será mas grato á los hombres sensibles que el de los guerreros y el de los sábios.»

## EL CESANTE.

«Les hommes en place ne sont que des pantins; coupez le fil qui le faisoit mouvoir, le pantin reste immobile.»

Diderot.

La sociedad moderna con su movilidad y fantasías ofrece al escritor filósofo usos tan estravagantes, caracteres tan originales que describir, que espontáneamente y sin violencia alguna han de hacerle distinguirse entre los que le precedieron en la tarea de pintar á los hombres y las cosas en tiempos mas unisonos y bonancibles.

Uno de estos tipos peculiares de nuestra época, y tan frecuentes en ella como desconocidos fueron de nuestros mayores, es sin duda alguna el hombre público reducido á esta especie de muerte civil, conocida en el diccionario moderno bajo el nombre de *cesantía*, y ocasionada, no por la notoria incapacidad del sugeto, no por la necesidad de su reposo, no en fin por los delitos ó faltas cometidas en el desempeño de su destino, sino por un capricho de la fortuna, ó mas bien de los que mandan á la fortuna, por un vaiven político, por un *fiat* ministerial, por aquella ley, en fin, de la física que no permite á dos cuerpos ocupar simultáneamente un mismo espacio.

Fontenelle solia decir que el *Almanak royal* era el libro que mas verdades contenia; si hubiera vivido entre nosotros y en esta época, no podria aplicar igual dicho á nuestra *Guia de forasteros*. Esta (segun los mas modernos adelantamientos) no rige mas que el primer mes del año; en los restantes solo puede consultarse como documento histórico; como el ilustre panteon de los hombres que pasaron; monetario roñoso y carcomido; museo antiguo, ofrecido á los curiosos con su olor de polvo y su ambiente sepulcral.

Fueron ya los tiempos en que el afortunado mortal que llegaba á hacerse inscribir en tan envidiado registro, podia contar en él con la misma inamovilidad que los bien aventurados que pueblan el calendario. En aquella eternidad de existencia, en aquella unidad clásica de accion, tiempo y lugar, los destinos parecian segundnos apellidos, los apellidos parecian vinculados en los destinos. Ni aun la misma muerte bastaba á las veces á separar los unos de los otros; trasmitíanse por herencia directa ó trasversal, descendente ó ascendente; á los hijos, á los nietos, á los hermanos, á los tíos, á los sobrinos: muchas veces á las viudas, y hasta los parientes en quinto grado. De este modo existian familias, verdaderos planteles (*pepinieres* en frances) para las respectivas carreras del Estado; tal para la iglesia, cual para la toga, esta para el palacio, estotra para el foro, aquella para la diplomacia, una para la militar, otra para la rentística, cuáles para la municipal, y hasta para la porterial y alguacilesca; familias venerandas, providenciales, dinásticas, que parecian poseer exclusivamente el secreto de la inteligencia de toda carrera, y transmitirlo y dispensarlo únicamente á los suyos, cual el inventor de un bálsamo antisifilítico, ó de un emplasto febrífugo, endosa y trasmite sigilosamente á su presunto heredero el inestimable secreto de su receta.

Desgraciadamente (para ellas) estos tiempos desaparecieron, y con ellos el esclusivo monopolio de los empleos y distinciones sociales. Hoy estos corren las calles y las plazas, y penetran en los salones, y suben á las buhardillas; y bajan al taller del artesano, y arrancan al escolar del aula, y al rústico de la aldea, y al comerciante de la tienda, y al atrevido escritor de la redaccion de su periódico; pero á par de esta universalidad de derecho, de esta posibilidad en su adquisicion á todas las condiciones, á todos los indi-

viduos, así es también la inconstancia de su posesion, la veleidosa rapidez de su marcha. Semejantes á los actores de nuestros teatros, los hombres públicos del día aprenden costosamente su papel, y no bien le han ensayado cuando ya se les reparte otro ó se quedan las mas veces para *comparsas*. Hoy de magnates, mañana de plebe; ora dominantes, luego dominados; tan pronto de Césares, tan luego de Brutos; ya de la oposicion, ya de la resistencia; cuándo levantados como ídolos, cuándo arrastrados por los pies.

Esta porcion agitada, esta masa flotante de individuos que forma lo que vulgarmente suele llamarse *la patria*, viene á constituir el mas entretenido juego teatral para el moderno espectador que, sentado en su luneta y sin otra obligacion que la de pagar cuando se lo mandan (obligacion no por cierto la mas lisonjera ni agradecida), apenas tiene tiempo de formarse una idea bien clara de los actores ni aun del drama, y con la mayor buena fé, atento siempre á los movimientos del patio, aplaude lo que este aplaude, y silba cuando este tiene por conveniente silbar.

Pero dejemos á un lado los hombres en accion; prescindamos de este cuadro animado y filosófico, digno de las plumas privilegiadas de un Cervantes ó del autor del Gil Blas; mi débil paleta no alcanza á combinar acertadamente los diversos colores que forman su conjunto; y volviendo á mi primer propósito, solo escogeré por objeto de este artículo aquellas otras figuras que hoy suelen llamarse *pasivas*; dejaremos los hombres *en plaza* por ocuparnos de los hombres *en la calle*; los empleados *de labor*, por los empleados *de barbecho*; los que con mas ó menos aplauso ocupan las tablas; por aquellos á quienes solo toca abrir los palcos ó encender las candelijas.

Como no todos los lectores de este artículo tienen obligacion de haberlo sido de todos mis anteriores cuadros de costumbres, muchos habrá que no tengan noticia de las varias figuras que segun lo ha exigido el argumento han salido á campear en esta mágica linterna. Tal podrá suceder con *Don Homobono Quiñones*, empleado antiguo y ex-vecino mio, cuyo carácter y semblanza me tomé la libertad de rasguñar en el artículo titulado *El día 30 del mes*.

Cinco años han transcurrido desde entonces, y en ellos los sucesos, marchando con inconcebible rapidez, han arrastrado tras sí los hombres y las cosas, en términos que lo de ayer es ya antiguo; lo del año pasado inmemorial.

Pongo en consideracion del auditorio qué parecerá don Homobono, con sus sesenta y tres cumplidos, su semblante jovial y reluciente, su peluca castaña, su corbata blanca, su vestido negro, su paraguas encarnado, y sus zapatos de castor; ni si un hombre que no se sienta á escribir sin haberse puesto los guardamangas, que no empieza ningun papel sin la señal de la cruz, ni concluye sin añadirle puntos y comas, podia alternar decorosamente con los modernos funcionarios en una oficina *montada* segun los nuevos adelantamientos de la ciencia administrativa.

No es, pues, de extrañar que pesadas todas aquellas circunstancias, y puestos en una balanza la peluca del don Homobono, sus años y modales, su añojo formulario, su letra de Palomares, sus anteojos á la Quevedo, su altísimo bufete y sus carpetas amarillas; y colocadas en el otro peso las flamantes cualidades de un jóven de 28, rubicundo Apolo, con sus barbas de á terciá, y su peinado á la Villamediana, su letra inglesa, sus espolines y su lente, su erudicion romántica, y la estension de sus viajes y correrías, no es de extrañar, repito, que todas estas grandes cualidades inclinasen la balanza á su favor, suspendiendo en el aire al don Homobono, aunque se le echasen de añadidura sus treinta años de servicio puntual, sus conocimientos prácticos, su honradez y probidad no desmentidas. Verdad es que para neutralizar el

efecto de estas cualidades, cuidó de echarse mano de algunas muletillas relativas á las opiniones del don Homobono; v. g., si no leía mas periódicos que el Diario; si rezaba ó no rezaba novenas á Santa Rita; y si paseaba ó no paseaba todas las tardes hácia Atocha con un ex-consejero del ex-consejo de la ex-hacienda.

Sea, pues, de estas causas la que quiera, ello fue en fin, que una mañana temprano, al tiempo que nuestro *bonus vir* se cepillaba la casaca y se atusaba el peluquin para trasladarse á su oficina, un cuerpo extraño á manera de portero se le interpone delante y le presenta un pliego á él dirigido con la S. y la N. de costumbre; el desventurado rompe el sello fatal, no sin algun sobresalto en el corazon (que no suele engañar en tales ocasiones), y lee en claras y bien terminantes palabras que S. M. ha tenido á bien declararle *cesante*, proponiéndose tomar en consideracion sus servicios, etc.; y terminando el ministro su oficio con el obligado sarcasmo del «*Dios guarde á V. muchos años.*»

Hay circunstancias en la vida que forman época, por decirlo así; y el tránsito de una ocupacion constante á un indefinido reposo, de una tranquila agitacion á una agita la tranquilidad, no es por cierto de las menores peripecias que en este pícaro drama de nuestra existencia suelen venir á aumentar el interes de la accion. Don Homobono, que por los años de 1804 habia logrado entrar de meritorio en su oficina, por el poderoso influjo de una prima del cocinero del secretario del príncipe de la Paz, y no habia pensado en otra cosa que en ascender por rigorosa antigüedad, se hallaba por primera vez de su vida en aquella situacion escéntrica, despues de haber visto pasar sobre su impermeable cabeza todos los sistemas retrógados y progresivos, todas las formas de gobierno conocidas de antiguos y modernos.

Volvió, pues, á su despacho; dejó en él con dignidad teatral los papeles y el cortaplumas; pasó al cuarto de su esposa, con la que alternó un rato en escena jaculatoria; tomó una copita de Jerez (remedio que aunque no le apuntó el andaluz Séneca, no deja de ser de los mas indicados para la tranquilidad del ánimo), y ya dadas las once, se trasladó en persona á la calle, donde es fama que su presencia á tales horas, y en un día de labor, ocasionó una consternacion general, y hasta los mas reflexivos de los vecinos del barrio auguraron de semejante acontecimiento graves trastornos en nuestro globo subllunar.

Yo quisiera saber qué se hace un hombre cuando le sobra la vida; quiero decir, cuando tiene delante de sí seis horas en que acostumbraba prescindir de su imaginacion entre los extractos y los informes. ¿Oír misa? Don Homobono tenia la costumbre de asistir á la primera de la mañana, y por consecuencia ya la habia oído. ¿Sentarse en una librería? En su vida habia entrado en ninguna, mas que una vez cada año para comprar el calendario. ¿Pararse en la calle de la Montera? Todos los actores de aquel teatro le eran desconocidos. ¿Entrar en un café? ¿Qué se diría de la formalidad de nuestro héroe? No habia, pues, mas remedio que ir á dar tormento á una silla en casa de algun amigo, y por cuánto y no este amigo en quien recayó la eleccion fue desgraciadamente un servidor de Vds.

Dejo á un lado mi natural estrañeza por semejante visita y á tales horas; prescindiré también en gracia de la brevedad, de la apasionada relacion de su cuita que me hizo el buen don Homobono; estas cosas son mejor para escuchadas que para escritas, y acaso en mi pluma parecerian pálidos y sin vida razonamientos que en su boca iban acompañados de todo el fuego del sentimiento. Dejando, pues, á un lado estas hipóboles que cada uno de los lectores (y mas si es cesante) sabrá suplir abundantemente, vendremos á lo

mas sustancial de nuestro diálogo, quiero decir, á aquella parte que tenia por objeto demandar consejo y formar planes de vida para lo sucesivo.

Cosa bien difícil, por no decir imposible del todo, es dar nueva direccion á un tronco antiguo, y cambiar la existencia de un ser humano, cuando ya los años han hecho de la costumbre la condicion primera del vivir. ¿Qué podria yo aconsejar á nuestro buen cesante en este sentido, aun cuando hubiera llamado á mi auxilio todas las disertaciones de los filósofos antiguos (que no fueron cesantes), y de los modernos, que no sabrian serlo?

Semejante al pez á quien una mano inhumana arrancó de su elemento, pugnaba el desgraciado con la esperanza de volver á sumergirse en él; ideaba nuevas pretensiones: recorrer la nomenclatura de sus amigos y de los míos, por si alguno podia servirle de apoyo en su demanda; traia á la memoria sus olvidados servicios á todos los gobiernos posibles; y ya se preparaba á visitar antesalas, y gastar papel sellado; pero yo, que le contemplaba con tranquilidad; yo, que miraba su casaca y su peluca, visiblemente retrógados y opuestos, como quien nada dice, á la marcha del siglo; yo, que sabia que su delito capital era el ocupar una placita que habia caido en gracia para darla por via de dote con una blanca mano al jóven barbudo; yo, en fin, que consideraba lo inútil de todas las diligencias, lo escusado de todas las fatigas del buen viejo, traté de disuadirle, no sin grave dificultad, ofreciendo á su imaginacion otras perspectivas mas gratas que los desaires del ministro y las groserías de los porteros.

Háblele de las dulzuras de la vida doméstica; de la independencia en que entraba de lleno al fin de sus dias; híciele una pintura virgiliana de los placeres de la vida del campo, escitandole á abandonar la corte, esta colonia de los vicios (como decia el buen cortesano Argensola), y á pasar tranquilamente el resto de su vida cultivando sus campos, ó inspeccionando sus ganados. Pero á todo esto me contestó con algunas pequeñas dificultades, tales como que no tenia campos que cultivar, ni ganados que poder dirigir; que solo contaba con una mujer alliva y exigente, con unos hijos frívolos y mal educados, con una bolsa vacía, con algunos amigos egoistas, con necesidades grandes, con esperanza ninguna.

—Pues escriba V. (le dije como inspirado), y gane con la pluma su sustento y su reputacion.

—¡Escribir, escribir! (me interrumpió el pobre hombre) ¿V. sabe el trabajo que me cuesta el escribir? ¿V. sabe que el dia que mejor tengo el pulso, podria con dificultad concluir un pliego de líneas anchas y de letra redonda, de la que ya por desgracia no está en moda? Y luego al cabo de este trabajo, ¿qué me resultaria de ganancia? Una peseta, como quien dice, todo lo mas, y esto... (prosiguió derramando una lágrima), despues de humillarme y...

—Calle V. por Dios (le interrumpí), calle V., pues, y no prosiga en delirio semejante. Cuando yo le aconsejaba escribir, no fue mi idea el que se metiese á escribiente, nada de eso, no señor. Mi intencion fue elevarle á la altura de escritor público, á esta que ahora se llama «alta mision de difundir las luces,» «público tribunado de la multitud,» «apostólica tarea de los hombres superiores,»—y otros dictados así, mas ó menos modestos. Y en cuanto al contenido de sus escritos, eso me daba que fuesen propios ó cuyos, parto de su imaginacion ó adopciones benéficas; que no seria V. el primero que en esta materia se vistiese de prendería; y sepa que las hay literarias y políticas, donde en un santiamen cualquier hombre honrado puede encontrar hecho el ropaje que mas cuadre á su talle y apostura.

—En medio de muchas cosas que se me han escapado, creo haber llegado á entender (me replicó

don Homobono), que V. me aconseja que publique mis pensamientos.

—Cabalmente.

—Está bien, señor Curioso; y ¿sobre qué materia parécete á V. que me meta á escribir?

—Pregunta escusada, señor mio, sabiendo que hoy dia, como no sea yo y algun otro pobre diablo, nadie se dedica á otras materias que no sean materias políticas.

—Pero es el caso, señor Curioso, que yo no sé qué cosa sea la política.

—Pues es el caso, señor don Homobono, que yo tampoco.

—¡Medrados quedamos!

Despues de un rato de silencio contemplativo nos miramos ambos á las caras, como buscando el medio de añadir el roto hilo de nuestro diálogo, hasta que yo, dándole una palmada en el hombro, le dije con tono solemne y decidido:

—Haga V. la oposicion.

—¿Y á qué, señor Curioso, si V. no lo há por enojo?

—¡Buena pregunta por cierto! *Al poder*.

—Cada vez le entiendo á V. menos. Si V. me habla de oposicion pública, es bien que le diga que este destino mio (que Dios haya) no es de los que suelen darse por oposicion como las cátedras y prebendas.

—O V., don Homobono, no conoce una sola voz del diccionario moderno, ó yo me esplico en hebreo... Hombre de Barrabás, ¿de qué oposiciones me está V. hablando? La oposicion que yo le aconsejo es la oposicion política, la oposicion ministerial, que segun los autores mas esclarecidos, suele dividirse en dos clases: oposicion *sistemática* y oposicion *de circunstancias*; quiero decir (porque segun los ojos y la boca que va V. abriendo, veo que no me entiende una palabra), quiero decir que V. debe de hoy mas constituirse en fiscal, acusador, contrincante, denunciador, y opuesto á todos los altos funcionarios (que es á lo que llamamos *el poder*); y añadir el cañon de su pluma al órgano periodístico (que es lo que llamamos *la opinion pública*).

—Y despues de haber hecho todo eso (caso de que yo supiera hacerlo), ¿qué bienes me vendrán con esa gracia?

—¡Qué bienes dice V. ! ¡ahí que no es nada! Desde luego una corona cívica adornará su frente, y podrá contar de seguro con una buena racion de aura popular, cosa de inestimable valor, y sobre lo cual han hablado mucho los filósofos griegos; pero como V. no es filósofo griego, y por el gesto que va poniendo veo que nada de esto le satisface, le añadiré como cosa mas positiva que aun podrá conseguir otros frutos mas materiales y tangibles; que acaso el miedo que llegará á inspirar, pueda mas que su mérito; acaso el poder se doblará á su látigo; acaso le tenderá la mano; acaso le asociará á su elevacion y... ¿qué destino tenia V.?

—Oficial de mesa de la contaduría de...

—¡Pues qué menos que intendente ó covachuelo!

—¿De veras?

—De veras.

—¡Ay, señor Curioso de mi alma! ¿por dónde y cuándo debo empezar á escribir?

—Por cualquier lado y á todas horas no le faltará motivo; pero supuesto que V. ha sido empleado durante treinta años, con solo que cuente sencillamente lo que en ellos ha visto, le sobra materia para mas de un tratado de política sublime, de perpétua y ejemplar aplicacion.

—V. me ilumina con una idea feliz; ahora mismo vuelo á mi casa y... ya me falta el tiempo... ¡ah!... se me olvidaba preguntar á V. ¿qué título le parece á V. que podria poner á mi obra?

—Hombre, segun lo que salga.

«Si sale con barbas, sea San Anton,  
y si no, la pura y limpia Concepcion.»

Pero segun le miro á V. pareceme que á su folleto, libro ó cronicon, ó lo que sea, no le cuadraria mal el titullito de *Memorias de un cesante*.

—Cosa hecha (dijo levantándose mi interlocutor y estrechándome la mano), cosa hecha, y antes de quince días me tiene V. aquí á leerle el borrador; y como Dios nuestro Señor (añadió entusiasmado) quiera continuarme el fuego que en este instante me inspira, creo, señor Curioso, que no se arrepentirá V. de haber proporcionado á la patria un publicista mas. (Nota 21.)

(Agosto de 1837.)

## EL DUELO SE DESPIDE EN LA IGLESIA.

### I.

#### EL TESTAMENTO.

«Ved de cuán poco valor son las cosas tras que andamos y corremos en este mundo traidor, que aun primero que muramos las perdemos.»

Jorge Manrique.

SOLAMENTE una vez en mi vida me he visto tan apurado... pero entonces se trataba de un padrino de boda que la suerte y mi genio complaciente habianme deparado: bastaba para quedar bien en semejante ocasion dar suelta á la lengua y al bolsillo, y reir, y charlar, y hacer piruetas, y engullir dulces y echar pullas á los novios, y cantar epitalamios, y disparar redondillas, y llenar de simones la calle, y dar dentera á la vecindad. Mas ahora ¡qué diferencia!... otros deberes mas serios eran los que exigia de mí la amistad... ¡Funesto privilegio de los años, que blanqueando mi cabellera, han impreso en mi aquel carácter de formalidad *legal* que la *Novísima* exige para casos semejantes!

Dia 1.º de marzo era... me acordaré toda mi vida... y acababa yo de despertarme y de implorar la proteccion del Santo Angel de la Guarda, cuando vi aparecer en mi estudio una de esas figuras agoreras que un autor romántico no dudaria en calificar de *sinistro bullo*; un poeta satírico apellidaria *espía del purgatorio*; pero yo, á fuer de escritor castizo, me limitaré á llamar simplemente un *escribano*. Venia, pues, cubierto de negras vestiduras (segun rigurosa costumbre de estos señores, que siempre llevan luto, sin duda porque heredan á todo el mundo), y con semblante austero y voz temblorosa y solemne me hizo la notificacion de su nombre y profesion.

— *Fulano de tal, secretario de S. M...*

Confieso francamente que aunque mi conciencia nada me argüia, no pudo menos de sorprenderme aquella exótica aparicion... ¡Un escribano en mi casa! ¿pues en qué puedo yo ocupar á estos señores? ¿Denuncias?... Yo no soy escritor político ni tal permita Dios. ¿Notificacion? Con todo el mundo vivo en paz, é ignoro siquiera dónde se vende el papel sellado. ¿Protesta? Un autor no conoce mas letras que las de imprenta. ¿Pues qué puede ser?

—Voy á decirselo á V.; me replicó el escribano, aunque me sea sensible el alterar por un momento su envidiable tranquilidad.

Ignoro si V. es sabedor de que su amigo don Cosme del Arenal está enfermo.

—¿Cómo? ¿pues cuándo, si hace pocas noches que estuvo jugando conmigo en Levante una partida de dominó?

—Pues en este momento se halla muy próximo á llegar á su ocaso.

—¿Es posible?

—Sí señor; una pulmonía, de estas picaras pulmonías de Madrid, que traen aparejada la ejecucion; letras de cambio, pagaderas en el otro barrio á cuatro dias fijos, y sin cortesía (con arreglo al artículo 447, título 9.º, libro 3.º del Código de comercio), ha reducido al don Cosme á tal estremidad, que en el instante en que hablamos, está, como si dijéramos, apercibido de remate; y á menos que la divina Providencia no acuda á la mejora, es de creer que quede adjudicado al señor cura de la parroquia.

Viniendo ahora á nuestro propósito, debo notificar á V. *pro forma*, como el susodicho don Cosme, hallándose en su cabal entendimiento y tres potencias distintas, aunque postrado en cama *in articulo mortis*, á causa de una enfermedad que Dios nuestro Señor se ha servido enviarle, ha determinado hacer su testamento, y declarar su última voluntad, ante mi el infrascrito escribano real y de número de esta M. H. villa, segun y en los términos en él contenidos y son como sigue:

Y aquí el secretario me hizo una fiel lectura de todo el testamento desde el *In Dei nomine* hasta el signo y rúbrica acostumbrados; y por dicha lectura vine en conocimiento de que el moribundo don Cosme habia tenido la tentacion (que tentacion sin duda debió de ser) de acordarse de mí para nombrarme su albacea, y encargado de cumplir su disposicion final.

Héme, pues, al corriente de aquel nuevo deber que me regalaba la suerte; y si me era doblemente sensible y doloroso, déjolo á la consideracion de las almas tiernas que sin pretenderlo se hayan hallado en casos semejantes.

Mi primera diligencia fue marchar precipitadamente á la casa del moribundo, para recoger sus últimos suspiros y asistir á consolar á su desventurada familia. Encontré aquella casa en la confusion y desorden que ya me figuraba; las puertas francas y descuidadas; los criados corriendo aquí y allí con cataplasmas y vendajes; los amigos habiéndose misteriosamente en voz baja; los médicos dando disposiciones encontradas; las vecinas encargándose de ejecutarlas; los viejos penetrando en la alcoba para cerciorarse del estado del paciente; los jóvenes corriendo al gabinete á llevar el último alcance á la presunta viuda.

Mi presencia en la escena vino á darla aun mayor interes; ya se habia traslucido el papel que me tocaba en ella, que si no era el del primer galan (porque este nadie se le podia disputar al doliente), era por lo menos el de barba característico, y conciliador del *interes* escénico. Bajo este concepto, la viuda, los hijos, parientes, criados y demas referentes al enfermo, me debian consideraciones, que yo no comprendí por el pronto, aunque en lo sucesivo tuve ocasion de apreciarlas en su justo valor.

A mi entrada en la alcoba, el bueno de don Cosme se hallaba en uno de aquellos momentos criticos entre la vida y la muerte, del que volvió por un instante á fuerza de álcalis y martirios. Su primer movimiento al fijar en mí la vista, fue el de derramar una lágrima; quiso hablarme, pero apenas se lo permitian las fuerzas; únicamente con voz balbuciente y apagada y en muy distantes periodos, creí escucharle estas palabras...

—Todos me dejan... mis hijos... mi mujer... el médico... el confesor...

—¿Cómo? exclamé conmovido: ¿en qué consiste esto? ¿Por qué causa semejante abandono?

—No haga V. caso (me dijo llamándome aparte un joven muy perfumado, que, sin quitarse los guantes, aparentaba aproximar de vez en cuando un pomito á las narices del enfermo), no haga V. caso, todos esos son delirios, y se conoce que la cabeza...

## EL AJUSTE DE UN ENTIERRO.

« Pompa mortis magis terret quam mors ipsa. »

Vea V., aquí hemos dispuesto todo esto; el médico estuvo esta mañana temprano, pero viendo que no tenía remedio se despidió y... por señas que dejó sobre la chimenea la certificación para la parroquia... el confesor quería quedarse, es verdad, pero le hemos disuadido, porque al fin ¿qué se adelanta con entristecer al pobre paciente?... En cuanto á la señora, ha sido preciso hacerla que se separe del lado de su esposo, porque es tal su sensibilidad que los nervios se resentían, y por fortuna hemos podido hacerla pasar al gabinete que da al jardín; por último, los niños también incomodaban, y se ha encargado una vecina de llevarlos á pasear.

— Todo eso será muy bueno, repliqué yo, pero el resultado es que el paciente se queja.

— ¡Preocupación! ¿quién va á hacer caso de un moribundo?

— Sin embargo, caballero, la última voluntad del hombre es la mas respetable, y cuando este hombre es un esposo, un padre, un honrado ciudadano, interesa á su esposa, interesa á sus hijos, interesa á la sociedad entera el recoger cuidadosamente sus últimosacentos.

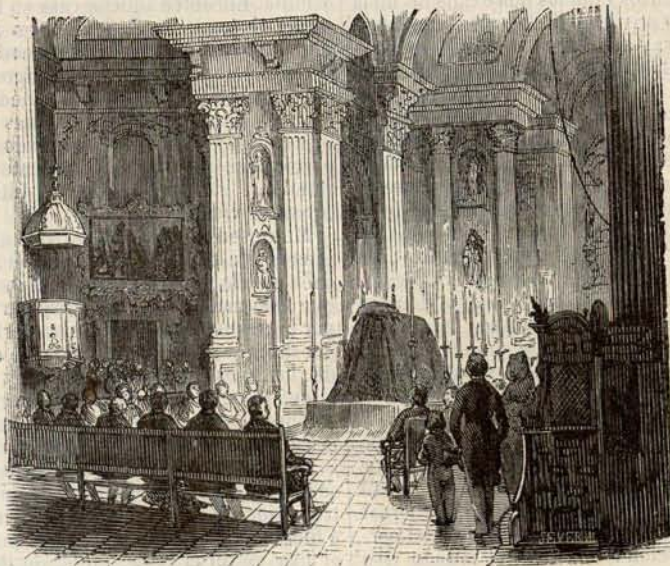
¡Bah! ¡antiguallas del siglo pasado! — dijo el caballero, y frunció los labios, y arregló la corbata al espejo, y se deslizó bonitamente del lado del gabinete del jardín.

Entre tanto que esto pasaba, el enfermo iba apurándose por momentos; los circunstantes, conmovidos por aquel terrible espectáculo, fueron desapareciendo, y solo dos criados, un practicante y yo quedamos á ser testigos de su último suspiro, que á la verdad no se nos hizo esperar largo rato.

El difunto don Cosme habia casado en segundas nupcias á la edad de cincuenta y nueve años con una mujer jóven, hermosa y petimetra... puede calcularse por esta circunstancia la exquisita sensibilidad de la recién viuda, y cuán natural era que no pudiera resistir el espectáculo de la muerte de su consorte.

La casualidad que acabo de indicar de haberme dejado solo, me obligó á ser mensajero de tan triste nueva, pasando al efecto al gabinete donde se hallaba la nueva Artemisa, reclinada en un elegante sofá, y asistida por diversidad de caballeros con la mas interesante solicitud. Al verme entrar la señora, se incorporó, y alargándome su blanca mano hubo aquello de respirar agitada, y sollozar y desvanecerse, y caer redonda en el almohadon. Aquí la tribulacion de aquellos rutilantes servidores; aquí el sacar elixires y esencias antiespasmódicas; aquí el aflojar el corsé, y repartirse las manos, y apartar los bucles, y colocar la cabeza en el hombro y hacer aire con el abanico... ¡Qué apurados nos vimos!... Pero al fin pasó aquel terrible momento, y la viuda pareció, en fin, resignarse con la voluntad del Señor, y aun nos agradeció á todos nominalmente por nuestros respectivos auxilios, como si ninguno se la hubiera escapado, en medio de la *ofuscacion de su vitalidad*, que así la llamé mi interlocutor de la alcoba.

Pero como todas las cosas en este pícaro mundo suelen equilibrarse por el feliz sistema de las compensaciones, vi que era ya llegada la hora de neutra-



lizar la profunda afliccion de la viudita con la lectura del testamento de don Cosme, en el cual este buen señor, con perjuicio de sus hijos (que no sé si he dicho que eran del primer matrimonio), hacia en favor de su consorte todas las mejoras que le permitian nuestras leyes, rasgo de heroicidad conyugal que no dejó de escitar las mas vivas simpatías en la agraciada y en varios de los afligidos concurrentes.

Desde este momento quedé instalado en mi fúnebre encargo, y despues de tomar la vènia de la señora, pasé á dar las disposiciones convenientes para que el difunto no tuviera motivo de arrepentirse de haber muerto, dejando como dejaba su decoro en manos tan entendidas y generosas.

Mientras esto pasaba en la sala, la alcoba mortuoria servia de escena á otra trasformacion no menos

singular, cual era la que habia experimentado el difunto en las diligentes manos de los enterradores, de las vecinas y del barbero. Cuando yo regresé á aquel sitio, ya me encontré al buen don Cosme convertido en reverendo padre fray Cosme, y dispuesto al parecer y resignado á tomar de este modo el camino de la puerta de Toledo. Pero como que antes que esto pudiera verificarse era preciso obtener el pasaporte de la parroquia, tuve que trasladarme á ella para negociar el precio y demas circunstancias de aquel viaje final.

Si estuviéramos despacio, y si los indispensables antecedentes de esta historia no me hubieran ya obligado á dilatarme mas que pensé, ocuparia un buen rato la atencion de mis lectores para transcribir aquí el episodio del dicho ajuste, y las diversas escenas de que fui actor ó testigo durante él en el despacho parroquial.

Pero baste decir que despues de largas y sostenidas discusiones sobre las circunstancias del muerto y la clase de entierro que segun ellos le correspondia; despues de pasar en revista una por una todas las partidas de aquel diccionario funeral; despues de arreglar lo mas económicamente posible la tarifa de *resposos, tumba, crucero, sacerdotes, sacristan, acólitos, capa, clamores, ofrenda, sepultura, nicho, posas, vestuarios, paño, lutos, blandones, tarimas, blandoncillos, sepultureros, hospicio, depósito, veladores, licencias, cera de tumba, santos y altares, cera de sacerdotes, voces y bajones, manda forzosa, y oblata cuarta parroquial*, quedó arreglado un entierro muy decentito y cómodo de segunda clase en los términos siguientes:

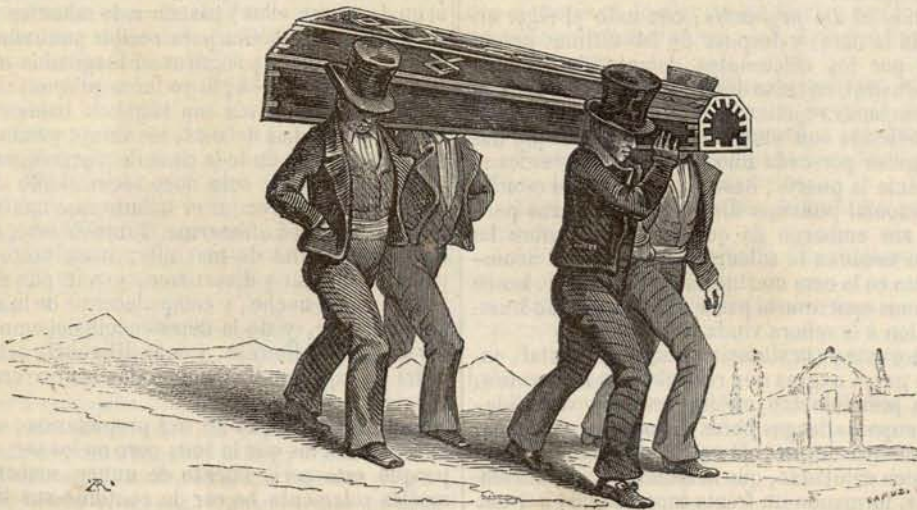
	Reales.
A la parroquia, dependientes y cera. . . . .	1712
Ofrenda para los partícipes. . . . .	630
Dos bajones y seis cantores con el facistol, á veinte y cuatro reales. . . . .	492
Dos filas de bancos. . . . .	80
Nicho para el cadáver, y capellan del cementerio. . . . .	490
Bayetas para entapizar el suelo y cubrir el banco travesero, diez piezas, á diez rs. y veinte y cuatro mrs. . . . .	407 2
Seis hachas para el túmulo á ocho rs. . . . .	48
La cuarta parte de misas para la parroquia . . . . .	250
	3509 2

Ya que estuvo arreglado convenientemente, solo tratamos de echar, como quien dice, el muerto fuera; pues todo el empeño de los amigos y aun de la viuda, era que no pasara la noche en casa, por no sé qué temores de apariciones románticas como las que acababa de leer en uno de los cuentos de Hoffmann.

En los tiempos antiguos, cuando la civilizacion no habia hecho tantos progresos, era frecuente el conservar el cuerpo en la cama mortuoria, uno, dos ó mas dias, con gran acompañamiento de blandones y veladores, resposos y agua bendita. Los parientes del difunto, los amigos y vecindad, alternaban religiosamente en su custodia, ó venian á derramar lágrimas y dirigir oraciones al Eterno por el alma del difunto, y la religion y la filosofía encontraban en este patético espectáculo amplio motivo á las mas sublimes meditaciones.

Ahora, bendito Dios, es otra cosa; desde la invencion de los nervios (que no data de muchos años), nuestros difuntos pueden estar seguros de que no serán molestados con visitas impertinentes, y que aun no habrán enfriado la cama, cuando de incógnito, sin aparato plañidero, y como dicen los franceses á *la derbee*, serán conducidos en hombros de un par de mozos como cualquiera de los trastos de la casa: v. g., una tinaja, un piano, ó una estatua de yeso. Luego que le hayan entregado al sacristan de la parroquia, este le hará colocar en una cueva muy negra y muy fria, y dando el gesto á una rejilla que arranca sobre el piso de la calle, le acomodará entre cuatro blandones amarillos, que con su pálido resplandor atraerán las miradas de los chicos que salgan de la escuela: y se asomarán y harán muecas al difunto, y dirán á carcajadas: «¡Qué feo está!»... y los elegantes al pasar se tapanán las narices con el pañuelo, y las damas exclamarán: «¡Jesus qué horror! ¿por qué permitirán esta falta de policia?»

Y luego que haya trasnochado en aquel solitario recinto, por la mañanita con la fresca, le volverán á coger los susodichos acarreadores, y le subirán bonitamente á la llanura de Chamberí, ó le bajarán á las márgenes del Manzanares, donde sin mas formalidad preliminar pasará á ocupar su hueco de pared en aquella monótona anaquelaria, con su número corriente y su rótulo que diga: «*Aquí yace don Fulano de tal;*» y sin mas dísticos latinos, ni admiraciones, ni puntos suspensivos, ni oraciones fúnebres, ni co-



ronas de siemprevivas, se quedará tranquilo en aquel sitio, sin esperar otras visitas que las de los murcié-

lagos, ni escuchar ruido alguno hasta que le venga á despertar la trompeta del juicio.

Quédense la tierna solicitud, las lágrimas, las oraciones y las flores, para las humildes sepulturas de la aldea, adonde todos los días al tocar de la oración vuelen la desconsolada viuda y los huérfanos á dirigir al cielo sus plegarias por el objeto de su amor, recibiendo en cambio aquel dulce bálsamo de la conformidad cristiana que solo la verdadera religion puede inspirar. Nosotros, los madrileños, somos mas desprendidos; para nada necesitamos estos consuelos, y hacemos alarde de ignorar el camino del cementerio, hasta que la muerte nos obliga por fuerza á recorrerle. (Nota 22.)

## III.

## LA VIUDA.

*Vestida toda de luto,  
cédula que dice al aire,  
aquí se alquila una boda,  
el que quiera que no tarde.*  
Castro, comedia antigua.

A los cuatro días de muerto don Cosme se celebró el funeral en la parroquia correspondiente, para cuyo convite hice imprimir en papel de Holanda algunos centenares de esquelas, poniendo por cabeza de los invitantes al Excmo. Sr. secretario de Estado y del despacho de la Guerra, por no sé qué fuero militar que disfrutaba el difunto por haber sido en su niñez oficial supernumerario de milicias; y además, por advertencia de la viuda, que quería absolutamente prescindir de recuerdos dolorosos, no olvidé estampar al final de la esquila y en muy bellas letras góticas la consabida cláusula de

«El duelo se despiden en la iglesia.»

Llegado el momento del funeral, ocupé con el confesor y un vetusto pariente de la casa el banco travesero ó de ceremonia, y muy luego vimos cubiertos los laterales por compañeros, amigos y contemporáneos del anciano don Cosme, que venían á tributarle este último obsequio, y de paso á contar el número de bajones y de luces para calcular el coste del entierro y poder murmurar de él. En cuanto á la nueva generación, no tuvo por conveniente enviar sus representantes á esta solemnidad, y creyó mas análogo el permanecer en la casa procurando distraer á la señora.

Concluido el *De profundis*, con todo el rigor armónico de la nota, y después de las últimas preces dirigidas por los celebrantes delante de nuestro banco triunfal, en tanto que se apagaban las luces, y que las campanas repetían su lúgubre clamor, fuimos correspondiendo con sendas cortesías á las que nos eran dirigidas por cada uno de los concurrentes al desfilar hacia la puerta, hasta que cumplido este ligero ceremonial pudimos disponer de nuestras personas. Y sin embargo de que ya la costumbre ha suprimido también la solemne recepción del acompañamiento en la casa mortuoria, el otro pie de banco y yo creímos oportuno el pasar á dar cuenta de nuestra comisión á la señora viuda.

Hallábase esta en la situación mas sentimental, envuelta en gasas negras que realizaban su hermosura, y con un prendido tan cuidadosamente descuidado, que suponía largas horas de tocador. Ocupaba, pues, el centro de un sofá entre dos elegantes amigas, también enlutadas, que la tenían cogida entrambas manos, formando un frente capaz de inspirar una elegía al mismo Tibulo. A uno y otro lado del sofá alternaban interpolados diversas damas y caballeros (todos de este siglo), que en voz misteriosa entablaban *apartes*, sin duda en alabanza del finado.

Nuestra presencia en la sala causó un embarazo general; los duos *sotto voce* cesaron por un momento;

como que hubo de llamar en su auxilio la *ofuscación vital* del otro día; pero luego aquellas amigas diligentes acertaron á distraer su atención enseñándola las viñetas del «*No me olvides*,» y de aquí la conversación vino á reanimarse, y todos alababan los lindos versos de aquel periódico, y hasta el difunto me pareció que repetía, aunque en vano, su título. Después se habló de viajes, y se proyectaron partidas de campo, y luego de modas, y de mudanzas de casa, y de planes de vida futura; y la viuda pareció recobrar á la vista de aquellos halagüeños cuadros, como la mústia rosa al benéfico influjo del astro matinal. ¡Qué consejos tan profundos, qué observaciones tan acertadas se escucharon allí sobre la necesidad de distraerse para vivir, y la demencia de morirse los vivos por los muertos, y luego las ventajas de la juventud y las esperanzas del amor!...

Viendo en fin, mi compañero y yo, que íbamos siendo allí figuras tan exóticas como las del *Silencio* y la *Sorpresa* que adornaban las rinconeras de la sala, tratamos de despedirnos; pero el buen hombre (¡castellano y viejo!) atravesando la sala é interponiéndose delante de la viuda, compungió su semblante é iba á improvisar una de aquellas relaciones del siglo pasado que comienzan «*Que Dios*» y concluyen «*por muchos años*,» cuando yo, observando su imprudencia y lo mal recibido que iba á ser este apóstrofe estemporáneo de parte de todos los concurrentes, le tiré de la casaca y le arrastré hacia la puerta diciéndole: «*Hombre de Dios, ¿qué va V. á hacer? ¿no sabe V. que El duelo se ha despedido en la iglesia?*»

(Junio de 1857.)

## EL ALQUILER DE UN CUARTO.

«Las riquezas no hacen rico  
mas ocupado; no hacen señor;  
mas mayordomo.»  
Celestina.

A los que acostumbran mirar las cosas solo por la superficie, suele parecerles que no hay vida mas descansada ni exenta de sinsabores que la de un propietario de Madrid. Envidiando su suerte, entienden que en aquel estado de bienaventuranza nada es capaz de alterar la tranquilidad de tan dichoso mortal, al cual (según ellos) bástale solo saber las primeras reglas de la aritmética para recibir puntualmente y á plazos periódicos y seguros el inagotable manantial de su propiedad. — «¡Si yo fuera propietario (dicen estos tales), qué vida tan regalona había de llevar! De los treinta días del mes, los veinte y nueve los pasaría alternando en toda clase de placeres, en el campo y la ciudad, y solo doce veces al año dedicaría algunas horas á recibir el tributo que mis arrendatarios llegarían á ofrecerme. Tanto de este, tanto del otro, cuánto del de mas allá; suma tanto.... bien puedo descansar y divertirme, y reír por el día, y roncar por la noche, y compadecerme de la agitación del mercader, y de la dependencia del empleado, y del estudio del literato, y de la diligencia del médico, y del trabajo, en fin, que todas las carreras llevan consigo.» —

Esto dicen los que no son propietarios: escuchemos ahora á los que lo son; pero no los escuchemos, porque esto sería cuento de nunca acabar; mirémosles solamente hojear de continuo sus libros de caja para ajustar á cada inquilino su respectivo *debe* y *haber* (porque un propietario debe saber la teneduría de libros y estar enterado de la partida doble), veámosle correr á su posesión, y llamar de una en otra puerta con aire sumiso y demandante, y recibir por toda respuesta un «*No está el amo en casa.*» —